



18.—Fichú con solapas.



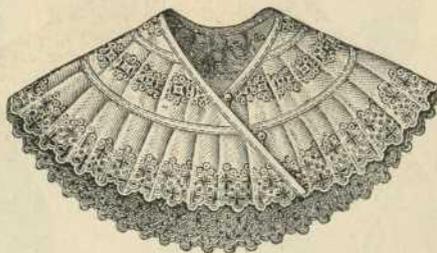
20.—Sombrero para niñas de 2 á 4 años.



21.—Gorra para niñas.



19.—Corpiño para señoritas.



22.—Cuello para niños.

los cuales se pone un lazo (sin cocas). Por encima de este lazo se cruzan los paños y se les pliega por medio de un broche de metal.

Dos cenefas de tapicería.—Núms. 15 y 16.

Para tapetes, cojines y otros objetos análogos. Se las ejecuta con lanas de los colores que indican los signos.

fuerte, cubierto de bieses de gasa de seda blanca. Se cubre la tira del cuello con un bies igual; se ribetean los triángulos con cinta de raso blanco estrecha, y se pone en medio un lazo de corbata hecho de muselina blanca y volantes de tul *punto de espíritu* festoneado.

Tira de tapicería. Núm. 17.

Se la bordará, según el objeto á que se la destine, sobre cañamazo más ó ménos grueso, con lanas de los colores que indican los signos.

Fichú con solapas. Núm. 18.

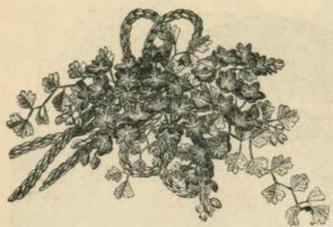
Para hacer este fichú se toma una tira de tul fuerte, que se dobla en dos partes para formar una tira de cuello, de 41 centímetros de largo y  $1\frac{1}{2}$  de ancho. En su borde superior se fijan dos tiras de tul *punto de espíritu*, de  $3\frac{1}{2}$  centímetros, plegadas y festoneadas en su borde superior. A esta gola se añaden dos triángulos de tul fuerte, cubierto de tul *punto de espíritu*. Bajo estas solapas se ponen unos picos de fichú, también de tul



23.—Abrigo largo para viaje y paseo. Delantero.



24.—Abrigo largo para viaje y paseo. Espalda.



30.—Adorno para baile ó teatro.



32.—Adorno para baile ó teatro.

En la parte inferior del fichú se fija un lazo de cinta de raso blanco. Unos botoncitos reúnen las dos solapas de arriba abajo.

**Corpiño para señoritas. Num. 19.**

**CROCHET Y BORDADO AL PUNTO RUSO.** Las figs. 57 á 59 de la Hoja-Suplemento á nuestro núm. 43 corresponden á este objeto.

Se puede hacer este corpiño, con arreglo al patron, de cachemir tejido ó estampado, de terciopelo ó de paño, para acompañar á todas las faldas.

Nuestro modelo va hecho al crochet tunecino, con lana céfiro azul y guarnecido de una cenefa. Las dos mitades del chaleco se hacen del mismo modo con lana blanca, una cenefa de seda color de rosa y un bordado al punto ruso, hecho con seda azul, color de rosa y aceituna. Botones y ojales. En el delantero de la derecha se pone un lazo de cinta color de rosa, de 3 centímetros de ancho.

Se corta cada uno de los trozos de que se compone el patron (figuras 57 á 59), de lino ó de papel, y se cosen las pinzas del pecho. Se principia el chaleco (fig. 57) por el borde superior, haciendo una cadeneta de 10 mallas, y se crece ó se mengua segun lo exige el patron. En el borde del delantero de la derecha se hacen 14 ojales.

Se borda en seguida el chaleco al punto ruso, se festonean los ojales con seda color de rosa, y se rodea el chaleco, por delante, en el borde inferior y en el escote con una cenefa hecha al crochet con seda color de rosa.

Los delanteros del corpiño se principian por el hombro sobre una cadeneta de 15 mallas, y se les hace por la figura 58. La espalda, que se principia por el escote, sobre una cadeneta de 20 mallas, se hace con arreglo á la fig. 59, todo al crochet tunecino. Cuando todas las piezas están terminadas, se las junta acercando los números iguales. En el borde inferior del corpiño y en el contorno de la sisa se hace con lana azul la vuelta siguiente: una malla simple sobre la malla de orilla más próxima, — una malla al aire, — 3 piquillos, — una malla al aire, — una malla simple en la segunda malla de orilla siguiente. Se vuelve á principiar desde 0. Se guarnece el contorno del corpiño con una cenefa hecha de seda azul.

**Sombrero para niñas de 2 á 4 años.—Num. 20.**

La forma va cubierta de cachemir.



25.—Sombrero de fieltro y raso.



27.—Capelina. Espalda.



29.—Delantal para niñas de 5 á 7 años.



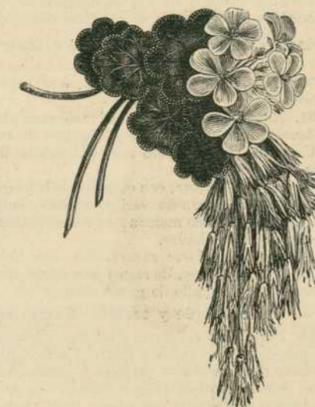
28.—Capelina. Delantero.



26.—Sombrero de terciopelo negro.



31.—Adorno para baile ó teatro.



33.—Adorno para baile ó teatro.



34.—Traje para señoritas ó señoras jóvenes. 35.—Traje de terciopelo negro. 36.—Traje de raso color de rosa. 37.—Traje de tul y brocado. Espalda. 39.—Traje de raso negro. 38.—Traje de tul y brocado. Delantero. 40.—Traje de raso color de rubí. 41.—Traje negro de raso y felpa.

mir blanco, y el fondo va bordado al punto de cadeneta con seda blanca. Bieses de seda blanca. Cordones de seda blanca, terminados en uno de sus extremos con una borla. El otro extremo forma una presilla por detras. Ramos de miosótis. Por la parte interior un rizado de seda.

**Gorra para niñas.—Num. 21.**

La forma de esta gorra va cubierta de una tela de lana labrada blanca (especie de armure de lana). El borde inferior va guarnecido de una tira de piel blanca. El ala va adornada con una cordonadura doble de seda blanca, fijada con un lazo de la misma tela. Un ala de pájaro va colocada bajo este lazo.

**Cuello para niños.—Num. 22.**

Se le ejecuta con entredoses bordados, de 3 centímetros de ancho, y tiras bordadas, de 6 centímetros de ancho. Las costuras de union van cubiertas con bieses de nansuk, de 1 1/2 centímetros de ancho.

**Abrigo largo para viaje y paseo. Núms. 23 y 24.**

Este abrigo, hecho de pañete labrado color de avellana, es muy ancho y largo, y se abrocha un poco al lado con botones gruesos. Las mangas, sumamente anchas, van guarnecidas de terciopelo color nutria, así como el cuello y los bolsillos. Por detras, el abrigo va ajustado en la costura del medio y abierto por abajo á una altura de 50 centímetros.

**Sombrero de fieltro y raso. Num. 25.**

Fondo de fieltro color ciruela; ala hendida por detras, cubierta de terciopelo color ciruela por la parte interior, y bieses de raso del mismo color por la parte de afuera; cuyos bieses tienen un centimetro de ancho y cruzan uno sobre otro. La union del ala y del fondo va cubierta con un bies. Por delante, lazo doble de terciopelo color ciruela. En la parte de detras, un pájaro de colores vivos. Ramo de rositas. Brides de cinta de raso color ciruela, de 5 1/2 centímetros de ancho.

**Sombrero de terciopelo negro. Num. 26.**

Copa baja. Ala ancha, forrada de raso encarnado. La parte de encima del ala va adornada con un encaje bordado de azabache y un fleco de lo mismo. A la derecha, pluma larga negra, y á la izquierda, un ramo de siete plumitas negras.

**Capelina.—Núms. 27 y 28.**

Se pone un fondo de tul fuerte, forrado de tafetan blanco y cubierto por la parte exterior de raso azul. En el borde de delante se fija un rizado doble de cinta de raso azul, de 5 centímetros de ancho. Se dispone sobre este fondo un fichú cuadrado, hecho al crochet con estambre blanco. En medio, por delante, y en su lado, se fijan unos lazos de cinta de raso azul pálido, de 6 centímetros de ancho. A la izquierda se pone un ramo de rosas con hojas color marrón. Bidas de cinta de raso azul pálido.

**Delantal para niñas de 5 á 7 años.—Núm. 29.**

Este delantal es de nansuk, va fruncido según las indicaciones del dibujo, y guarnecido sobre sus fruncidos con biesses de nansuk bordados al punto de espina. El escote y las mangas, así como los delanteros, van adornados de tiras bordadas, de 3 centímetros de ancho, cuya costura va cubierta con biesses de nansuk, de 3/4 de centímetro de ancho, que van bordados al punto de espina con algodón blanco.

**Adornos de cabeza para baile ó teatro.  
Núms. 30 á 33.**

Núm. 30. *Ramo de clemátidas azules*, con hojas plateadas y adornos de canutillo de plata.

Núm. 31. *Ramo de crisantemas* color de rosa pálido, florecillas blancas, reseda, miosótis y capullos de rosa color granate. Cocas de cinta de raso azul pálido con florecillas brochadas.

Núm. 32. *Ramo de rosas*, con capullos de terciopelo marrón, hojas de color marrón de varios matices, empolvadas de metal, y cintas de raso marrón, de 2 centímetros de ancho, con florecillas brochadas.

Núm. 33. *Ramo de flores encarnadas*, con hojas color aceituna de varios matices, de raso y terciopelo. Espigas de avena, montadas sobre tallo de goma elástica.

**Trajes de baile, soirée y teatro.—Núms. 34 á 41.**

Núm. 34. *Traje para señoritas ó señoras jóvenes*.—Este traje es á propósito para soirée y teatro. Falda corta formada de volantes de gasa blanca plegada y guirnalda de rosas. En los costados, paños de gasa listada ó de *pekin* color de rosa y blanco, recogidos por detrás muy abajo, donde forman un lazo grande. El delantero del corpiño, escotado en cuadro, es de faya color de rosa lisa, y la espalda, de forma princesa, también de faya, va rodeada de una guarnición de gasa blanca ajaretada y cae formando pliegues sobre la falda. El costado va vuelto como una solapa de brocado Pompadour, de donde baja una guirnalda de flores. La guarnición de gasa blanca rodea todo el paño de costado. Mangas semi-largas de gasa color de rosa listada, terminada en un volante. Ramo de flores á la izquierda del corpiño. Peinado á la virgen, con flores cerca de la oreja.

Núm. 35. *Traje de terciopelo negro*, guarnecido de azabache bordado sobre crespón de seda. Por delante, falda corta, guarnecida de tableados de crespón de seda: el mismo adorno rodea la cola larga y lisa, sobre la cual se pone el crespón bordado de azabache. Corpiño escotado en redondo, con aldetas largas recortadas y guarnecidas de tableados. Las mangas cortas van adornadas de crespón bordado, el cual forma un fichú largo, que se prolonga sobre las caderas y se anuda por detrás. Guantes negros muy largos.

Núm. 36. *Traje de raso color de rosa*.—Falda redonda de raso liso, sobre el cual se ponen dos tiras de brocado color de rosa, y en medio una tira de tejido trenzado de seda y oro. Cola lisa, ribeteada de tejido trenzado. Corpiño escotado, cuyo delantero es de raso liso, y los lados y la espalda de brocado. Mangas cortas de brocado.

Núms. 37 y 38. *Traje de tul y brocado*.—La cola y los volantes de costado son de tul blanco sobre raso blanco, y los *paniers* de los lados de la falda son de brocado color de rosa. El corpiño, que es de raso blanco, va guarnecido de una infinidad de cintas. Por delante, el corpiño va abierto en cuadro y rodeado de un bordado de plata y cinco lazos de cinta. Mangas de codo.

Núm. 39. *Traje de raso negro*.—Falda de cola y guarnecida de plumas negras salpicadas de oro. Delantal bordado de oro y rodeado de plumas. Corpiño escotado en cuadro, completamente bordado de oro y guarnecido de plumas salpicadas de oro. Mangas cortas. Guantes largos.

Núm. 40. *Traje de raso color de rubí*.—Cola lisa, ribeteada de brocado. Corpiño de brocado con aldetas recortadas.

Núm. 41. *Traje negro de raso y felpa*.—En el borde inferior, rizado de raso. Falda de felpa. Unas puntas largas de raso, guarnecidas de pasamanería con azabache, caen en los costados. Por delante, fleco de azabache. Corpiño de felpa con punta y adornado de azabache. Cuello grande, estilo Francisco I. Mangas semi-largas de felpa, con dos buzones de raso, uno sobre el hombro y el otro por encima del codo; de este último cae un encaje blanco.

**LAS HIJAS DE LORD OAKBURN,**

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR MISTRESS WOOD,

TRADUCIDA POR \*\*\*.

(Continuación.)

Difícil sería hacerse una idea de lo que pasó en el corazón de Laura, su resentimiento, su cólera, al verse desheredada por su padre y su tía. Su carácter vehemente y apasionado, muy igual al de su padre, la hacía enfadarse por la más mínima cosa. Contóvose en aquellos momentos, pero hay heridas que van derechas al corazón. Laura no desplegó los labios. Por sus ojos pasó como un rayo de cólera, que fué sorprendido únicamente por el notario.

Mister Molé sacó cuatro paquetes de billetes de Banco de 75 libras cada uno. Dió dos á lady Jane, uno para ella y otro para Clarisa; otro á la Condesa por la parte de Lucy, y el último á Laura. Esta lo tomó sin pronunciar una palabra; pero en el temblor de su mano se adivinaba el deseo

de tirarlos á la cara del apoderado. Sin embargo, se contentó.

—Podía haberme dejado más, dijo á su hermana Jane durante la tarde.

Luégo se arrepintió de haber ido tan léjos. También Jane se había llevado un gran chasco: no era por el dinero, pues se consideraba en una posición desahogada y reconocía lo que por ella hacía su padre y su tía; pero Lucy, á quien tanto quería, de quien pensaba hacer una mujer de provecho, llamada á brillar en la sociedad, quedaba confiada á manos ajenas. La prueba era grande. Imitando á Laura, Jane no habló nada; pero, por el contrario de su hermana, procuró curar aquella herida.

—Una nueva cruz en mi vida, donde tantas se han presentado. Pediré á Dios que me ayude á saberla llevar.

Comprendió la Condesa el amargo pesar de Jane. —Se la dejaría en sus manos si el testamento no se opusiera— (las lágrimas que bañaban sus ojos daban á entender que decía la verdad).—La quiero, pero no soy tan egoísta, que trate de privar á V. de ella. Irá á ver á V. siempre que lo desee. Más es Lucy de V. que mía.

Jane no se hizo de rogar. —Permitame V. que me la lleve desde ahora. El fallecimiento de nuestro padre la ha impresionado mucho, y un cambio de aires la convendría. Pasará conmigo una ó dos semanas, hasta que V. se restablezca completamente.

—Con mucho gusto,—contestó la Condesa.—Pídamela usted siempre que lo enga por conveniente, en cualquier tiempo, á no ser que....

Lady Oakburn se detuvo.

—¿A no ser qué?

—No me atrevo á decirselo á usted. He hablado sin flexión. Dispénsame usted. Mi pensamiento era, á no ser que V. consintiera en quedarse con nosotros y hacer de esta casa la suya.

—Muchísimo lo agradezco. Me parece, sin embargo, que debo tener mi casa. Estoy acostumbrada á eso. Como V. se muestra tan complaciente conmigo, la prometo venir algunas veces á pasar unos días.

Lucy se marchó con Jane á Wrenock-Sud al segundo día después del funeral.

Laura guardó silencio durante el viaje. La preocupaban las malas noticias que tenía que dar á su marido.

Llegaron á Wrenock-Sud. Laura no había anunciado su vuelta, y nadie la esperaba en la Estación. No había allí más que el ómnibus y otro carruaje que Judith quería ir á buscar, pero llegó tarde. Un gallardo jóven había tomado la delantera. Era Federico Grey.

—Vamos, Mr. Federico, qué mala partida me ha jugado usted. Me quita V. el carruaje.

—Así parece, Judith. Allí tiene V. el ómnibus, que le tiende sus brazos—dijo riendo.

—No era para mí, Mr. Federico. Las señoras están aquí. Se volvió, y habiéndolas reconocido, descendió del coche. Llevó su maleta al ómnibus, y vino después, con el sombrero en la mano, á ofrecer el vehículo á las señoras. Lo hacía con aquella expansión y franqueza que le conocemos.

—No quiero privar á V.—dijo Jane.—Usted ha llegado el primero.

—¿Cómo! ¿Quiere V. que la deje ir en el ómnibus? ¿Qué opinión formaría V. de mí? Sus vuelcos no me harán daño. Me iría á pie si no estuviese lloviendo.

—¿Viene V. de Londres?

—No; de Lichford.

Las ayudó á subir, y se arreglaron para que pudiera Judith entrar, pues Jane no quería, á causa de la lluvia, que fuera en el pescante.

Jane miraba á Federico, y al momento de echar á andar no pudo menos de exclamar:

—¿Qué jóven tan simpático!

—Sí—contestó en el acto Lucy.

—Me olvidé de decirle que hemos visto á su padre en Londres. Le mandaré un recado para que se pase por casa.

El carruaje, después de dejar á Laura en su casa, siguió hasta Cedar-Lodge.

Carlton se hallaba en su casa. Lo contento que se puso al volver á ver á su mujer, las caricias que la prodigó, daban á entender que su cariño era tan vivo como en los primeros días.

—Si hemos de contar bien,—le dijo,—entre Pembury y Londres has estado quince días ausente. Miétras tanto, yo me consumía creyendo que no se iba á concluir nunca.

—En ninguna parte se está mejor que en su casa, y nadie vale lo que tú, Luis mío,—contestó Laura.—Nos hemos quedado para el funeral y... para conocer el testamento.

—¿Qué te dejan por el testamento? Me presumo que has de ser tan rica, que nosotros, pobres plebeyos, no podrémos acercarnos á tí ni á distancia de una legua.

Carlton estaba entonces lánguidamente sentado al lado de su mujer. Notó que de pronto se levantó ella y le volvía la espalda. Se le ocurrió que buscaría algo encima de la mesa. La verdad fué que Laura no sabía qué actitud tomar para anunciar la infausta nueva.

—Contéstame, Laura; supongo que debes tener diez ó veinte mil libras. No me extrañaría que la Condesa viuda te dejara unas diez mil.

—Pensando estaba cómo hacer para irte preparando; renuncio, y te lo diré de un golpe. Me han desheredado, Luis. Carlton no contestó palabra, pero sus miradas indicaban una pregunta.

—Mi padre apenas me ha dejado más que para el luto. Lo único que ha declarado es que me perdonaba. Mi tía ha dejado cinco mil libras á Jane y otras tantas á Lucy; pero nada para mí.

Una palabra muy dura iba á salir de labios de Carlton, pero supo contenerse.

—Setenta y cinco libras para mi luto, y el perdón; ¡qué vergüenza! ¡qué injusticia! Más lo siento por tí que por mí. ¿Qué va á ser de nosotros?

—No te preocupes por eso, querida mía. Preciso es sufrir lo que no se puede impedir.

Laura se quitó el sombrero y se retiró á su cuarto para evitar prolongar aquella conversacion.

Al quedarse solo Carlton, sus facciones se inmutaron; estaba profundamente afectado. ¿Era de cólera, de dolor, de recuerdo de algo pasado? ¿Quién sabe!

La sala donde estaba tenía dos grandes balcones: uno sobre la calle, otro cerca del laboratorio. El de la calle estaba cerrado, por ser ya de noche; el otro no, por la razón de que Carlton quería ver desde allí los enfermos que podían venir á su casa. Estaba de espaldas, engolfado en lo que su mujer le había dicho. Miraba al suelo; sus brazos pendían inertes. Había contado con el dote de Laura para pagar deudas.

Carlton permaneció así durante algunos momentos, y después ¿qué vió? Mirando al cuarto, que no tenía más luz que el fuego de la chimenea, por el cristal de la puerta, aquella figura que jamas había olvidado; aquella aparición de espectro ó sér humano, que le llenó de terror la noche de la muerte de Mme. Crave y otra vez en el jardín del capitán Chesney.

Igual terror sintió entónces, y tambaleándose, se apoyó contra la pared para no verla, y, á pesar suyo, exhaló un grito de angustia.

(Se continuará.)

**LEYENDA DE NAVIDAD.**

I.

¡Navidad, Navidad! fiesta de la infancia y de la niñez, día glorioso de una religión santa; el corazón palpita del más puro entusiasmo al aspirar la regalada poesía que traen consigo tus esperados momentos! Noche de amor y de recuerdos; ¡bendita seas! Solo tú puedes arrancar lágrimas de ternura, así á un corazón insensible y gastado ya, como al que se abre por primera vez á los dulces afectos de la vida; solo tú puedes producir en ellos esos deliciosos y gratos trasportes de regocijo, de veneración y de cariño que nos recuerdan nuestra primera edad; y sólo tú, en fin, puedes inspirar al mismo tiempo en todas las almas sentimientos elevados y piadosos, y unirlos con el invisible lazo de una comun adoración. ¡Cuántos esperan tu llegada para elevar á Dios sus ardientes oraciones, porque ese día, en que es la fiesta de la inocencia, todo es amor, misericordia y regocijo en el cielo! ¡Cuántas madres desean los dolores del parto durante tus sagradas horas, para que el inocente fruto de sus amores respire el puro, aromático y bienhechor ambiente de la santa Navidad!

La naturaleza, al acercarse el 24 de Diciembre, derrama con profusion sus mas ricos tesoros y se engalana con sus más gallardos atractivos; las montañas se cubren de un manto de blanca nieve, simbolo de pureza, y exhalan salvajes y delicados aromas; el ambiente corre veloz por las llanuras y los valles, sembrando en su camino la animación y la alegría: las aves dejan la tristeza que en ellas produce el invierno y entonan armoniosos trinos; y, por último, hasta parece que es más suave y apacible el rumor de los bosques y el de las cristalinas corrientes. Por do quiera brotan flores, y por do quiera también hallamos rostros animados de indefinible contento: en la choza más humilde y lejana, en la aldea más apartada y silenciosa, se oyen cantos de alegría y de placer: aquí candorosos niños recorren las huertas en busca de flores silvestres ó de heno para adornar sus nacimientos: allá algunos campesinos de corazón sencillo y faz serena elevan enternecidos al cielo sus bendiciones, después de haber oído de los labios de un anciano la poética y misteriosa leyenda de Betlen: acullá, finalmente, las alegres músicas lanzan al viento sus acentos entusiastas, llenando de santo alborozo á las muchachas de la aldea. ¡Oh noche de Navidad: tú, que disipas las tormentas del corazón con las ideas de esperanza y de ternura que infundes; tú, la más bella de los tiempos, la que más aman los niños y hermoosa la naturaleza, bendita seas!

II.

Reclinada sobre la falda de la montaña, medio ocultas sus casas entre árboles frondosos: así se ostenta mi aldea querida, la cuna de mi infancia y de mis recuerdos. Las aguas que bajan saltando de los vecinos cerros riegan las cañadas, los extensos platanales, las olorosas huertas cultivadas siempre por honrados labriegos, que las animan con su presencia y las alegran con sus cantos. La iglesia, modesta, limpia y blanca como una paloma de paz, apenas se divisa de léjos, escondida como está entre majestuosos tamarindos: tan sólo la santa cruz asoma sobre el ramaje de éstos, como para señalar la morada de Dios, refugio del fatigado viajero de la vida, ó como para proteger de los rayos y las tempestades del cielo el pacífico y honrado caserío que la rodea. Muy cerca del pueblo, á una distancia que casi permite ver el movimiento de los árboles, están las escabrosas montañas y los pintorescos bosques envueltos al aparecer la aurora en el manto de impalpable gasa formado por las nieblas de la mañana; y después, cubiertas de verdor y teñidas al caer la tarde de un azul suave y purísimo. ¡Oh bellezas de la tierra natal! ¡oh perspectiva del campo que nos vió nacer! ¡siempre venís á la memoria de los que os aman, como mensajeros de sabrosos consuelos, de esos consuelos que halla el corazón sensible en los recuerdos del pasado!

Cuando regresé al hogar de mis padres, después de seis años de ausencia, las lágrimas que salían de mis ojos me impedían ver distintamente aquellos lugares tan queridos de mi corazón: sentía sobre mi frente las caricias de una brisa perfumada por flores que yo no había olvidado, y el rumor de las aguas deslizándose sobre las cañadas de las huertas, los cantos, las canciones, formaban á mi derredor un concierto conocido por mí, que me hacía recordar embelesado los dichosos días de mi inocente infancia. Cuando mis brazos ciñeron el talle de mi madre; cuando los sollozos ahogaban mi voz; cuando mis hermanos me rodeaban esperando cada uno su turno; y mi padre, trémulo de emoción y sin poder dirigirme la palabra, se lanzaba á estrecharme contra su pecho, sentí en mi interior algo como el vértigo de una felicidad inmensa, algo que sacudió mi cuerpo y mi alma con tal violenta rapidez, que me vi libre de las penas, de

los temores, de los recuerdos dolorosos que por tanto tiempo me habian atormentado.

III.

La casa en que habitaba mi familia estaba situada á un lado de la iglesia, en seguida de la que ocupaba el señor cura: un amplio portal ocupaba la parte de afuera, y en la interior estaban, despues de otro pequeño, un poblado jardín y una bien cultivada huerta; sus árboles, siempre verdes y frondosos, daban espesa sombra, y con sus agradables aromas perfumaban el ambiente. ¡Cuántas veces mis hermanos y yo esperamos á mi padre en aquel portal, de vuelta de sus trabajos del campo, gozosos de poder referirle nuestros triunfos de escuela y dispuestos á disputarnos sus primeras caricias! ¡Cuántas veces tambien, Dios mio, oímos de sus labios sanos consejos, descansando él en la hamaca y rodeándole nosotros, y le hicimos juez de nuestras querellas infantiles!... ¡Ay de mí! á mi vuelta no vi repetidas, como en otro tiempo, estas inolvidables escenas: mi padre, anciano ya, habia dejado sus excursiones campesinas; y mis hermanos, educados por él en la escuela práctica de sus negocios predilectos, hacian sus veces en ellos, con éxito satisfactorio: á todos los encontraba sosegados y felices.

Solo yo, que habia preferido correr los azares del que se separa del hogar que cobijó su infancia, volvía á él como el hijo pródigo, arrepentido de mi ingratitud, con el desaliento y la tristeza en el alma, con el remordimiento en la conciencia. Quería borrar el recuerdo de mis imprudencias entregándome al trabajo, á los duros afanes del campesino, y me prometía hallar dulcísima recompensa en la satisfacción que por ello sentiría mi padre, en la inalterable paz de que disfrutaría estando á su lado, al de mi madre y al de mis honrados hermanos. Todos sonrieron al participarles yo mi resolución. ¡Ellos, que sabian el género de vida que habia llevado, dudaban de que la pudiese cumplir, y tenían razón!

—Olvidan VV.—les dije algo mortificado por aquella desconfianza, que yo bien merecía—que el hastío que siento hácia la vida de ciudad está atestiguado por las renunciaciones que voluntariamente he hecho de las nuevas mercedes con que quería detenerme el Sr. M.<sup>o</sup> Además, hay otras muchas circunstancias, que no es fuerza decir ahora, que me hacen desear vivir aquí; siendo la principal de ellas mi amor á VV., avivado por tanto tiempo de separacion, y no muerto, como me dijeron en una carta.

—Pues es por demas encarecerte — me respondió mi padre conmovido — el regocijo que nos das oyéndote hablar así, y, sobre todo, viniéndote á vivir con nosotros. No dudo que cuanto nos has dicho sea la verdad; pero como es difícil que el que está acostumbrado á una vida cómoda, y prescinde de ella en un momento de impaciencia, se acostumbre á otra de trabajos, y acaso de privaciones, es de mi deber advertirte que estás en absoluta libertad para elegir las ocupaciones que mejor se avengan á tus costumbres y á tu gusto.

Y sin darme tiempo para responder á sus generosas palabras, agregó:

—¿Quieres ir mañana conmigo al Cerro? Allí vive ahora D. Braulio, de quien acaso te acordarás. Se fué del pueblo desde que tuvo la desgracia de perder á su esposa, que está en el cielo.

—Tenía una hija, ¿no? — pregunté á mi madre; — creo que estará ya muy grande.

—Sí, se llama Piedad y se ha puesto hermosa. ¿No te acuerdas que todos VV. jugaban con ella siendo todavía muy niños?

—Sí, sí, lo recuerdo. ¿Pero por qué D. Braulio está allí tan solo? ¿Estará la niña contenta?

—Sólo ella lo sabe: la pobrecita, siempre que le hacen esa pregunta, dice que sí; pero yo he notado que cuando viene al pueblo se va muy triste: acaso la pesa dejarlo. Es muy buena niña, muy dócil y amable.

—Si D. Braulio consiente — observó mi padre — se vendrá ella con nosotros y pasará aquí la Noche-Buena.

—¡La Noche-Buena! — exclamé lleno de júbilo. — Sí, ya está próxima.

Y sentí mi corazón henchirse de pacífica alegría y de no sé qué suave tristeza, ante los dulces recuerdos que esta palabra trajo á mi memoria; ¡Ella me recordaba mi niñez y la de mis hermanos, las fiestas del pueblo y las del hogar de mis padres!... Pensé en Piedad, la sencilla y hermosa compañera de mis juegos infantiles, y comencé á acariciar desde aquel momento mil ensueños de felicidad para ese día ya tan esperado.

IV.

Al siguiente, mi padre y yo nos pusimos en camino para la casa de D. Braulio.

Bella, imponente y majestuosa aparece la naturaleza ante los que de ella han estado alejados por mucho tiempo. Yo, nativo de aquellas montañas, las atravesaba sorprendido y admirado, contemplando con verdadero placer sus espléndidas faldas y su rica y exuberante vegetación; los gigantescos árboles, los collados, los misteriosos rumores de aquellas soledades, los fértiles y pintorescos valles que se extendían al pié de escarpados montes; todo recreaba agradablemente mi vista, y me hacia respirar con deleite el aire embalsamado de la montaña. Sentía yo, además, en mi alma un bienestar indecible, tal como jamás lo habia sentido en mis locas diversiones de la ciudad.

Cerca ya del mediodía empezamos á oír los ladridos de los perros, y la casa de D. Braulio, situada cómodamente en el fondo de una hermosa cañada, apareció á nuestra vista. Llegamos, y fuimos recibidos con franca hospitalidad; mas como el bueno y honrado campesino á quien íbamos á visitar no me conociese ya, me saludó con cierta frialdad y ceremonias por él no acostumbradas. Mi padre, que lo observó, le dijo:

—¿Cómo! ¿no se conocen VV.? ¿ya no se acuerda V. de Julio, D. Braulio?

—¿Pues qué! — respondió éste con extrañeza — ¿es Julio?

—El mismo, para servir á V. — concluí yo bajando del caballo.

—¡Dios santo!... Pero, muchacho, ¿quién te habia de conocer si estás tan hermoso? Piedad — continuó nuestro amigo alzando la voz — vén acá y mira quién está aquí. Pero ¿cuándo vino, dónde ha estado, qué se ha hecho en seis largos años? — agregó despues dirigiéndose á mi padre.

—Llegó hace pocos días, D. Braulio: lo demas él se lo dirá á usted.

Era D. Braulio un campesino rico, de esos que aman sus montañas y las costumbres en que han sido criados, de vida sencilla y libre de inquietudes, oscura y aislada, pero que ellos prefieren á cualquiera otra, por muchas y deliciosas que sean las comodidades de que en ésta pueden disfrutar. Hijo único de unos acomodados montañeses, su juventud se habia deslizado tranquila, libre y feliz en aquellos apartados sitios. Cuando quedó huérfano y se vió dueño de una regular fortuna, buscó una compañera que le acompañase en su soledad, y se casó.

VICTORIANO AGÜEROS.

(Se continuará.)



Paris, 8 de Diciembre.

La estacion de los bailes, de las soirées, de las recepciones de todas clases va á inaugurarse en Paris. Necesario será, pues, que me ocupe con preferencia de este género de toilettes. Ya en nuestro número del 30 de Noviembre hemos publicado una serie de modelos de vestidos de baile; preparamos para dentro de poco una nueva serie más completa aún de esta clase de modelos, y entre tanto, en el presente número va un magnífico grabado que representa varios trajes para soirées, teatro y recepcion, y un precioso vestido corto de baile, para señoritas, sin contar el figurin que acompaña tambien á este número y cuyos modelos son del género indicado, es decir, para baile y soirée.

El magnífico traje de terciopelo negro escotado (dibujo 35) puede ejecutarse tambien de cachemir ó de faya modesta, lo mismo que de raso ó de damasco de cualquier color, un bordado de cuentas negras ó de color claro.

Para guarnecer este género de vestidos, ó sólo los corpiños separados, venden los pasamaneros una especie de tejido, llamado cota de mallas, cuajado de cuentas negras ó del color del vestido, cuyo tejido tiene 20 centímetros de ancho; es una especie de galon enrejado, que se vende por metros y se pone á plano con la mayor facilidad.

Y á propósito de pasamanería, debo señalar la restauracion (ó por mejor decir, la recrudescencia, pues es una moda que no habia pasado por completo) de los flecos, golpes y otros adornos de felpilla mezclada de azabache. No hay nada más grato á la vista ni que siente mejor que la felpilla, sobre todo combinada con el azabache. Se hacen de este género esclavinas enteras, que se ponen con vestidos algo usados, logrando así rejuvenecerlos.

Los vestidos de baile son este año un compuesto de cuanto se quiera reunir en materia de telas preciosas, de flores y de adornos ligeros y graciosos. Todo está de moda con tal de que siente bien y se halle arreglado con buen gusto.

Se hacen muy bonitos trajes de baile, blancos ó de color de rosa, que son los dos colores preferidos, con un vestido princesa de raso blanco, corpiño y delantal cubiertos de gasa brillante listada, con entredoses bordados de cuentas blancas ó de color de rosa.

Como telas, se llevará mucho la gasa y el crespon, blancos ó de color, bordados de cuentas brillantes y claras de todos colores, ó bien cargados de bordados al pasado. Segun acabo de explicar, estas telas claras se ponen sobre un fondo igual ó diferente: todo el talento consistirá en saber elegir y casar los colores ó en disponer las bandas. Se harán no pocos vestidos de telas negras ligeras ó muy bordadas, para convites de ceremonia, para teatro, y aún para baile. Es un género de vestidos que no sienta bien á todo el mundo, hay que confesarlo, pero que se presta admirablemente para hacer resaltar los magníficos aderezos.

Puede decirse que este género de toilettes constituyen un cuadro bien dispuesto para lucir las joyas, que son las flores de invierno de las señoras verdaderamente distinguidas; por supuesto que el lujo falso y llamativo debe ser proscrito severamente. El menor diamante engastado en piedras finas, rodeado de cuentas, brilla de una manera suave y encantadora, que embellece sin deslucir la belleza con el resplandor chillon y pretencioso de las piedras falsas.

«¡Las joyas verdaderas cuestan caras!», dirán sin duda algunas de mis lectoras.

Error. Méenos caras que las falsas, mucho ménos que las telas ricas y costosas; pues en ellas se posee un objeto de un valor real y duradero, y un adorno siempre bello y de buen gusto.

Hay que añadir que el arte de la joyería ha llegado á un grado de perfeccion inaudito.

Vense, entre otras deliciosas combinaciones, collares de diamantes, cuyo medallón se separa y se transforma en aderezo, montado sobre un muelle, para prenderlo en los cabellos, ó en broche para sostener el ramo del pecho; brazaletes de trenza flexible, rematados en cabeza de serpiente con ojos de rubis, y, por último, preciosos pendientes género Pompadour, de rosas, de diamantes y perlas finas.

Los bebés se ven halagados por la moda tanto ó más que las personas mayores. No pasa día en que no se invente para ellos un modelo elegante. La lencería sola es un poema

en miniatura. Se hacen unas enaguítas, cubiertas enteramente por detras con volantitos fruncidos, ribeteados cada uno de ellos con un encaje. Estas enaguas pueden ser de percal ó de franela, en cuyo último caso se borda cada volante con un feston y una cenefa de lunares, hechos con seda de color. Si la franela es blanca, el bordado será azul ó de color de rosa; con la franela de color, será preferible ejecutar el bordado matiz sobre matiz.

Para los niños y niñas de 2 á 3 años se hacen unos abrigos de cachemir ó armure color marfil, algodónados y forrados de tafetan, cuya parte superior se tapa con una esclavina guarnecida de un fleco; las mangas son ajustadas y la falda forma dos pliegues por detras.

Entre las novedades que la inagotable moda produce diariamente, me ha llamado mucho la atencion un adorno de los más lindos é ingeniosos en su composicion. Trátase de un galon calado, ó, mejor dicho, recortado en el fondo y en los contornos, y de un precioso color marron claro aterciopelado. Todos los contornos de las hojas van ribeteados de un hilillo de oro. Es difícil imaginarse el precioso efecto que produce este adorno, y más difícil aún á quien sabe que el tal adorno es de yesca. Se le recorta con el sacabocados, se le borda y se obtiene un resultado maravilloso, un galon que imita el terciopelo hasta el punto de confundirlo con esta tela.

Otro adorno que llama mucho la atencion son las imitaciones de encajes antiguos, hechas con tela de embalar muy floja, imitaciones que son verdaderamente notables.

Las corbatas toman proporciones mayores cada día; algunas de ellas tienen hasta treinta centímetros de ancho, y como son muy largas, se llega á esconder la mitad del rostro en una voluminosa nube de crespon, de tul ó de encaje. —La verdad es que, con el tiempo terrible que estamos atravesando, esta moda no deja de ofrecer sus ventajas.

V. DE CASTELFIDO.

PATRON CORTADO

Núm. 8.

El que recibirán con el presente número las Sras. Suscriptoras á la primera edicion de lujo es de un modelo de corpiño-frac, cortado á una talla de regulares dimensiones, en vista de la segunda figura de nuestro figurin iluminado. La union de las piezas se halla indicada por sus correspondientes piquetes, y, por consiguiente, la armadura se circunscribe á la reduccion de cinturas y á dar las convenientes formas al pecho y á las caderas.

Como de costumbre, nos referimos al cróquis inserto en la pág. 376 de nuestro periódico, á fin de que las explicaciones resulten más claras y den mejores resultados á las Sras. Suscriptoras.

Las figuras 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> forman el corpiño-frac, de que nos ocupamos. Su escote redondo, su larga espalda y el recorte de las demas piezas, son la copia exacta del modelo, que, á no dudarlo, obtendrá la aprobacion de las elegantes.

La moda ha suprimido los pliegues del delantero, reemplazándolos por un pequeño costadillo, que, además de ser muy nuevo, forma una pelliza por delante de un género hasta ahora desconocido. El abotonado del centro se ejecuta por medio de broches mecánicos, introducidos en forma de corsé y sujetos por un respunte dado á 3 centímetros del borde.

La manga (fig. 5.<sup>a</sup>) se une á la sisa por su marca a', y la misma a', hecha en el encuentro de la espalda en las inmediaciones del costado, constituye las formas.

Cuando al corpiño se le quiere hacer una tabla interior en el centro de la espalda para producir más vuelo, se añadirán como 6 centímetros de tela entre X y X de la fig. 1.<sup>a</sup>, cuya linea se halla trazada por puntos.

Por si alguna duda pudiera haber respecto del corte de la falda, hemos trazado á la 15.<sup>a</sup> parte de sus proporciones ordinarias las figs. 6.<sup>a</sup> á 10.<sup>a</sup>, que la representan tal como ha sido cortada para el modelo original.

La citada fig. 6.<sup>a</sup> indica el paño de detras, cuyo largo es de 156 centímetros de cola y 140 del lado opuesto, por 46 de ancho á su hilo. Las rayas hechas entre las letras Z á Z manifiestan el fruncido hecho en dicho espacio, el cual se reemplaza 4 veces por dos grandes tablas exteriores.

La fig. 7.<sup>a</sup> es el paño de delante, cortado á 100 centímetros de largo y 32 de ancho por ambos extremos. Las 8.<sup>a</sup> y 9.<sup>a</sup> representan las dos nesgas cortadas á 10 centímetros de la parte superior, y 42 del bajo, y 116 á 140 de largo respectivamente, á fin de que la cola vaya declinando hácia atras con entera regularidad y sin agolpamiento de tela en ninguna de sus costuras. Los tres piquetes de su parte superior son la indicacion de otros tantos pliegues que han de reducir el vuelo á la mitad de la cintura (figura 10.<sup>a</sup>). Obsérvese ahora y en lo sucesivo que nunca presentamos los modelos más que por la mitad de las piezas del vestido; así, pues, en lo que se relaciona con la falda, y contando por centímetros, el vuelo representado es de 162, ó sean dos varas escasas, cantidad suficiente para producir la cola de esta falda. En este concepto, y para abreviar más nuestras explicaciones, los vuelos se establecen primero por su totalidad, ó sean 4 varas para faldas de gran cola, dando por resultado la mitad, cuando se efectúa el corte de los paños.

Todas estas reglas, entiéndase que se refieren á estaturas regulares, y que los vuelos se aumentan ó disminuyen en relacion con la talla de las personas y dimensiones de la cola. Los adornos de esta clase de corpiños consisten en unos vivos cosidos al borde del peto y faldas; vivos que se cortan al bias, para introducir en ellos un ligero cordón que los sostenga. La misma operacion se repite en las costuras de los paños de la falda.

En cuanto á los recogidos, basta observar el prendido de

las flores para comprender que ellas sostienen el plegado entre el centro de la delantera y la union del paño posterior á los costados. Sin embargo, no será inútil indicar que sobre el trazado de nuestra falda puede aumentarse tela, allí donde la fuerza del recogido lo haga necesario.

CESÁREO HERNANDO.

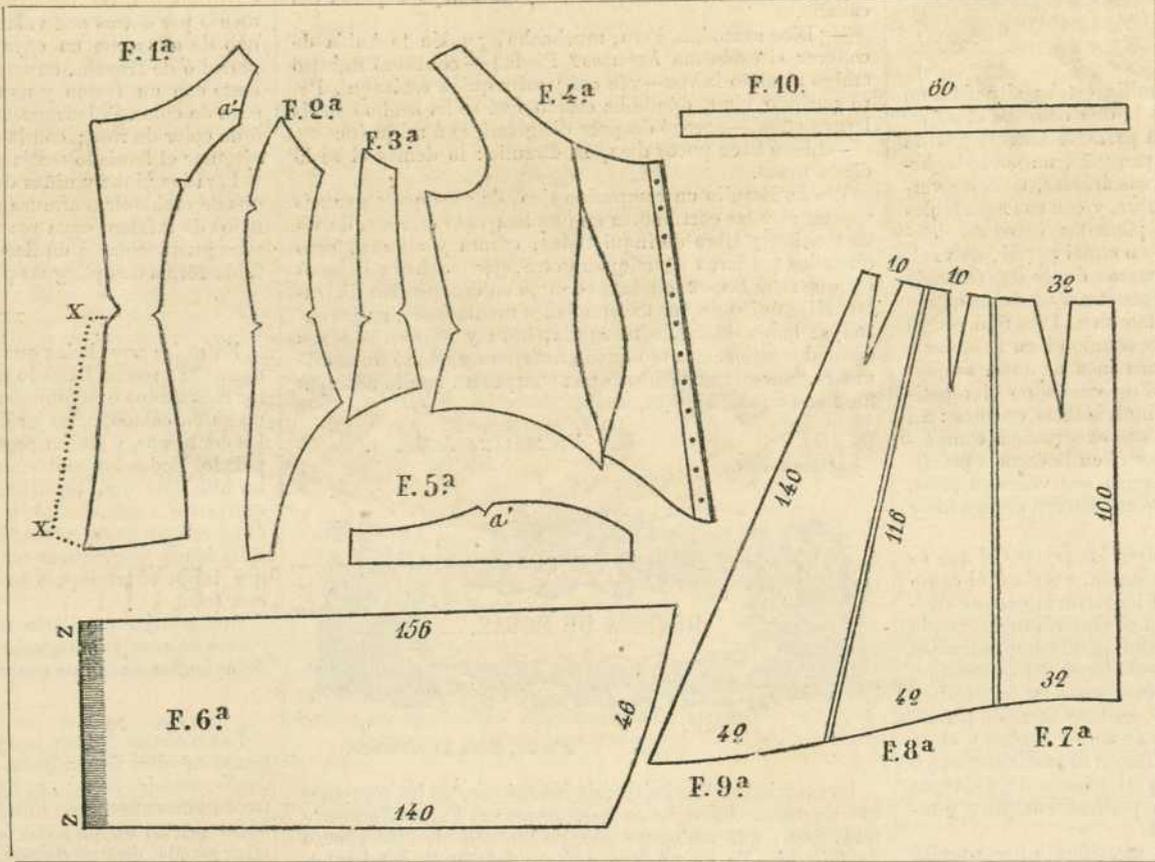
EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.631.

**Traje de soirée.**— Vestido de terciopelo granate, con delantero de raso del mismo color. Corpiño con aldetas largas y cola de terciopelo, la cual va guarnecida de dos tableados de raso por encima. A cada lado de la falda va una vuelta grande de raso color de ópalo bordado de oro. El corpiño lleva unas solapas grandes estilo Directorio, hechas del mismo raso color de ópalo bordado de oro. Las mangas, semi-largas, llevan carteras de raso color de ópalo.

**Vestido de baile.**—Este vestido es de faya color de hojas de rosa; la cola va guarnecida de un volante de tul blanco, bordado con seda blanca, que cubre á medias un fleco blanco, ligero y musgoso. El volante va sujeto, de trecho en trecho, con unos ramos de flores rodeados de cocas de cinta color de hojas de rosa. El delantero de la falda va adornado de dos bandas de tul liso, sujetas en medio con ramos de flores. Corpiño de faya, con aldetas por delante y de forma frac por detras.

El patron cortado que acompaña al presente número corresponde á este corpiño.



DISEÑO DEL PATRON CORTADO, CORRESPONDIENTE AL CORPIÑO-FRAC.

(Véase la 2.ª figura del figurin iluminado que acompaña al presente número)

1. Espalda.—2. Costadillo.—3. Costadillo de delantero.—4. Delantero.—5. Manga.—6. Paño trasero de la falda.—7 á 9. Resto de la falda.

por la *Cintura Regente*. ¿Cuál de las dos ha prestado á la otra mejores servicios? Lo cierto es que los salones de Mmes. de Vertus Soeurs (12, rue Auber, Paris) son visitados cada dia por las damas más elegantes de la sociedad.

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA.

¿Se desfiguran los rasgos de vuestra fisonomia? ¿Se permite alguna arruga indiscreta trazar su impertinente dibujo sobre vuestro rostro para incrustar en él la cifra de vuestra edad? Debeis en tal caso dirigiros á la *Oficina higiénica* y pedir la *Leonina* (privilegio adquirido).

Esta agua, comparable á un rocío benéfico, suaviza la epidermis; borra el surco causado por la arruga, signo de decadencia, que se guarda muy bien de reaparecer. (20 pesetas el frasco.)—*La Rosa de Chipre*, de la misma casa, comunica á la tez los delicados tonos de aurora que Rubens mismo no hubiera podido reproducir con su pincel. Su *blanco de Páros* suaviza la epidermis, y se recomienda por su conveniencia para la conservacion de la piel.

Exíjase la marca de fábrica de *L'Office Hygiénique*, 17, rue de la Paix, en Paris.

Las *Pildoras BLANCARD*

(40, rue Bonaparte, Paris), al yoduro de hierro inalterable, son empleadas por las *celebridades medicas* del mundo entero en todas las afecciones del bello sexo (colores pálidos, etc., etc.) en que hay necesidad de proceder contra la sangre. (Rehusar todo frasco que no lleve la firma del inventor.)

LA CULPA DE BROUSSAIS.

Léese en el *Moniteur de la Médecine*:

Si; culpa es de Broussais si en la generacion actual hay un número tan considerable de anémicos: basta para probarlo una conversacion del Dr. Leviel, contemporáneo de Broussais, que reproducimos á continuacion:

«—Hablaba yo hace algunos dias, —dice, — con un jóven médico que acababa de doctorarse, y me interrogaba sobre el medio más adecuado de trasformar su diploma en un modo honroso de vivir, mezclando sus preguntas con algunas tímidas confidencias. Entre otras, hizome una que es bien digna de notarse.

»—¿Creerá V., —me dijo mi jóven colega, — que durante mi vida de alumno médico no he practicado una sola sangria? ¿No es esto raro?

»Respondí á la pregunta con esta otra:

»—¿Creerá V., —interpuse á mi vez, — que cuando yo llevaba el delantal de discípulo en los hospitales, cada mañana tenía que sangrar á cuatro ó cinco enfermos? ¿No piensa V. que esto es más raro todavía?

»—Entónces, para tener así constantemente la lanceta en la mano, estaria V. agregado á un servicio especial de apopléticos.

»—No, señor; yo era pura y simplemente ayudante de una sala ordinaria de calenturientos; pero nos hallábamnos bajo la influencia del sistemático Broussais, que habia declarado que las evacuaciones sanguíneas locales y generales constituian el antiflogístico más poderoso. Por esta razon los comerciantes de lancetas no podian atender á todos los pedidos, y las sanguijuelas se vendian á precios enormes.

»—¿Qué me dice usted?

»—La verdad. En mi tiempo la estadística demostró que las sanguijuelas absorbian en un año 271.000 litros de sangre: de este dato puede V. deducir la cantidad de liquido rojo que las lancetas se encargaban de extraer. Felizmente, este bárbaro sistema cesó bien pronto de tener fuerza de ley: el *Broussaisismo* no podia ser de larga duracion, porque estaba en abierta oposicion con los hechos. Y, sin embargo, se prolongó lo bastante para debilitar á una generacion, que VV., que son la jóven generacion médica, están llamados á fortificar.

»—Para llegar á ese fin no faltan, ciertamente, los medios: se puede devolver á la sangre su perdida fuerza, rehacer su plasticidad y aumentar el número de sus glóbulos, empleando los ferruginosos.

»—¿Los ferruginosos dice V.? ¿Por qué ese plural? Crea V. en mi antigua experiencia, y dirijase constantemente á la misma preparacion marcial; á la que tiene en su favor el testimonio de los sabios de Francia y del extranjero, que prescriben siempre á sus enfermos el *hierro dialysado Bravais*.

El Dr. Leviel recomienda el *hierro Bravais*, acerca del cual hemos hecho constar en otros números nuestra opinion enteramente favorable. Tenemos un placer al agregar el

nombre de este antiguo práctico á los de todos los médicos que encomian el empleo de esta excelente preparacion.

LISTA DE LOS DONATIVOS

recibidos en esta Administracion, con destino al socorro de las víctimas de las inundaciones, y que en su dia ingresarán en la Suscripcion Nacional.

	PESETAS.
Suma anterior.....	397,50
Una Sra. Suscritora.....	10
Sra. D.ª Cármen Pino, de Lucena.....	1
Entregado por los Sres. Fornos hermanos, producto de la suscripcion abierta en el <i>Café-Restaurant</i> del mismo nombre (Alcalá, 19, Madrid):	
D. Antonio Cortés Romudo, 2 rs.—D. Eduardo Aguilar, 20 rs.—D.ª Manuela Diaz, 5 rs.—Don Faustino Polo, 8 rs.—Una cortinera, 8 rs.—D.ª María Arroyo de Garcia, 12 rs.—D.ª Pilar Castellosi, 10 rs.—P. R., un real.—D. Julian Ruiz, 4 rs.—J. S., 40 rs.—D.ª Dolores Ródenas de Alvarez, 10 rs.—D. José Bolb y Jaquinetto, 10 rs.—D. Leon Duloroy, 40 rs.—M. S. Miguel, 60 rs.—D. Juan Coronado, 4 rs.—D. Ramon Francis, 8 rs.—D. Isidro Garcia, 2 rs.—R. G. (costurera), 4 rs.—Dos aprendizas de modista, 2 rs.—R. E., 2 rs.—Una Asturiana, 2 rs.—D.ª Encarnacion Moreno, 4 rs.—D. Blas Sainz, 40 rs.—D. Manuel Ortiz, 4 rs.—D.ª Pilar Gonzalez, 4 rs.—Sra. Viuda Margarita, 4 rs.—D.ª Josefa Garcia, 5 rs.—Un Portugues Español, 40 rs.—D. José Casani, Conde de Machian, 100 rs.—D. Juan Lopez, 8 rs.—D. Carlos Pesquera, 5 rs.—El Colegio del Divino Pastor, 240 rs.—D. Rafael Coello y Oliván, 20 rs.—D.ª M. M., 80 rs.—Sres. Fornos hermanos, 1.000 rs.—Dependientes de la casa, 333 rs.	535,25
Total, rs. 2.141, ó sean.....	943,75

Continúa abierta la suscripcion.

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

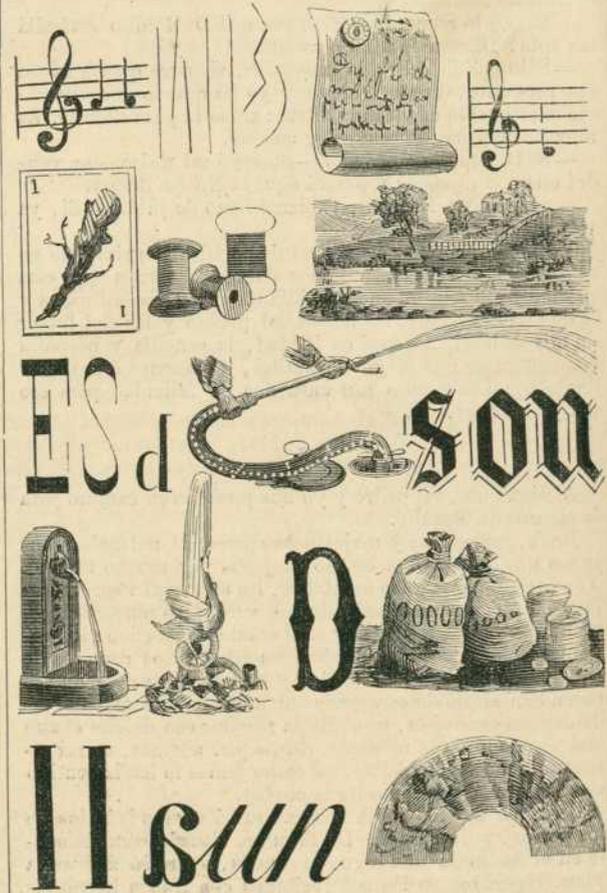
Gracias al talento, completamente personal, de MMES. DE VERTUS SOEURS, pueden aliarse las exigencias de la coquetería á las de una higiene rigurosa. Su *Cintura Regente*, verdadera obra maestra en su género, es una invencion inapreciable. ¡Cuántas molestias, cuántas indisposiciones evita! Por el contrario de todos los corsés, esta maravillosa cintura cuenta con las simpatías y la proteccion de la Academia de Ciencias. ¿Qué más puede decirse en su elogio? Dicha cintura no ocasiona presion ni incomodidad alguna. Con ella pueden seguirse las prescripciones de un tratamiento severo, sin faltar en nada á la elegancia más refinada.

La dama parisiense, cuya gracia y esbeltez son alabadas en todos los países del globo, siente una simpatía especial

ADVERTENCIA.

Las Sras. Suscritoras á la 1.ª edicion recibirán con el presente número el patron cortado respectivo al corpiño-frac que representa la 2.ª figura del figurin iluminado.

GEROGLÍFICO.



La solucion en uno de los próximos números.



PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XXXVIII.

Madrid, 22 de Diciembre de 1879.

NÚM. 47.

SUMARIO.

1 y 2. Trajes de recepcion.—  
 3. Polaina para niños de 9 á 11 años.—4 á 6. Silla de tijera para paseo.—7. Corbata de brocado azul.—8. Lazo de corbata.—9. Chaqueta sin mangas.—10. Delantal con peto.—11 á 13. Tira bordada para muebles.—14. Sombrero de medio luto.—15 y 16. Dos golas.—17 y 18. Dos lazos de corbata.—19. Traje de calle.—20. Traje de paseo.—21 á 25. Vestidos y abrigos para niñas y niños.—26. Traje de cachemir y pekin.—27 y 28. Traje de lanilla.—29 y 30. Traje de cachemir liso y cachemir oriental.—31. Traje de raso y terciopelo.—32. Capelina de cachemir tejido.—33 y 34. Gorra y manguito para niñas de 8 á 10 años.—35 y 36. Sombrero y manguito para niñas de 4 á 6 años.—37. Palatina para niños.—38 y 39. Dos gorras para niños.—40 á 44. Vestidos y salida de baile para señoras y señoritas.

Explicacion de los grabados.—  
 Leyenda de Navidad, por don Victoriano Agüeros (continuacion).—Crónica de Madrid, por el Marqués de Valle-Alegre.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Tú y yo, poesia, por D. Juan Bautista Cámara.—Explicacion del figurin iluminado.—Lista de los donativos recibidos en esta Administracion con destino al socorro de las victimas de las inundaciones de Levante.—Pequeña gaceta parisiense.—Sueltos.—Soluciones.

Trajes de recepcion.  
 Núms. 1 y 2.

Para la explicacion, véase el recto de la Hoja-Suplemento al presente número.

Polaina para niños de 9 á 11 años.  
 Núm. 3.

Para la explicacion y patrones, véase el número IV, figs. 28 y 29 de la Hoja-Suplemento.

Silla de tijera para paseo.—Núms. 4 á 6.

Esta silla, que es muy fácil de trasportar, se compone de barretas de madera negra, unidas por medio de bisagras y de una barreta larga. En la parte superior de ésta va un asa de piel, y en su borde inferior, un saco tambien de piel. Las barretas de detras mantienen el asiento de rejilla. Se cubre este asiento con cañamazo de Java hecho de lana marron y bordado por el dibujo 6, al punto de cruz, con seda color reseda de tres matices. Bajo el cañamazo se pone un forro guardado de cerda ó lana cardada para formar como una almohadilla.

Corbata de brocado azul.—Núm. 7.

Es de brocado azul tejido de plata. Se emplea



1.—Traje de terciopelo y brocado.—(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

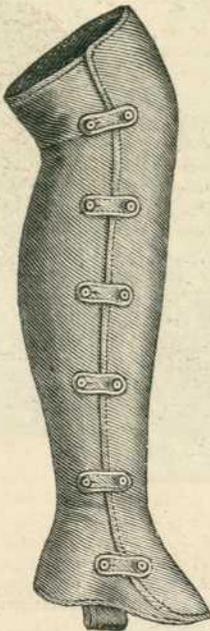
2.—Traje de terciopelo y cachemir oriental.—(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

1 y 2.—Trajes de recepcion.

una tira de 10 centímetros de ancho por un metro de largo. En cada extremo se forman dos ángulos, que se forran de raso azul claro y se rodean de hilillo de plata, doblándolos y fijándolos por encima á guisa de solapas. A 2 centímetros de distancia del hueco de estos ángulos se forma el brocado. Los picos van guarnecidos con un encaje blanco fruncido, de 10 centímetros de ancho.

**Lazo de corbata.**  
Núm. 8.

Se toman tres tiras de tul liso, de 22 centímetros de ancho por 14 de largo cada una; se las pliega, se las dobla por el medio y se las fija, como indica el dibujo, sobre un fondo de tul fuerte. Entre estas tiras de tul se fijan unas tiras de tul punto de espíritu plegadas, de 5 centímetros de ancho, que forman los picos del lazo.



3.—Polaina para niños de 9 á 11 años. (Explic. y pat., núm. IV, figs 28 y 29 de la Hoja-Suplemento.)



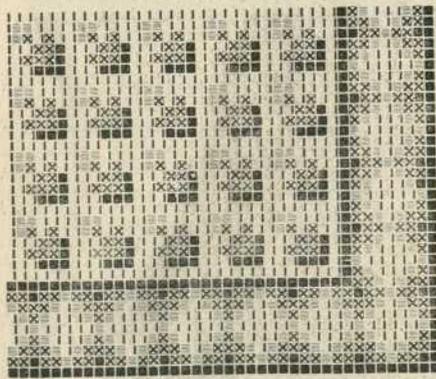
5.—Silla de tijera para paseo. Abierta. (Véanse los dibujos 4 y 6.)

**Chaqueta sin mangas.—Núm. 9.**

Las figs. 54 y 55 de la Hoja-Suplemento á nuestro núm. 45 corresponden á esta chaqueta.

Nuestro modelo se ejecuta al crochet con una hebra doble de estambre blanco y un gancho de madera. La labor se compone de bridas. La chaqueta ó casaca va adornada con un encaje hecho tambien al crochet, con presillas de felpilla de lana azul y borlas de estambre blanco y lana azul.

La espalda y los delanteros se hacen separadamente y principiando por el escote hasta la sisa. Desde la sisa se hacen todas las piezas juntas.

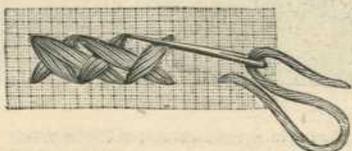


6.—Dibujo de la silla de tijera. (Véanse los dibujos 4 y 5.)

Explicacion de los signos: ■ Reseda oscuro; X reseda mediano; □ reseda claro; | fondo.

Se principia por la espalda (fig. 54). Se cortan ántes las piezas de papel, y se labra con arreglo al patron, haciendo una cadeneta cuyo largo debe ser la dimension del escote y el ancho de los hombros. Se labra yendo y viniendo sobre las mallas del escote.

1.<sup>a</sup> vuelta. Alternativamente, 2 bridas sobre



12.—Primer detalle de la tira bordada.



4.—Silla de tijera para paseo Cerrada.—(Véanse los dibujos 5 y 6.)



7.—Corbata de brocado azul.



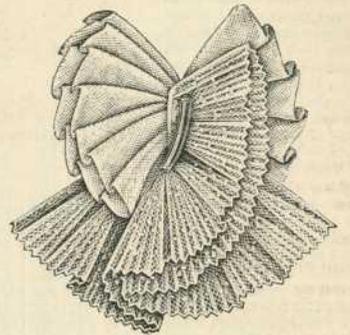
9.—Chaqueta sin mangas.

la malla más próxima, se pasa la malla siguiente.

2.<sup>a</sup> vuelta. Se une la labor á la 4.<sup>a</sup> malla siguiente de la cadeneta hecha para el hombro en esta parte de la espalda. La última brida de la 1.<sup>a</sup> vuelta confina con esta cadeneta. Se repite la vuelta anterior 13 veces hasta la sisa, aumentando segun lo exija el dibujo.

Para cada delantero se hace una cadeneta que tenga el largo del hombro, y desde el escote, principiando en la costura del hombro, se hacen tres divisiones del dibujo que hemos explicado anteriormente, sobre las mallas más próximas de la cadeneta, y se ejecuta hasta el extremo de la sisa el dibujo que acabamos de explicar, aumentando segun el patron lo exija. Desde la vuelta siguiente se labra de una sola

pieza la espalda y los delanteros, y se termina la chaqueta con el mismo dibujo, pero haciendo las 6 últimas vueltas con estambre azul. Las dos últimas de estas vueltas se continúan sobre el borde de los delanteros. El cuello va hecho con arreglo á la fig. 55, principiando por el escote,

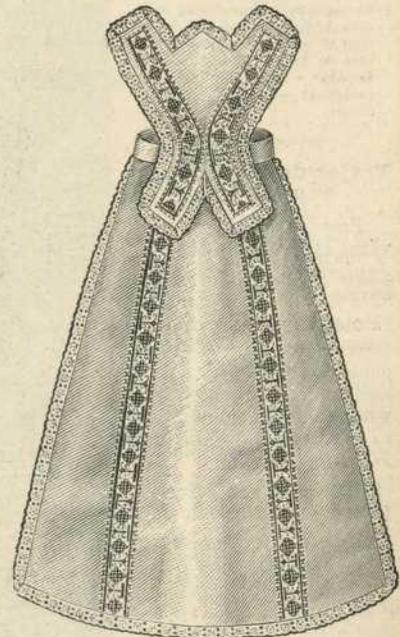


8.—Lazo de corbata de tul punto de espíritu.

sobre una cadeneta del largo requerido, siempre con el mismo dibujo y lana azul. Se junta la chaqueta en los hombros y se cose el cuello en el escote. Se ribetea la sisa con tres vueltas de lana azul y con el encaje ya mencionado.

**Delantal con peto.—Núm. 10.**

Puede ejecutarse este delantal de una manera más ó menos elegante, segun se le destine á una

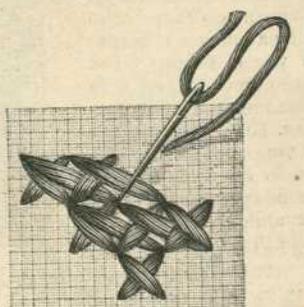


10.—Delantal con peto.

señorita para servir el té, ó á una doncella. En el primer caso, el delantal se hará de nansuk, con entredoses de guipur y guipur estrecha.



11.—Tira bordada para muebles.—(Véanse los dibujos 12 y 13.)



13.—Segun lo detalle de la tira bordada.

**Dos golas.**  
Núms. 15 y 16.

Para la explicación, véase el verso de la Hoja-Suplemento al presente número.

**Dos lazos de corbata.**  
Núms. 17 y 18.

Para la explicación, véase el verso de la Hoja-Suplemento.

**Traje de calle.**  
Núm. 19.

De cachemir de la India color núa. Los adornos

se componen de volantes de la misma tela, flecos de seda de color igual, con cabeza de pasamanería de seda satinada. Falda semilarga, rodeada en la parte inferior de dos volantes tableados, el primero de 10 centímetros de ancho y el segundo de 22, inclusa la cabeza. El delantero de esta falda forma cuatro bullones gruesos. Tú-



15.—Gola de encaje. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



17.—Lazo de corbata de tul y encaje. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



14.—Sombrero de medio luto.



16.—Gola de tul punto de espíritu. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



18.—Lazo de corbata de encaje y cinta. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

En el segundo caso, los entredosos se harán de bordado inglés, y el delantal de percal. Se adornará éste con tiras de bordado inglés.

**Tira bordada para muebles (cruz trenzada).**  
Núms. 11 a 13.

Se la ejecuta con seda encarnada sobre tela gruesa cruda. Cada tipo ó cuadro de nuestro dibujo va hecho sobre 3 ó 4 hilos de la tela á lo alto y á lo ancho. Para ejecutar una línea recta al punto de cruz trenzada, se hace primero una cruz ordinaria (véase el segundo detalle), se dirige la aguja 4 hilos más allá para el punto siguiente, y se clava la aguja, como indica el dibujo, en el mismo agujero, es decir, pasando la hebra sobre 8 hilos de la tela. El punto siguiente es una media cruz sobre 4 hilos en línea diagonal, al cual se une, alternativamente, un punto sobre 8 hilos y un punto sobre 4 hilos. El dibujo 12, que representa el primer detalle, indica cómo se principia el bordado por una cruz ordinaria y se continúa con hileras. Los puntos aislados que principian ó concluyen las hileras son cruces ordinarias.

**Sombrero de medio luto.**  
Núm. 14.

De granadina de seda negra doble y extendida. El sombrero va ribeteado de un galon bordado de cuentas de azabache. Lazos y barbas de granadina negra. Por la parte interior, rizado de la misma granadina, de 2 centímetros de ancho.

nica ajaretada en medio por delante y recogida en los lados, en forma de *paniers* redondos. Esta túnica ó sobrefalda se fija á la falda en los costados y en medio del delantero, y cae por detras formando *pouf* y un paño cuadrado, que se adorna con un fleco. Corpiño de aldetas cortas y redondas, rodeadas de un vivo doble; cuellecito recto y carteras redondas y cruzadas en las mangas. Casaca de terciopelo listado color núa, sobre fondo brochado, género cachemir. Va guarnecida esta casaca de un cuello ribeteado de terciopelo núa liso, carteras ribeteadas del mismo terciopelo, y bolsillos por el mismo orden.

**Traje de paseo.**  
Núm. 20.

Este lindo traje es de tela de lana y seda color bronce con puntitos de un azul muy pálido. Falda rasante, adornada con un tableado de 10 centímetros de alto, que va realzado por bullones dispuestos al bias. Por encima de estos adornos caen dos quillas plegadas, guarnecidas en su borde inferior con un fleco del color del vestido. En medio, otra quilla más estrecha, de terciopelo bronce muy oscuro, adornada con lazos de raso azul claro. Por detras, dos paños de tela (estrecha) van añadidos y plegados en la cintura y se recogen en diferentes puntos, adornándolos en los lados con lazos de raso azul. Casaca de *paniers*, abierta sobre un camisolin de tela adamascada de ra-



19.—Traje de calle.

20.—Traje de paseo.

so bronce y azul de varios matices y guarnecida con un cuello vuelto de terciopelo bronce oscuro, con un lazo de raso. Carteras del



28.—Traje de lanilla. Espalda. (Véase el dibujo 27.)

mismo terciopelo y un tableado de raso azul claro por encima. Un tableado del mismo color rodea los *paniers*, que vienen á terminarse en los lados de detras, bajo los paños recogidos.

**Vestidos y abrigos para niñas y niños. Núms. 21 á 25.**

Para la explicacion y



21.—Paletó para niños de 3 á 5 años.—*Explic. y pat., número III, figs. 21 á 27 de la Hoja-Suplemento.*

22.—Paletó para niñas de 13 á 15 años.—*(Explic. y pat., número VIII, figs. 37 á 44 de la Hoja-Suplemento.)*

23.—Traje para niñas de 7 á 9 años.—*(Explic. y pat., número IX, figs. 45 á 57 de la Hoja-Suplemento.)*

24.—Traje para niños de 8 á 10 años.—*Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.*

25.—Abrigo para niñas de 10 á 12 años.—*(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)*

patrones, véanse los números III, VIII y IX, figuras 21 á 27 y 37 á 57 de la Hoja-Suplemento al presente número.



30.—Traje de cachemir liso y cachemir oriental. Espalda. (Véase el dibujo 29.)

**Traje de cachemir y pekin.—Núm. 26.**

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

**Traje de lanilla.—Números 27 y 28.**

Para la explicacion y patrones, véase el núm. II,



26.—Traje de cachemir y pekin. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

27.—Traje de lanilla. Delantero. (Véase el dibujo 28.—Explic. y pat., núm. II, figs. 11 á 20 de la Hoja-Suplemento.)



29.—Traje de cachemir liso y cachemir oriental. Delantero.—(Véase el dibujo 30.—Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

31.—Traje de raso y terciopelo. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



33.—Gorra para niñas de 8 á 10 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

figs. 11 á 20 de la Hoja-Suplemento.

Traje de cachemir liso y cachemir oriental. Núms. 29 y 30.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Traje de raso y terciopelo. Núm. 31.

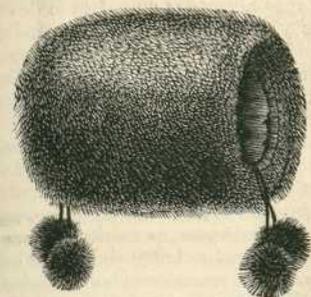
Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Capelina de cachemir tejido. Núm. 32.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. V, fig. 30 de la Hoja-Suplemento.

Gorra y manguito para niñas de 8 á 10 años.—Núms. 33 y 34.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.



34.—Manguito para niñas de 8 á 10 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

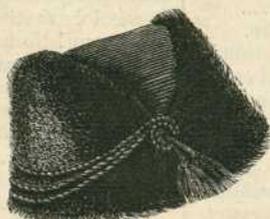
Sombrero y manguito para niñas de 4 á 6 años. Núms. 35 y 36.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

Palatina para niñas.—N.º 37.

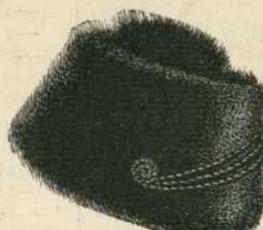
Para la explicacion y patrones,



38.—Gorra para niños de 9 á 11 años. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



37.—Palatina para niñas. (Explic. y pat., núm. VI, fig. 31 de la Hoja-Suplemento.)



39.—Gorra para niños de 10 á 12 años. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



32.—Capelina de cachemir tejido. (Explic. y pat., núm. V, fig. 30 de la Hoja-Suplemento.)

véase el núm. VI, fig. 31 de la Hoja-Suplemento.

Dos gorras para niños. Núms. 38 y 39.

Para la explicacion, véase el verso de la Hoja-Suplemento.

Vestidos y salidas de baile para señoras y señoritas. Núms. 40 á 44.

Para la explicacion y patrones, véanse los núms. I y VII, figs. 1 á 10 y 32 á 36 de la Hoja-Suplemento al presente número.

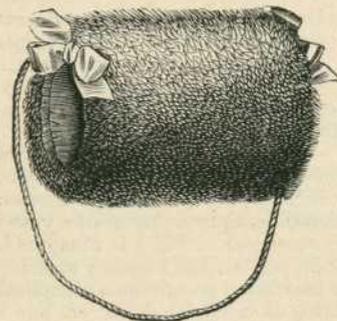


35.—Sombrero para niñas de 4 á 6 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

LEYENDA DE NAVIDAD.

(Continuacion.)

Se fué entonces á radicar al pueblo, ya por complacer á su esposa, que así se lo pidió, ya por no sufrir incesantemente el dolor que le causaba verse sin sus amados padres habitando la casa en que se habia mecido su cuna.



36.—Manguito para niñas de 4 á 6 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

De entonces databa la íntima amistad que al presente le unia con mi padre; pues vecinos en el pueblo, y dedicados ambos á las mismas la-



40.—Vestido de cachemir de la India. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

41.—Vestido de lanilla listada. (Véase el dibujo 44.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

42.—Vestido de raso. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 10 de la Hoja-Suplemento.)

43.—Salida de baile y teatro. (Explic. y pat., núm. VII, figs. 32 á 36 de la Hoja-Suplemento.)

44.—Vestido de lanilla listada. (Véase el dibujo 41.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

H. COLIN

boreos en el campo, habían tenido frecuentes ocasiones de tratarse, de hacer excursiones juntos á lejanos lugares de la sierra, y de unir su suerte en el bueno ó mal éxito de algun negocio. Cuando murió su esposa, D. Braulio se volvió á la montaña, triste y desconsolado; quería ocultar su desgracia en la antigua casa de sus padres, acompañado solamente de su hija Piedad, angelical criatura, que yo había dejado muy niña, y de algunos criados: su vida allí fué tranquila y sosegada; pues, como él mismo decía, el trabajo, las fatigas, y aun las molestias á que se entregó, le servían de distracción. Al pueblo bajaba rara vez con Piedad, generalmente los domingos para oír misa; pero apenas se detenía en él, volviéndose inmediatamente á la montaña.

Don Braulio decía que ya no debía yo conocerlo por haber cambiado en todo; pero desde luego que lo divisé reconocí en él al antiguo é íntimo amigo de mi padre: no estaba, en verdad, como la última vez que lo había visto, sano, robusto, con su semblante risueño y alegre, pues la pérdida de su esposa había destruido su naturaleza, afligiendo profundamente su alma; mas lo hallaba yo franco y amable como siempre, y él me trataba con esa familiaridad encantadora de antiguos conocidos, al mismo tiempo que con cierta superioridad paternal, disimulable en los que nos han tenido en sus rodillas y han acallado con sus caricias nuestro llanto de niños.

## V.

Después de un momento de conversacion, D. Braulio, observando que no se había presentado Piedad, exclamó:

—Pero esta niña, que no viene..... ¡Hija!.....

—¡Voy, papá!—contestó una voz dulce y suave, que desde luego resonó agradablemente en lo íntimo de mi corazón.

—Vamos á ver—agregó D. Braulio en voz baja y dirigiéndose á mí—si te conoce Piedad.

Esta se presentó en aquel momento, tímida y pudorosa, resplandeciente de hermosura y de modestia; apenas podía yo reconocer en ella á la niña que había dejado al alejarme de mi pueblo. Las suaves y apacibles gracias de la infancia se mezclaban de un modo inexplicable á los encantos y hechizos de la adolescencia: era una rosa en el momento de abrir su broche y ostentar frescos y lozanos sus delicados pétalos. La aurora de la juventud iluminaba aquella frente, blanca como las azucenas de la montaña, y encendía sus miradas en el casto fuego de la honestidad: había en sus movimientos recato y sencillez, y todo denunciaba en la hermosa jóven una bella alma, poseedora al mismo tiempo de la inocencia del niño y del modesto rubor de la virgen. Envolvía su esbelto talle en un fino pañolón de seda, oscuro y de rayas verdes, bajo el cual se veía su vestido de blanca muselina salpicada de florecillas encarnadas; llevaba suelta sobre su espalda, y húmeda aún del baño, su espesa, negra y sedosa cabellera, que se agitaba blandamente al andar.

Nos saludó sin atreverse á mirarnos. ¡Qué dulce era su acento!

—A ver, hija, ¿conoces al señor?—le dijo D. Braulio señalándome.

Alzó ella los ojos para verme, y encontrándose con los míos, sus mejillas se tiñeron de rosa, de ese suave color que toma la nieve virgen de las montañas al verse sorprendida por el primer beso del sol.

—No, señor, contestó Piedad avergonzada; no recuerdo...

—Vaya, yo tampoco lo conocía ya. Pues, hija, es Julio, con quien jugabas en el pueblo cuando ambos érais niños. ¿No te acuerdas?

—¡Ah! sí,—exclamó la niña reconociéndome y dibujando en sus hermosos labios una graciosa sonrisa.—Está muy cambiado—agregó después más animada y tratando de verme sin turbarse.

—Tú no lo estás ménos—le dije yo—y parece que te sienta bien vivir aquí, ¿no es verdad?

—Como á tí te ha sentado pasar seis años por allá—me interrumpió D. Braulio.—¿Y crees que te habíamos olvidado? Que te diga tu padre lo mucho que te extrañamos desde que te fuiste, aquella santa que esté en el cielo y nosotros; y aun creo que algunas lágrimas corrieron por tu causa, ¿no, hija?

Me volví hacia ésta, y me pareció ver sus ojos próximos á humedecerse: inclinados al suelo, no pudieron leer en los míos la inmensa gratitud en que rebosaba mi corazón. Sin duda el recuerdo de su madre, evocado por D. Braulio, había turbado súbitamente la serenidad de ánimo de la pobre niña. Por lo demás, aquella ternura de alma, aquel cariño que ella había conservado hacia mí hasta llorar por mi ausencia, me conmovieron de un modo indecible, haciéndome sentir al mismo tiempo una felicidad dulcísima, una especie de inocente orgullo. ¡Cuán bellos y lejanos aparecieron en mi mente los felices años de mi infancia pasados al lado de aquella candorosa niña!

—¿Es cierto, Piedad, eso que dice tu papá?—me atreví á preguntarle con voz que alteraba la emoción, y haciendo esfuerzos para afectar una serenidad que no tenía.—Si es así, ya sabes que te lo agradezco.

Me vió apenas, y no atreviéndose á hablar, bajó los ojos.

—Yo también—continué, volviéndome á D. Braulio—hacia frecuentes recuerdos de VV. Mis cartas así lo decían.

—Hombre, lo creo porque tú lo dices. Pero ¿qué tiempo habías de tener para eso, metido allá entre tanta gente, lleno de diversiones, paseos, y de quién sabe qué cosas más? Cuando uno goza no se acuerda ni de Dios.

—Así será, pero muchas veces pensé en VV. ¡Y cuánto he sentido no encontrar ya á D.ª Teodora! Dios no lo ha querido.

—¡Que se haga su santa voluntad!—repuso el piadoso montañés lanzando un triste suspiro y viéndome con tierna gratitud. Ella descansa ya en el seno del Señor: así lo espero de su misericordia.

## VI.

Mi padre y D. Braulio comenzaron después á hablar de sus negocios. Yo me paré para ir á ofrecer á Piedad algunos pequeños regalos que había traído para ella, y viéndola ya ménos tímida conmigo, le dije cuando estuvimos solos:

—¿Conque te acordabas de mí, Piedad? ¡Qué buena eres!

—Y mi pobre mamá también, que esté en la gloria. ¡Y yo, que no te conocía!—agregó riéndose.—¿Cómo te ocurrió venir?

—Por acompañar á mi padre; él quiere ahora ir conmigo á todas partes.

—¿Cómo no, si has estado en Méjico tanto tiempo? Cuando venía á vernos y hablábamos de ti se entristecía mucho, y se le conocía que quería que tú vinieras; pero ¿cómo no te llamaba, no?

Yo oía embelesado su dulce voz, y me enternecía leyendo en sus miradas la inocencia y la pureza de su alma.

—¿No quieres ir al pueblo, le pregunté; á pasar las posadas y la Noche-Buena con nosotros? Empiezan dentro de tres días, y mi madre quiere que vayas.

—¡Ay, sí! yo también; pero mi papá ha estado enfermo estos días, y no quiero dejarlo solo.

—Pues irá con nosotros; diciéndoselo mi padre no se ha de negar.

—¿Quién sabe? Él tiene la costumbre de llevarme todos los años, pero cuando ya falta poco para la Noche-Buena. En tu casa será la última posada, ¿verdad?

—Creo que sí, aunque mi madre no me ha dicho nada.

—¿Te acuerdas qué locuras hacíamos cuando éramos chicos?—prorumpió riendo de la manera más sencilla.—¿Cómo me acordaba de tí en las Noche-buenas que han pasado!

—¡Hija!—gritó en aquel momento D. Braulio llamando á Piedad.—¿Tienes deseos de ir al pueblo, ¿no es verdad? Las posadas y la Noche-buena se acercan, y la señora (así llamaba á mi madre) quiere que vayas.

—Como V. quiera—respondió la jóven así que se acercó á su padre.

—¿No sabes que lo quiero?—agregó éste en tono de chanza.

—Es que todavía no está bien aliviado, y por eso.....

—¿Ha estado V. enfermo?—interrumpió mi padre.

—Sí, pero no ha sido gran cosa. Este dolor de costado que se me quiere acercar de cuando en cuando..... Si cuando uno está ya viejo..... Pero ya me siento bueno, hija. Conque, prepárate para mañana: te irás con el Sr. D. Julian, que piensa salir á la madrugada para caminar con la fresca, y están temprano en el pueblo.

—Y V. no va? le preguntó la niña con acento cariñoso.

—Sí, hija, por supuesto que he de ir; pero será después, el día de la verdadera fiesta.

—Entonces sí voy—exclamó Piedad llena de júbilo y mostrando más desembarazo en sus palabras.

A medida que se sentía feliz, desaparecía su encantadora timidez, sin abandonar por eso aquel recato, aquella modestia que tanto la agraciaban.

## VII.

Al día siguiente, muy temprano, el ruido de los caballos en el empedrado del patio me despertó. Vestíme apresuradamente, salí afuera, y quedé sorprendido del bello espectáculo que se presentó á mi vista: la luna, teñida de ese color rojizo que Ossian describe en sus cantos, estaba próxima á desaparecer tras las cumbres más elevadas de la inmensa y majestuosa sierra; el lejano correr del río, que se percibía claramente, y el monótono y constante rumor formado por los insectos de los bosques vecinos, interrumpían el imponente silencio de la noche; en el cielo brillaban, puras y serenas, las inmóviles estrellas, despidiendo esos hermosos resplandores semejantes á los de un limpio diamante herido por la luz.

A poco de estar yo contemplando este cuadro, salió Piedad y se acercó á mí: venía envuelta aún en su hermoso pañolón de seda, y animaban sus ojos los rayos de la más inocente y sosegada alegría.

—¿Nos vamos ya?—le pregunté.

—Sí; yo en un momento estoy lista. La mañana está muy fría, ¿no la sientes así?

—Con razon; si estamos en Diciembre, cerca ya de la Navidad. Cuando amanezca, vamos á ver las cumbres de la sierra blancas de nieve. Y este airecillo helado que corre y que tanto te va á molestar..... ¿Quieres que nos aguardemos hasta que salga el sol?

—No, no: si tengo tanto alborozo, que ya se me hace tarde. ¿No sabes tú que á mí me gusta mucho madrugar? Mi papá, siempre que me lleva al pueblo, sabe que la *madrugadora* le ha de despertar: así me llama él.

—Yo lo decía por el frío, que está muy fuerte.....

—No, no, por eso no; bien abrigada.....

—Pues, entonces, vámonos. Mi padre viene ya.

En efecto, un cuarto de hora después todo estaba arreglado para marchar; entré á despedirme de D. Braulio, que por su salud delicada y reciente indisposición permaneció en su cuarto. El pobre señor no podía disimular su tristeza al quedarse solo, por más que supiera que sólo unos cuantos días iba á estar separado de su hija.

—Les encargo mucho á mi niña—nos dijo á mi padre y á mí.—Si ha nevado, debe estar muy resbaloso el camino, y cuiden de guiar su caballo por las partes ménos malas. Y tú, Piedad, te vas muy quieta.

—Sí, papá.

—No quieras ir haciendo locuras cuando bajen al llano. Me la regaña V. D. Julian, si no va con juicio—concluyó, dirigiéndose á mi padre en tono de chanza.

—No le dé á V. cuidado: irá perfectamente. Conque, hasta el sábado, ¿no? Hombre, váyase V. ántes; ¿qué hace usted aquí solo?

—Verémos, Sr. D. Julian.

Después de esta despedida, salimos. Piedad abrazó á su padre, le besó repetidas veces y fué á reunirse con nosotros.

—Me entristece dejarlo solo—me decía la dulce niña cuando yo la sentaba en su caballo.—Pero irá pronto, ¿verdad?

—Sí—le contesté enternecido—y de ese modo estarás allá más contenta.

¡Qué dulce era su voz, suavizada, por decirlo así, por el inocente candor de su alma y el cariño que profesaba á su padre!

## VIII.

Bajamos de la montaña, y cuando la luna se había ya ocultado tras la inmensa serranía, una poética claridad, un apacible resplandor comenzó á iluminar el Oriente: era la hora del alba, con todas sus pompas y armonías, con todos sus aromas y sus indescribibles bellezas. Las estrellas del cielo empezaron á palidecer y á ocultarse ruborosas entre el manto de la aurora; los gallos cantaban en la escondida choza del montañés, y en la lejana ranchería oíanse ya los primeros mugidos de las vacas; los pajarillos saludaban la alborada con sus alegres trinos, ocultos todavía entre el fresco ramaje de las arboledas que cubrían las hermosas faldas de la sierra; y por todas partes, en fin, percibiase ese alegre rumor de la mañana que anuncia el despertar de la naturaleza.

La escarcha, blanca y fina como polvo de plata ó de cristal, cubría los campos, las verdes ramas de los pinos, los peñascos y los extraviados senderos de los valles: del fondo de éstos veíamos ascender, ora azuladas columnas de humo salidas de la humilde choza del labrador, ora espesas nieblas, que, cual jirones del desgarrado manto de las montañas, flotaban al caprichoso empuje de los vientos; rozándose unas veces con las copas de los árboles y deslizándose otras sobre las elevadas cumbres, desaparecían al fin en las alturas del cielo. De repente, el azul del firmamento tomó un tinte más puro y más hermoso; cubriéronse de encendida grana las blancas y ligeras nubecillas, la cándida nieve de la montaña, y todo pareció reanimarse con general alegría: era que el sol acababa de despuntar en el Oriente y que sorprendía á la tierra, engalanada de espléndidos atavíos, en su inocente entusiasmo.

Me volví á Piedad, que caminaba á mi lado, y su deslumbradora hermosura amortiguó inmediatamente en mi alma las impresiones profundas que aquella escena me causaba, haciéndole sentir otras más dulces, regaladas y deliciosas.

¡Ay de mí! No he visto desde entonces, proscrito del amor, la inefable expresión que sus miradas tenían en aquel momento, ni en encantos más seductores, más bellos y candorosos que los suyos se han deleitado mis ojos y mi alma desde aquella mañana inolvidable. Sus mejillas, acariciadas por la brisa del alba, estaban frescas, rosadas y pudorosas como las suaves hojas de una rosa de Castilla; sus negras y lucientes trenzas recogíanse bajo la falda de un gracioso sombrero café, adornado de cintas negras de seda, y un elegante túnico de montar, de color verde-caña, cubría su flexible talle, que airoosamente obedecía á los acompasados movimientos del caballo.—Contemplaba yo con singular arrobamiento aquel conjunto de bellezas, ante las cuales las magníficas de la naturaleza, que ántes había admirado, me parecieron ya sin atractivo alguno; veía yo á Piedad revestida de todo el mágico encanto de la juventud, de toda la gracia de la candorosa inocencia, de toda la poesía que para un adolescente tienen los ensueños del amor. ¡Y cuánto y cuán profundamente la amaba ya! Habíanme subyugado en pocas horas el fuego honesto y apacible de sus ojos, su modestia, su sencillez y su candor; encontraba nuevas y bellísimas las virtudes que en ella había descubierto; agradábanme la delicadeza de sus sentimientos, su casto rubor, su inefable mansedumbre y pureza de alma.

Al verla tan cerca de mí en aquellos sitios agrestes y solitarios que yo amaba; al ver que no me encubría sus encantos ni se sonrojaba ya al dirigirle la palabra, sentíame dichoso y agradecido al cielo por aquellas dulcísimas horas que me daba y yo no merecía.

—¿Vas bien, Piedad?—le pregunté—¿No te has cansado?

—¿Tan pronto? Si ya estoy acostumbrada á andar á caballo—me contestó con cierta satisfacción de sí misma.

—Bueno—interrumpió mi padre, que en aquel momento se unió á nosotros y que había oído mi pregunta.—¿Conque no te sabes cansar?

—No, señor—contestó ella algo avergonzada y con cierta timidez.

—¿Y estás contenta? ¿Llevas deseos de divertirme mucho en las posadas?

—Sí, señor; y si mi papá se hubiera venido con nosotros, más contenta iría.

—No todos los gustos han de ser completos, hija—le respondió mi padre—pero luego vendrá.

Cuando comenzamos á descubrir las blancas casas del pueblo, el acento de las campanas que llamaban á misa llegó hasta nosotros, produciendo en mí esa inocente y pacífica alegría del que se acerca á donde le esperan con amor, y oye el sonido de campanas que le son conocidas. Piedad se hallaba á mi lado en aquel momento.

—Estoy contento, muy contento—le dije entusiasmado.

—¡Qué dichoso voy á ser en esta Noche-buena! Y á tí te lo deberé, Piedad.

—¿A mí?—dijo ruborizada—¿Por qué?

—Después te lo diré, le contesté sin mirarla.

Entre tanto pensaba en que muy pronto iba á comenzar para mí una vida nueva, llena de regocijo y de poesía, de felicidad y de amor. La dulce y hermosa niña, cual una cándida azucena de la montaña, iba á derramar el perfume de su inocencia en la casa de mis padres, iba á alegrar nuestras fiestas del hogar y á contentarnos con su amable compañía.

Media hora después llegamos á casa.

(Se continuará.)

VICTORIANO AGÜEROS.

GRÓNICA DE MADRID.

## SUMARIO.

Salones.—Baile de los Duques de Bailén.—Del Embajador de Francia.—Un drama misterioso.—La fiesta del Conde de Ceste.—Versos y vales.—Proyectos y esperanzas.—Las Pascuas.—Prast y sus obras.—Matrimonios.—Teatros.—REAL: Beneficio y partida de la Reszko.—La Nilsson.—I Copulatti ed i Montechi.—ESPAÑOL: Tomas Aniello.—COMEDIA: El Océano, no mentir.—AVOLÓ: Agencia Universal.—Que ustedes lo pasen bien.

Dos han sido hasta ahora las fiestas con que los salones madrileños han solemnizado el matrimonio de S. M. el Rey: la de los Duques de Bailén y la del Embajador de Francia.

Ambas han correspondido á lo que debía esperarse del buen gusto y de la esplendidez de las personas que las celebraban.

¿No está todo dicho acerca de los saraos del descendiente del inmortal Castaños? ¿No se ha descrito multitud de veces el palacio de Portucalete, dando idea de las riquezas artísticas que atesora; del bello patio de entrada; de la galería circular del piso principal—verdadero museo de cuadros de gran mérito;—el regio comedor; la sala de baile, la primera de las de Madrid?

Pues bien, la función del 4 del corriente ha sido una de tantas como ha habido en aquel suntuoso recinto, con su iluminación á *giorno*, con su orquesta admirable, con su cena magnífica, y especialmente con la amabilidad y la galantería de los ilustres anfitriones.

Pero algo la ha distinguido de las anteriores: los Duques de Bailén habían recibido ya la visita de Alfonso XII, de la Princesa de Asturias, del Príncipe de Gales; pero en esta ocasión la Reina Cristina, su madre la archiduquesa Isabel, sus tíos el Archiduque Reniero y su consorte les han honrado igualmente con su presencia.

La Real familia y sus augustos huéspedes entraron en el palacio de la calle de Alcalá á las once de la noche y no lo abandonaron hasta cerca de las cuatro de la mañana; prueba evidente de lo complacidos que habían estado durante esas horas.

\* \*

También asistieron todos á la Embajada de Francia, y no se retiraron tampoco más temprano.

Mr. y Mme. Jaurés ocupan el lindo hotel que el Marqués de Portago edificó hace cuatro ó cinco años frente por frente del Duque de la Torre.

La casa, como todas las modernas, carece de aposentos anchurosos, pero se halla construida para recibir; de modo que las seiscientas personas invitadas por el representante de la República vecina no se hallaban demasiado estrechas en sus diferentes salones y gabinetes.

Habiase habilitado, además, el piso segundo, donde estaba el *fumadero*, y allí y en dos comedores dispuestos en el principal se sirvió una cena suculenta y delicada desde la una de la noche en adelante.

Nada faltó en el sarao para que las horas trascurriesen ligeras y agradables: ni siquiera una dama misteriosa, objeto de las miradas y de las conversaciones generales, y cuya rápida desaparición, á hora poco avanzada, avivó más la curiosidad.

¿Quién sería? ¿Quién no sería?

—Hé ahí la pregunta unánime de los concurrentes, y á la cual no se ha podido dar todavía contestación.

\* \*

El Conde de Ceste ha dado una brillante reunión el domingo 14 del actual.

Nadie ignora que el egregio personaje, además de capitán general de ejército, Grande de España y literato eminente, es, como tal, presidente de la primera corporación literaria de España.

Así, quiso honrar la memoria de un compañero, hoy difunto—el famoso poeta D. Juan Nicasio Gallego—y asociarse al testimonio de consideración que acaba de otorgarle su ciudad natal (Zamora), colocando una lápida conmemorativa en la calle donde nació.

La fiesta del Conde de Ceste tuvo dos fases distintas—y aún podríamos decir opuestas:—en la primera se leyeron versos dedicados al gran muerto, y algunas de sus mejores composiciones; en la segunda se dejó bailar á la brillante y numerosa juventud, que sólo había sido hasta entonces espectadora.

La Academia Española estaba casi entera en los salones de la calle del Piamonte—el antiguo palacio de los Duques de Frias, restaurado por su actual dueño, el traductor del Dante, con gusto y riqueza notables.

Allí vimos, junto á sus dignos colegas, á Castelar y á Nuñez de Arce, como prueba de que el Conde de Ceste, con noble y generoso espíritu, no hace diferencias entre los que sostienen sus principios y los que sustentan los opuestos; cosa muy propia de su ilustración y de los tiempos de tolerancia en que vivimos.

La bella hija del Conde, señora de Ceballos Escalera, y sus no menos interesantes nueras, la Vizcondesa de Ayala y la Marquesa de la Pezuela, contribuyeron poderosamente á que la fiesta fuese más deliciosa y á que se prolongase hasta cerca de las dos de la madrugada, dejando en cuantos asistieron memoria indeleble y eterna.

\* \*

No sabemos quién ha dicho que en un baile se habla siempre de otros bailes, y en una boda de otras bodas.

De la exactitud de la observación tuvimos nuevas pruebas en casa del Conde de Ceste, donde se anunciaban muchas reuniones para época cercana.

Decíase que el Conde Greppi, ministro de Italia, se decidirá por fin á convidar las 300 personas que forman «su círculo íntimo»; que el Conde de Solms, ministro de Alemania, imitará el ejemplo; que los Condes de Superunda empiezan los preparativos de su ofrecido baile; que madame Jaurés, la simpática esposa del embajador de Francia, señalará un día para obsequiar á sus relaciones, además de las recepciones vespertinas de los marqués; que los Sres. de Xifré darán á conocer su palacio árabe del Prado; en fin, que los Condes de Heredia-Spínola, concluido su luto, inaugurarán con un sarao la grandiosa galería de pinturas que han construido en el hotel de la calle de Fernando el Santo.

*Chi vivrà, verrà*, dirémos nosotros, porque las promesas de este género suelen ser como las de amor:—raras veces se cumplen.

La proximidad de las Pascuas permite, sin embargo, abrigar esperanzas lisonjeras de variados placeres.

Con ese motivo, ó con ese pretexto, se reúnen las familias y los amigos, se dan banquetes, se improvisan reuniones, y cunde y crece la animación general.

En esta previsión, y la de los matrimonios aristocráticos que deben celebrarse en breve, ha traído el famoso confitero Prast la colección más rica y variada de cajas, juguetes y golosinas que nunca hemos visto.

Aconsejamos á nuestras lindas y elegantes lectoras visiten el doble y grandioso establecimiento de la calle del Arenal, donde se encuentra cuanto la persona más exigente y caprichosa pueda apetecer.

Allí hallarán objetos artísticos de alta novedad y no menos valor; muñecas y *bebés* con música; verdaderas arcas para dulces, alguna de cabida de más de una arroba—comprada ya para el director de un periódico popular;—y en fin, los comestibles finos y delicados de los diferentes países de Europa, desde el *caviar* ruso hasta la *mortadella* italiana.

Pero, á pesar de ser tan considerable la cantidad acopiada, es seguro que pronto quedarán vacíos los escaparates del Sr. Prast; pues son muchos los enlaces matrimoniales señalados para los primeros días del año de 1880 ó para los últimos del de 1879.

Entre ellos se cuentan el de la hija de los Marqueses de Prado-Alegre con el Sr. Prendergast y Roberts, sobrino del Capitán general de Cataluña—que acaso se habrá verificado cuando vean estas líneas la luz pública.

El de la primogénita de los Marqueses de Estella, la hermosa señorita D.<sup>a</sup> Dolores Primo de Rivera, con el Conde de Aznarcollar, primogénito de los Duques de Sanlúcar.

El del Vizconde de Benaesa, primogénito también de los Marqueses de la Romana, con la hija segunda de los Duques de Sotomayor.

Por último, los de dos hijas del general Reina, quienes se unirán—el 2 de Febrero,—la una—ya lo hemos insinuado anteriormente—al Sr. D. Isidoro de Cárlos, hijo de nuestro queridísimo amigo el Director y propietario de LA MODA; y la otra, al Sr. D. Eduardo de Zulueta, hijo de los Marqueses de Alava.

En cambio, cuéntase de otra boda, ajustada y convenida de meses atrás, que se ha descompuesto, según dicen los ingleses, por incompatibilidad de carácter.... con la futura suegra.

Si pudiésemos narrar lo que se dice sobre el asunto, se reirían á carcajadas las lectoras; pero si no se lo contamos nosotros, no faltará quien se lo cuente.... al oído.

\* \*

Hablemos ya de los coliseos, siquiera lo que tengamos que decir sea en general triste y lamentable.

¡Pobre teatro Real, qué existencia tan precaria y penosa arrastra!

Há tres semanas que no da apénas funciones, habiendo llovido todo género de contrariedades sobre la desgraciada Empresa.

Continúa la huelga de los tenores, ó mejor, continúa el desfile de ellos, de que nos hemos ocupado en otras ocasiones.

Abruñedo, después de sostener una polémica periodística con el Sr. Rovira, se ha separado definitivamente de la compañía; siguiendo, empero, *adherido* á ella—á pesar de las manifestaciones poco simpáticas de los oyentes—*el signor* Ortizzi.

Sigamos, sigamos el capítulo de los desastres, pues son largos de referir.

La Reszke, la estrella más refulgente de aquel cielo nebuloso, ha ido á brillar en otros países, y ha marchado á deleitar á los milaneses en la Scala.

La de su beneficio y despedida fué la mejor función que se ha dado de un mes para acá en la sala de la plaza de Oriente.

La hermosa *diva* había escogido para aquel doble objeto los actos segundo y cuarto de *La Africana* y el cuarto de *Los Hugonotes*, en los que tanto lucen sus facultades naturales y artísticas.

La representación fué una serie no interrumpida de ovaciones:—aplausos unánimes, llamadas innumerables á la escena, versos, palomas, coronas, ramos de flores, obsequios valiosos.... nada faltó para el triunfo de la *prima donna* polaca, que lleva un recuerdo delicioso de los madrileños, y se propone—*Deo volente*—tornar la temporada próxima á solicitar sus sufragios.

Faccio, el insigne director de orquesta, marchó con ella á Milan, muy satisfecho igualmente de la acogida que ha merecido en la corte.

\* \*

Cuatro días después de marchar la Reszke se presentó la Nilsson en *Fausto*, acompañada de Gyarre, quien—digámoslo de pasada—nunca ha cantado mejor el *spartito* de Gounod;—de Kaschmann (Valentin) y de Vidal—bajo ya oído en el teatro del Príncipe Alfonso—encargado de la parte de Meñistófeles.

¿Qué dirémos de la famosa *diva* que ha hecho las delicias de los filarmónicos de ambos mundos durante veinte años?

Que si el tiempo y el trabajo han robado algo de su fuerza y de su poder al órgano vocal, la inteligencia y el arte suplen ventajosamente esa falta; que si la cantante principia á decaer, la actriz se halla en el apogeo de su talento.

Las notas altas parecen un poco difíciles y duras: las medias conservan su divino timbre y llegan al alma del espectador.

La frase de Margarita al aparecer en el segundo acto, y la escena de la iglesia, fueron las dos ocasiones en que la Nilsson ostentó sus dotes y cualidades.

El público la tributó el homenaje debido á su fama al presentarse ante él, y luego no le escaseó las demostraciones de aprecio y admiración.

\* \*

Mas ¿qué ha sucedido después? ¿Por qué la egregia artista no ha vuelto á cantar?

¿Es verdad que padece una bronquitis? ¿Es cierto que se halla disgustada, no sabemos de qué? ¿Tiene fundamen-

to la noticia de que marcha—*con licencia*—como un simple empleado del Gobierno—á restablecer su salud en Cannes, en Niza ó en Menton?

No podemos contestar á ninguna de las preguntas que á nosotros mismos nos dirigimos, consignando los rumores, los chismes que corren sobre el particular.

Lo único positivo es que el cartel no anuncia la segunda representación de *Fausto*; que sólo promete *Mignon*, habiendo sido ajustado un nuevo tenor—Wesberg—muy conocido en su casa—para acompañar á la eminente *diva* en la ópera de Ambrosio Thomas.

\* \*

El tiempo y el espacio nos faltan para hablar de *I Capuletti ed i Montechi*, de Bellini, puesta en escena el lunes último, después de cuatro noches de vacaciones.

Y no sentimos carecer de espacio y de tiempo, porque no podríamos decir nada muy bueno de la ejecución de ese *spartito*, que ha envejecido de un modo extraordinario.

Aseguran que nuestros padres se entusiasmaron con su música: en cuanto á la generación actual, ha permanecido fría é indiferente al escucharla.

La Scalchi Lolli tuvo en la parte de Romeo algunos momentos felices—aquellos en que no se necesitan pasión ni sentimiento;—la Torresella *no ha descompuesto el cuadro*, según dicen las gacetas de los periódicos; en cuanto al *povero* Ortizzi.... en cuanto al estentóreo Petit.... que el silencio sea más elocuente que nuestras palabras.

\* \*

También celebramos estar de prisa para excusar el juicio de *Tomas Aniello*, error en dos actos, de un poeta lírico que pretende serlo dramático; y no sentimos mucho tampoco no poder hacer la crítica de *El Octavo, no mentir*, comedia de Echegaray menor, estrenada por la Compañía del Sr. Mario con feliz éxito.

El autor de este chistoso juguete se propone sostener en él una idea extraña: que se debe faltar al octavo mandamiento; que en ciertas circunstancias es lícito y conveniente.

Dejémosle con su absurda y poco cristiana tésis; concedámos un aplauso á los actores que le han ayudado á sostenerla, y demos una vueltecita por Apolo para saludar á los señores Gonzalez y Golmerino, quienes acaban de añadir á los laureles cogidos por ambos en *Salirse de su esfera*, alguna florecilla ganada con un juguete titulado *Que ustedes lo pasen bien*, escrito con gracejo y habilidad.

Pepita Hijosa ha sido en ambas obras auxiliar poderoso de los dos encubiertos autores, demostrando, á par de su talento cómico, un deseo de agradar digno de muy alta loa.

*Agencia Universal* es un arreglo del francés, del Sr. Pina (padre), que no hizo sino pasar, merced también á la Hijosa.

\* \*

Acabaremos con una noticia infausta: ¿saben VV. lo que preparan para Noche-Buena los coliseos Español y de la Zarzuela?

El primero, un nuevo drama de Echegaray mayor, que se llama *Mar sin orillas*; el segundo, una obra de Larra, cuyo nombre es *Un Corpus de sangre*.

¿No les parece á los lectores que era imposible haber buscado espectáculos más inoportunos para noches en que el público sólo desea solazarse y reír?

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

18 de Diciembre de 1879.

## CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

### SUMARIO.

La nieve.—Un invierno como se ven pocos.—Paris transformado en Siberia.—¿Alfombra ó mortaja?—Las querellas de una portera.—Subida del precio de los artículos de primera necesidad.—El Agosto de los acaparadores.—Placeres de los ricos.—El reverso de la medalla.—20<sup>o</sup> bajo cero y el pan caro.—La Caridad, prima de seguros.—Intrigas personales é intrigas de partido.—Lo que se dice de la fiesta del Hipódromo.—Miserias humanas.

Si la idea de los padecimientos de todo género, de las privaciones, de la espantosa miseria, que son el resultado fatal de un invierno sin precedentes, no viniese á extender como un velo fúnebre sobre todo cuanto presenciámos, habría que confesar que el panorama que de quince días á esta parte presenta Paris es sumamente pintoresco y original.

Este cambio súbito de decoración, esta mudanza repentina en la existencia parisiense, que permite á la elegancia revestir nuevas formas y á la belleza rodearse de atavíos singularmente seductores, no puede menos de impresionar la imaginación del artista é interesar al observador.

Paris, transformado en Siberia y extendiendo su alfombra de terciopelo blanco por calles y bulevares, ofrece un espectáculo admirable.

Pero ¡ay! la alfombra de armiño no tarda en convertirse en inmensa mortaja, pronta á envolver toda suerte de desventuras.

\* \*

Desde el 15 de Noviembre los hielos persisten con una constancia digna de mejor aplicación, y la nieve se encarga de los entreactos, como si Seila pudiera hacernos olvidar Caribdis.

Los días 3 y 4 de Diciembre serán, sobre todo, memorables. La terrible nevada que descargó esos dos días dejó cubierto el suelo de la capital de una capa de nieve de 50 centímetros, y como la superficie de Paris mide 14 millones de metros, resulta que en el breve espacio de 48 horas cayeron sobre nosotros *siete millones* de metros cúbicos de nieve (cálculos oficiales), que no ha deshelado aún á la hora en que escribo estas líneas.

Van á cumplirse, pues, quince días que nos hallamos me-

dio enterrados entre montones de hielo, ni más ni menos que en Moscou ó en Cristiania.

\* \*

Espectáculo curioso era el ver las caras de los parisienses en la mañana del 4 al encontrar blanco todo lo que habian dejado negro la vispera.

Pero no era tan divertido el oír las reflexiones de cada cual.

Los ricos se compadecian de sus caballos; los cocheros ponian cara de vinagre; los empleados murmuraban pensando en que habian de salir á todo trance; las señoras se desesperaban ante la idea de tener que permanecer en casa; el obrero, acostumbrado á todo, atravesaba tranquilamente la ciudad, dirigiéndose á su taller, y veíase pasar en cabello y con la cabeza empolvada de escarcha, á las jóvenes obreras, á quienes la juventud sirve de abrigo, aguardando otro mejor, ó el lecho de un hospital.

Lo que impresionaba sobre todo era el silencio. Ni un carruaje matinal. Los pasos de los trabajadores se amortiguaban en la blanca alfombra.

Sólo la voz de alguna que otra portera interrumpia aquel silencio sepulcral.

—¡Vamos! exclamaba la voz porteril dirigiéndose á nadie, es decir, á ella misma; si esto continúa ocho dias más, la verdura estará por las nubes.

\* \*

Y aquello ha continuado ocho dias, y doce y catorce, y la fatal profecía de la portera se ha realizado con creces: la verdura ha llegado á unos precios elevadísimos. El perejil se halla en alza, y las zanahorias están inabundables.

Esta situación, triste, es cierto, para los aficionados á legumbres, no me inquieta, sin embargo, como la subida del precio del pan y del combustible, que amenaza con tomar proporciones alarmantes. Las patatas, alimento ordinario del pobre, aquí como en casi todos los países de Europa, y que estaban ya á un precio bastante elevado, han encarecido el doble en pocos dias.

Y lo particular del caso es que de todos los que se ocupan con mayor autoridad de la aflictiva situación presente y de los medios de remediarla, no sale ni una sola voz para pedir que se ponga coto á la excesiva rapacidad de los acaparadores, que, con el aumento de precios en los artículos de primera necesidad, crean un déficit de muchos millones en el presupuesto de las clases menesterosas; déficit que todos los esfuerzos de la caridad no bastarán á cubrir.

\* \*

Una clase feliz, en medio de tantos descontentos, es la clase de patinadores, que hace muchos años no habia tenido ocasion de consagrarse á su ejercicio favorito. ¡Desgraciadamente es una clase tan reducida!

El traje que más se lleva para patinar ó para pasear por el bosque es el Jersey, de la princesa de Gales.

Lo describiré tal como lo he visto á la elegante Marquesa de Gallifet, que lo ha copiado exactamente del traje de la Princesa.

Falda corta de felpa azul almirante, muy oscuro, con una guarnición de raso de Damasco.

Sobrefalda de raso maravilloso mate, recortado en forma de almenas, muy largas y cuadradas, ribeteadas de terciopelo.

Coraza Jersey de seda mate elástica, enlazada por detras, delineando el busto con una exacta perfeccion y ciñendo las caderas.

Una tira de felpa rodea lo alto de la falda.

Cuellecito recto de terciopelo almirante. Mangas de terciopelo ajustadas y abrochadas con botones de plata.

Ningun adorno en el corpiño, para dejar al talle toda su gracia y elasticidad.

Chaqué de felpa almirante, guarnecida de piel de zorro negro.

Gorra de terciopelo, rodeada de plumas—pieles negras.—El chaqué se quita para patinar.

\* \*

El bosque de Boulogne se ve todas las tardes cruzado de trineos. Las damas, con el rostro sonrosado por el frio y envueltas literalmente en montones de pieles, tienen todo el aspecto de graciosos pájaros refugiados en sus nidos.

Los trajes moscovitas inspiraban madrigales en ruso.

Allí triunfaban las pelizas de piel de nutria, las gorras inclinadas sobre las cejas, las faldas de terciopelo, los manguitos de piel sedosa adornados de encajes y de ramos de flores perfumadas.

\* \*

Ya hemos visto el reverso de la medalla. Los rigores de una temperatura que ha bajado hasta 20 grados bajo cero, lo cual no se habia conocido en París hace más de medio siglo, imponen á los pobres padecimientos que no olvidarán fácilmente, y será preciso ingeniarse de mil modos para remediarlos, pues las privaciones y el frio engendran las enfermedades.

En París, donde la riqueza codea la miseria, es imposible al rico contemplar con indiferencia los males del pueblo. De aquí resulta una especie de sobreexcitación de los sentimientos caritativos, que reviste, entre otros caracteres, el de una prima de seguros. Las palabras «caridad, beneficencia» están en todas las bocas, si no en todos los corazones, y la limosna se exhibe en letras de molde en las columnas de todos los periódicos.

No dudo que la caridad modesta, la verdadera caridad, la que esconde el rostro y alarga la mano, existe aún en algunos rincones de esta poblacion sedienta de publicidad. Hay quien ha visto elegantes damas trepar á miserables buhardillas, cargadas de lios de ropa, y vestir con sus pro-

pias manos criaturitas ateridas de frio, que deberán la existencia á la prontitud de sus socorros.

Pero no es ménos cierto que el interes político ó personal guia á la mayor parte de los pseudo-filántropicos, que tanto se agitan en beneficio de los pobres y que ocultan mal sus miras interesadas.

Un gran establecimiento comercial, cuyo nombre omito por no hacer más ruidoso el bombo, ha remitido á los organizadores de la fiesta del Hipódromo varios dones en especie, habiendo hecho anunciar su acto filántropico en todos los periódicos de París, y en algunos de ellos tres ó cuatro veces repetidas. Un comisionista ó representante de una fábrica de máquinas de coser ha enviado á cierto periódico de gran circulación un donativo de cien francos para desempeñar las mantas y cobertores de los menesterosos; pero ha tenido buen cuidado de mandar al mismo tiempo su nombre, profesion y las señas de su establecimiento. Hay que confesar que el reclamo le cuesta caro.

Cien casos de igual naturaleza podria reproducir, sin contar el pugilato vergonzoso que están sosteniendo en público los que hacen de la caridad un arma de partido.

\* \*

Gracias al acto de noble desprendimiento de nuestros compatriotas, que han propuesto partir con los pobres parisienses el producto de la fiesta á beneficio de las victimas de la inundacion de Murcia y Orihuela, ésta se celebrará al fin mañana 18; aun cuando me parece que el tiempo no le será muy propicio, sobre todo si se tiene en cuenta que el Hipódromo, donde ha de celebrarse, se halla situado en uno de los extremos de París.

Por otra parte, circulan rumores de discusiones graves entre los organizadores de la fiesta y otros que oficiosamente se les han adherido, y se cuentan cosas tan delicadas, que no me es lícito repetir.

Dejemos á un lado con desprecio tanta miserable personalidad, tanta pasion mezquina, y exclamemos con el poeta:

Non raggionar di lor,  
Ma guarda e passa.

X. X.

Paris, 17 de Diciembre de 1879.

TÚ Y YO.

Vago perfume, dulce armonía,  
Luz y colores, rica ambrosía,  
Del manso lago su bello azul,  
Eso eres tú.

Náufrago triste que marcha errante,  
Buscando un cielo siempre distante  
Que escuche atento su débil voz,  
Ese soy yo.

Tú eres la palma,—y yo el desierto.  
Tú la alegría,—la pena, yo.  
Y siempre cantó con giro incierto,  
Preso en las redes de mi dolor.

JUAN BAUTISTA CÁMARA.

(Don Benito.)

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.630.

TRAJES DE NIÑAS Y NIÑOS.

Niña de 12 á 14 años. Traje de cachemir verde botella. Falda guarnecida de dos volantes tableados á pliegues muy finos, que llevan por encima otro volante de pliegues anchos, el cual va adornado con una tira de raso del mismo color, pero de matiz más oscuro. Sobrefalda lisa de la misma tela y adornada por delante con lazos de cinta verde botella, de dos caras, terciopelo y raso. Casaca del mismo cachemir, con solapas y carteras de pekin, raso y terciopelo.

Niña de 2 años. Vestido de cachemir gris perla, con cinturón igual, adornado de vivos azules. El cinturón va colocado en medio de la falda. El cuello y las carteras de las mangas llevan asimismo vivos azules.

Niña de 10 años. Vestido corto de paño azul tableado perpendicularmente. Paletó largo de paño beige, adornado con festones y un cuello ancho de felpa del mismo color.

Niña de 8 años. Vestido inglés de terciopelo marrón, con cuello, solapas y carteras de cachemir oriental. Botones grandes de metal plateado. En medio de la falda va una banda enrollada de cachemir oriental.

Niña de 11 á 13 años. Traje de cachemir encarnado oscuro, guarnecido de dos volantes tableados de una anchura desigual (el más estrecho por encima del más ancho). Chalco muy largo de terciopelo encarnado oscuro, sobre el cual se abre una polonesa con pañeros en los lados y formando pliegues de arriba abajo en los delanteros. Sombrero de terciopelo encarnado oscuro, adornado con plumas del mismo color.

Niño de 3 á 4 años. Vestido inglés de terciopelo azul celeste, con cuello redondo de la misma tela y bolsillos aparentes. Zapatos negros. Polainas azules.

Niña de 7 á 9 años. Vestido inglés de cachemir gris pizarra, guarnecido de dos volantes tableados, que llevan por encima una banda plegada. Los delanteros del vestido van plegados perpendicularmente. El escote va guarnecido con un cuello redondo. Lazo de corbata de raso encarnado, y lazo igual en la cabeza.

El figurin iluminado que acompaña al presente número corresponde tambien á las Sras. Suscriptoras de la 2.ª edicion.

LISTA DE LOS DONATIVOS

recibidos en esta Administracion, con destino al socorro de las victimas de las inundaciones, y que en su dia ingresarán en la Suscripcion Nacional.

Table with 2 columns: Donor names and amounts in pesetas. Includes Srta. D.ª Clotilde y D.ª Esther Crespo y Lopez, Srta. D.ª Faustina Gonzalez de Echeandia, etc.

Continúa abierta la suscripcion.

PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Podriamos señalar, si no temiáramos pecar de indiscretos, algunas nuevas creaciones de la casa P. DE PLUMENT (33, rue Vivienne), Paris. Reservamos, por consiguiente, para otra ocasion el dar cuenta á nuestras lectoras de lo que sabemos sobre los interesantes proyectos de M. DE PLUMENT, contentándonos por hoy con hacer constar que nuestra favorable opinion sobre el Corsé Sultana, y otros modelos en los que actualmente se hacen importantes modificaciones, ha sido enteramente confirmada por las señoras, las cuales no cesan de honrar con su confianza á la casa DE PLUMENT.

El corsé Sultana es, en efecto, de un corte excelente. No causa fatiga alguna, hace valer las gracias del talle, y le da una flexibilidad y una gracia extraordinarias.

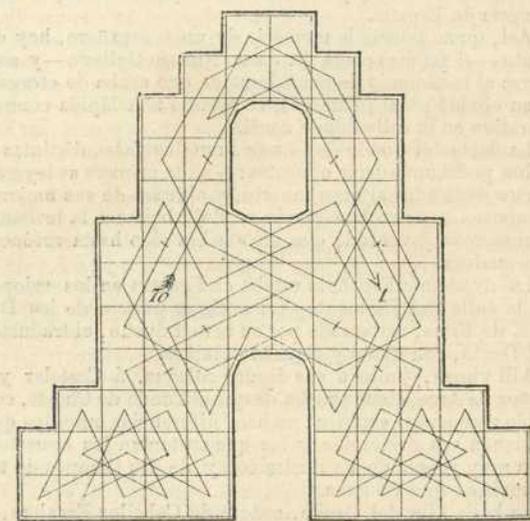
Llamamos la atencion de nuestras lectoras sobre la Perfumeria á la Lactéina, E. Coudray, y su Agua divina. Véase en la cubierta el anuncio respectivo.

Las Pildoras BLANCARD (40, rue Bonaparte, Paris), al yoduro de hierro inalterable, son empleadas por las celebridades medicas del mundo entero en todas las afecciones del bello sexo (colores pálidos, etc., etc.) en que hay necesidad de proceder contra la sangre. (Rehusar todo frasco que no lleve la firma del inventor.)

SOLUCION AL SALTO DE CABALLO DEL NÚM. 45.

En un lugar de Galicia, queriendo un cura probar a dó llega la avaricia de la gente del lugar, dijo: «Al que este invierno muera le entierro gratuitamente»; Y antes de la primavera se murió toda la gente.

RIBOT Y FONTSERÉ.



La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Josefa Rodriguez de Gomez.—D.ª Sofia Rodriguez de Araujo.—D.ª Josefa Lopez de Armada.—D.ª Luisa Mazariagos de Gomez.—D.ª Leonor del Aguila.—D.ª Vicenta Navarro.—D.ª Asuncion Gonzalez Santalla.—D.ª Felipa Moreno Sanz.—D.ª Doña Concepcion Gandul.—D.ª Clementina y D.ª Concha Perez.—D.ª Eufemia Oyaregui.—D.ª Cecilia Pozo de Perez.—D.ª Catalina y D.ª Felisa Lomana.—D.ª Cándida Usabiaga.—D.ª Cristina de Urquiza.—D.ª Clementina Gonzalez Quijano.—D.ª Rosalia Castellon y Ortega.—Victoria.—D.ª Visitation y D.ª Adriana Artuch.—D.ª A. de C. Avetina y D.ª Carmen Patron.—D.ª Mercedes Moreno.—D.ª Teresa Ansaldo.—D.ª Antonia D. Varela.—D.ª Petra Fernandez de Aldea.—D.ª Felisa y D.ª Crescencia Garcia.—D.ª Consuelo y D.ª Matilde Gelabert.—D.ª Ramona Madina y Llinas.—D.ª Antonia Guiriguet.—D.ª Rosario Casquete y Sierra.—D.ª Carmen H. de Pelayo.—D.ª Matilde Cuadrado.—D.ª Lola Avejer.—D.ª Lucinia Martinez.—D.ª Maria Labrador de Andreu.—D.ª Perfecta Gonzalez de Haz.—D.ª Maria de la Encarnacion Plaza.—D.ª Maria Rocchi.—D.ª Carmen y D.ª Manuela Eguillor.—D.ª Antonia Gutierrez de Dominguez.—D.ª Maria Ogayar Lopez.—D.ª Antonia Villarejo.—T. C.; y los Sres. Ribot y Fonsere.—El Marqués de Almagro.—Perico.—Céfiro y Flora.—D. Cándido Vegas Jimenez, y D. D. y Lopez.

Tambien se ha recibido de la isla de Cuba solucion al geroglífico del núm. 40, de D.ª Corina Bosque de Ledo, y D.ª Matilde Rodriguez Castillo.



Leroy imp. Paris.

Nº 1630

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12. pral

MADRID





## PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

QUE CONTIENE LOS ULTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARIS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERIAS EN COLORES.  
 NOVELAS. — CRÓNICAS. — BELLAS ARTES. — MÚSICA, ETC., ETC  
 SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XXXVIII.

Madrid, 30 de Diciembre de 1879.

NÚM. 48.

SUMARIO. — 1 a 9. Trajes para niñas y niños. — 10 a 12. Cesto de labor. — 13 y 14. Dos tiras bordadas sobre tul. — 15. Encaje de tul bordado. — 16 y 17. Dos dibujos de tapicería. — 18. Encaje al crochet. — 19. Encaje al crochet con galoncillo. — 20. Cenefa bordada. — 21 y 22. Lazo de corbata. — 23 y 24. Lazo de corbata. — 25. Tocado de gasa Pompadour. — 26. Tocado de encaje. — 27. Traje de paseo. — 28. Traje de calle. — 29 y 30. Traje corto. — 31 a 34. Dos chalinas. — 35. Sombrero de fieltro. — 36. Sombrero de raso. — 37. Sombrero de raso y felpa. — 38 a 45. Vestidos de baile. — 43. Bordado sobre tul. — 47. Fondo al crochet. — 48. Encaje de mifardis y crochet. — 49. Encaje al crochet. — 50. Cuadro de tapicería para almohadon ó taburete. — 51. Lazo de corbata de tul pintado. —

52. Lazo de corbata de granadina bordada. — 53. Servilletas caseras. — 54. Cesto para ropa de dormir. — 55. Atril para música. — 56. Bordado sobre tul. — 57. Abanico de encaje bordado de cuentas. — 58 a 65. Ramos de flores, tocados y adornos para bailes y soirées. — 66 y 67. Cuello de encaje inglés. — 68. Collar de azabache. — 69. Collar de plata.

Explicacion de los grabados. — Leyenda de Navidad (conclusion, por D. Victoriano Agüeros. — Las hijas de Lord Oakburn, novela escrita en inglés por Mistress Wood, traducida por \*\*\* (continuacion). — Revista de modas, por V. de Castelfido. — Explicacion del figurin iluminado. — Sueños. — Soñaciones. — A las Sras. Suscriptoras.



1 y 2.—Traje para niños de 14 años.  
Espalda y delantero.  
3 y 4.—Traje de marino para niños  
de 4 años. Espalda y delantero.

5.—Traje para niñas de 12 años.

6.—Paletó para niños de 7 años.  
Delantero.  
(Véase el dibujo 9.)

7 y 8.—Traje para niños de 5 años.  
Espalda y delantero.

9.—Paletó para niños de 7 años.  
Espalda.  
(Véase el dibujo 6.)

**Trajes para niñas y niños.—Núms. 1 á 9.**

Núms. 1 y 2. *Traje para niños de 14 años.*—Pantalón, chaleco y chaqué de paño color nítida. El chaqué es redondo por abajo y lleva bolsillos en las caderas y en el pecho; va abrochado con cuatro botones gruesos, y en lo alto forma solapas pequeñas. La espalda es semi-ajustada y va abierta por abajo.

Núms. 3 y 4. *Traje de marino para niños de 4 años.*—Este traje es de lanilla azul marino, y va guarnecido de galones de cerda blanca. Calzon corto y blusa dentro del calzon, con solapas, lazo y cinturón de la misma tela. Mangas bastante anchas con un puñito. Cuello grande, que cae sobre los hombros.

Núm. 5. *Traje para niñas de 12 años.*—Falda corta plegada á la escocesa. Vestido inglés, cerrado por delante con una tira de tela clara. Mangas largas, con carteras de bordado blanco. Cuello grande en forma de fichú. Banda plegada formando segunda falda.

Núms. 6 y 9. *Paletó para niños de 7 años.*—Este abrigo es de pañete azul gendarme. Va abrochado por delante y adornado con bolsillos guarnecidos de vivos; cuello y carteras iguales. La espalda es ajustada y va abierta por abajo. Gorra igual al paletó, adornada con una pluma.

Núms. 7 y 8. *Traje para niños de 5 años.*—Este traje, que es de lana marrón, se compone de calzon corto abrochado en la rodilla, y blusa plegada á pliegues huecos, con canesú y abrochada en medio. Cinturón de piel amarilla. La espalda de la blusa va plegada como el delantero.

**Cesto de labor.—Núms. 10 á 12.**

De mimbre y junco negro barnizado. Forro de raso ó faya azul marino, con hojas de paño gris. Entre estas hojas, el raso va adornado con un bordado, cuyo dibujo publicamos de tamaño natural. (Véase el dibujo 11.) Los miosotis van bordados al punto de cadeneta con seda azul, y al punto anudado con seda amarilla. Los tallos al punto de espina, con seda color aceituna.

Las hojas de paño van bordadas con arreglo al dibujo 12. Los pétalos de las flores se bordan al punto de feston, al sesgo, alternativamente con seda aceituna, seda azul, y rodadas de seda aceituna claro. Los contornos de las hojas dentadas van bordados con seda aceituna y seda azul; su interior se borda al punto de espina con seda aceituna oscura. Las conchas van bordadas al pasado con seda azul. Su interior se borda al punto de espina con seda aceituna oscura; los tallos al punto de cordoncillo, y las ramas al punto de espina con seda aceituna.

El centro del cesto va adornado con un boton grueso aplastado, cubierto de raso azul marino, sobre el cual se extiende, cruzándolas, seda aceituna y seda azul claro, y se hace una rueda al punto de zurcido en medio del boton.

El borde superior va guarnecido, por la parte de adentro, con un rizado de cinta de raso azul, de 2 centímetros de ancho. El asa va adornada con lazos de cinta de raso azul claro. En el contorno exterior del cesto se fijan unas borlas de lana azul marino y seda azul claro.

**Dos tiras bordadas sobre tul.—Núms. 13 y 14.**

Se las ejecuta sobre tul de algodón blanco, y sirven para cofias, gorritas, fichús y lazos de corbatas.

**Encaje de tul bordado.—Núm. 15.**

Se emplean actualmente estas tiras ó encajes de tul bordado, no sólo para cofias, fichús de todas formas y corbatas, sino para guarnecer, en dos hileras, la parte interior de las mangas largas y el escote de los corpiños.

Se ejecutan también estos bordados con sedas de colores. En nuestro modelo, el interior de las palmas es alternativamente de seda color de rosa y seda azul. Su contorno es de seda aceituna, alternativamente más y menos claro.

**Dos dibujos de tapicería.—Núms. 16 y 17.**

Para taburetes, sillas volantes, almohadones, etc. El número 17 puede emplearse como tira para muebles. Se les ejecuta al punto de cruz con lanas de los colores que indican los signos.

**Encaje al crochet.—Núm. 18.**

Se le ejecuta al traves con algodón ó hilo más ó menos grueso, segun el uso á que se le destine. En el borde superior se hacen, para terminar el encaje, 3 vueltas á lo largo. Se hace una cadeneta de 10 mallas.

1.<sup>a</sup> vuelta. Se pasan las 5 últimas mallas de la cadeneta, y en la 6.<sup>a</sup> se hace una brida,—2 veces seguidas alternativamente una malla al aire,—una brida en la 2.<sup>a</sup> malla siguiente,—11 mallas al aire,—una malla simple en la malla en que se ha hecho la última brida.

2.<sup>a</sup> vuelta. Sobre las 11 mallas al aire más próximas de la vuelta anterior se hace una malla simple,—una malla brida,—19 bridas, y entre la 1.<sup>a</sup> y la 2.<sup>a</sup>, la 4.<sup>a</sup> y la 5.<sup>a</sup>, la 7.<sup>a</sup> y la 8.<sup>a</sup>, la 10.<sup>a</sup> y la 11.<sup>a</sup>, la 13.<sup>a</sup> y 14.<sup>a</sup>, la 16.<sup>a</sup> y la 17.<sup>a</sup>, se hace un piquillo,—luégo 3 veces alternativamente una malla al aire,—una brida sobre la malla al aire que sigue á la más próxima brida.

3.<sup>a</sup> vuelta. 3 mallas al aire, contando por una brida,—se pasa la malla más próxima,—una brida sobre cada una de las 6 mallas más próximas de la vuelta anterior.

4.<sup>a</sup> vuelta. Un piquillo,—5 mallas al aire,—una media brida en la 3.<sup>a</sup> de las primeras 3 mallas al aire de la vuelta anterior.

5.<sup>a</sup> vuelta. 3 mallas al aire contando por una brida,—se pasa la malla siguiente,—una brida en cada una de las 6 mallas siguientes,—9 mallas al aire,—una malla en aquella en la cual se ha hecho la 6.<sup>a</sup> brida de la 3.<sup>a</sup> vuelta.

6.<sup>a</sup> vuelta. En las 9 mallas más próximas al aire de la vuelta anterior se hacen 12 mallas simples,—2 mallas al aire,—2 veces seguidas alternativamente una brida en la segunda malla siguiente,—una malla al aire,—una brida en la última de las primeras 3 mallas al aire de la vuelta anterior.

7.<sup>a</sup> vuelta. 4 mallas al aire, cuyas 3 primeras cuentan por una brida,—una brida en la malla al aire más próxima de la vuelta anterior,—2 veces seguidas alternativamente una malla al aire,—una brida en la malla al aire que sigue

á la brida más próxima,—11 mallas al aire,—una malla simple en la última de las 12 mallas simples de la 6.<sup>a</sup> vuelta. Se vuelve á principiar desde la 2.<sup>a</sup> á la 7.<sup>a</sup> vuelta, hasta que el encaje tenga el largo requerido.

Se hacen en el borde superior las 3 vueltas siguientes:

1.<sup>a</sup> vuelta. 2 mallas simples sobre cada malla de orilla del encaje.

2.<sup>a</sup> vuelta. Alternativamente una brida en cada una de las 2 mallas más próximas de la vuelta anterior,—2 mallas al aire, bajo las cuales se pasan 2 mallas.

3.<sup>a</sup> vuelta. Una malla simple sobre cada malla de la vuelta anterior.

**Encaje al crochet con galoncillo.—Núm. 19.**

Se le ejecuta con un galoncillo de medallones ó hilo número 40.

1.<sup>a</sup> vuelta. Sobre uno de los lados del galoncillo. Se abrazan con una malla simple los dos buclecillos más próximos del más próximo medallon,—5 mallas al aire,—una brida sobre el buclecillo siguiente,—5 mallas al aire sobre el medallon (véase el dibujo).—Se hacen 2 bridas dobles separadas por 5 mallas al aire,—5 mallas al aire,—una brida sobre el buclecillo siguiente,—5 mallas al aire,—se abrazan con una malla simple los 2 buclecillos más próximos,—5 mallas al aire; se vuelve á principiar desde °.

2.<sup>a</sup> vuelta. En el otro lado del galoncillo. Se abrazan en una brida los 2 buclecillos más próximos, pero en la parte inferior de esta brida se levanta una malla en cada uno de los dos buclecillos, y se terminan las 2 mallas juntas,—3 mallas al aire,—se abrazan, con una malla simple, los 2 buclecillos siguientes,—3 mallas al aire,—se abrazan con una brida (como la anterior) los dos buclecillos más próximos,—3 mallas al aire; se vuelve á principiar desde °.

3.<sup>a</sup> vuelta. Alternativamente una brida sobre la malla más próxima,—2 mallas al aire, bajo las cuales se pasan 2 mallas.

**Cenefa bordada.—Núm. 20.**

Para vestidos y abrigos de niños sobre cachemir ó molen de lana blanca, ó para fichú y adornos de corpiño sobre granadina de seda blanca. Hojas color aceituna; flores azules ó color de rosa. Bordado hecho al punto de cadeneta, punto de cordoncillo y punto de espina con lana ó seda. Feston color aceituna.

**Dos lazos de corbata.—Núms. 21 á 24.**

Estos lazos son de gasa lino puestos al sesgo, bordada con seda de colores y adornada con encaje blanco. Los dibujos 22 y 24 representan los detalles del bordado de tamaño natural, el cual se ejecuta al punto de cruz con seda color de rosa y aceituna, para el lazo representado por los dibujos 21 y 22, y con seda azul y color gamuza para los dibujos 23 y 24.

**Tocado de gasa Pompadour.—Núm. 25.**

Se compone de una tira de muselina de 2 centímetros de ancho por 50 de largo, adornada en su borde inferior con una tira de tul punto de espíritu, de 6 centímetros de ancho, plegada, sobre la cual se dispone, segun las indicaciones del dibujo, una tira de gasa Pompadour, de 15 centímetros de ancho y el largo necesario.

**Tocado de encaje.—Núm. 26.**

Se corta un fondo redondo de muselina de 12 centímetros; se cubre este fondo, segun indica el dibujo, con tiras de tul punto de espíritu dispuestas en pliegues huecos y de 3 centímetros de ancho. El tocado va guarnecido además con cinta Pompadour de 3 centímetros de ancho.

**Traje de paseo.—Núm. 27.**

Este elegante traje es de cachemir de la India gris, de un matiz nuevo. Falda semi-larga, plegada hasta la tercera parte de su altura. La parte que forma la cola va rodeada de un tableado de 15 centímetros de ancho. Túnica ó sobrefalda de la misma tela, adornada simplemente en sus bordes con tres respuntes de seda del mismo color. El delantero va fijado sobre la falda por medio de un lazo de raso del mismo color del vestido. Corpiño-chaqué con cuello redondo. Bolsillos y carteras de raso del color del vestido.

Confeccion forma visita, de siciliana negra. Va adornada en la espalda con una magnífica aplicacion de pasamanería bordada de azabache, terminada en una borla y guarnecida de una piel de skunks.

Sombrero de fieltro-felpa negro, guarnecido de raso encarnado y plumas encarnadas y negras sombreadas.

**Traje de calle.—Núm. 28.**

De cachemir indio color bronce, con adornos de raso brochado, dibujo cachemir mezclado de hilos de oro. Falda corta recogida. Por delante va guarnecida de un tableado ancho, adornado, á 3 centímetros de su borde inferior, con una tira de raso brochado, y por encima con cuatro tableados. Esta guarnicion va rodeada de dos solapas de raso brochado, que cubren el nacimiento de un paño y medio de cachemir, recogido como indica el dibujo. Corpiño con aldetas, formando un poco la punta por delante y por detras, y rodeado en la parte inferior de una tira de raso brochado. Un cuello grande, carteras en las mangas y en los bolsillos, completan los adornos. Chaqué con aldetas añadidas, de paño beige claro, adornado con un cuello en pié, vivos y botones de terciopelo marrón claro.

Sombrero de raso bronce, guarnecido de cinta brochada y plumas bronce.

**Traje corto.—Núms. 29 y 30.**

De lanilla marrón oscuro. Falda con tres volantes tableados. *Paniers* recogidos en las caderas. Corpiño con peto muy largo, cerrado un poco de costado, con dos hileras de botones de metal. La parte superior se abre con dos solapas cortas sobre un chaleco pequeño. Mangas largas muy ajustadas, abrochadas á un lado con tres botones. La falda es casi redonda por detras y arrastra por el suelo cosa de una mano. La sobrefalda, que forma los *paniers* por delante, cae por detras en redondo. La parte inferior del corpiño forma frac, con dos pliegues en las aldetas.

**Dos chalinás.—Núms. 31 á 34.**

Núms. 31 y 32. Al crochet. Se le ejecuta con lana blanca y un gancho de madera, á lo largo.

Se hace una cadeneta de 145 mallas.

1.<sup>a</sup> vuelta. Se forma una malla. Se levanta una malla por el revers de los lados horizontales de cada una de las 3 más próximas, y se atraviesan por una malla todas las mallas que están en el crochet,—una malla al aire,—se levanta una malla por el revers del lado perpendicular de esta malla.—Se levanta otra malla sobre la malla cadeneta, en la cual se ha levantado anteriormente la 3.<sup>a</sup> malla,—se levanta una malla por el revers de la parte horizontal de las 2 mallas más próximas, y se atraviesan, por medio de una malla, todas las mallas que están en el crochet (véase el dibujo 32). Se vuelve á principiar desde °. En último lugar, una malla al aire.

2.<sup>a</sup> vuelta. Se forma una malla,—se levanta una malla sobre la malla más próxima de la vuelta anterior,—una malla en los dos lados de la malla siguiente,—una malla sobre la malla siguiente,—y por medio de una malla se atraviesan todas estas mallas,—una malla al aire,—se levanta una malla por el revers de la parte perpendicular de esta malla al aire,—se levanta otra malla en la misma en que se ha levantado la última de las 3 mallas anteriores,—se levanta una malla en los dos lados de la malla siguiente y otra en la malla siguiente,—se atraviesan, por medio de una malla, todas las mallas que están en el crochet, y se vuelve á principiar desde °. Al final de la vuelta se fija y corta la hebra para atarla al otro extremo.

3.<sup>a</sup> á 16.<sup>a</sup> vuelta. Como la anterior.

En cada lado transversal se hace una vuelta muy floja, compuesta de mallas simples, de las cuales se atan unas borlitas, compuestas de hebras de lana.

Núm. 33 y 34. Esta chalina va hecha al punto de aguja. Nuestro modelo se ejecuta con dos hebras de lana, una blanca y otra gris chiné. Se labra la chalina al traves con agujas de madera, *yendo y viniendo*. Unas borlas de lana van anudadas en los lados transversales. Se toma una hebra blanca y una hebra gris, se montan 27 mallas, y se continúa como indica el dibujo 34.

**Sombrero de fieltro.—Núm. 35.**

Este sombrero es de fieltro color masilla, cubierto por la parte interior de felpa del mismo color, la cual, cortada al sesgo, va fruncida en medio y en el largo exterior. El lado largo interior va plegado y cosido sobre los bordes, de manera que la tela vaya doblada hácia fuera, mientras que la parte interior forma un bullon. Los adornos se componen de tres plumitas del mismo color del fieltro, y de una cinta de raso del mismo color, de 6 centímetros de ancho. Esta cinta va doblada por enmedio de su ancho y doblada cuatro veces, como indica el dibujo, de manera que forme un bandó sobre la copa. La cinta termina en bridas por los lados. En el lado izquierdo, lazo en forma de roseta de la misma cinta.

**Sombrero de raso.—Núm. 36.**

El delantero, ancho y con borde plano, va cubierto por la parte interior de una tira de raso negro, de 3 centímetros de ancho, cuya costura va cubierta de una segunda tira de raso fruncido. Los bordes exteriores, así como la copa, van cubiertos también de raso liso. El contorno del sombrero va adornado de una hilera de cuentas de azabache, terminada en una cenefa de cuentas de 3 centímetros de ancho. La copa va guarnecida de tiras de raso cortadas al sesgo, que se enrollan, y cuyos lados largos van anudados y forman un lazo. En medio de delante y en el lado derecho se ponen unos broches de azabache, al traves de los cuales se pasa un lazo de raso. En el lado izquierdo se ponen tres plumitas negras.

**Sombrero de raso y felpa.—Núm. 37.**

Sombrero de alas anchas, recogidas por un lado, de raso color crema, forrado de felpa del mismo color y doblado hácia fuera, de manera que forme un ribete. Los adornos se componen de dos plumas blancas puestas en el lado izquierdo, y cuyas puntas caen sobre el ala delantera. Por detras el sombrero va adornado de dos lazos de felpa blanca que forman abanico y que van reunidos por medio de un bucle de la misma tela, el cual va sujeto con un broche de acero.

**Vestidos de baile.—Núms. 38 á 45.**

Núm. 38. *Vestido de gasa y raso.*—Falda princesa de raso con cola, guarnecida de un bullon y de un volante. Sobrefalda de gasa bordada de cuentas blancas y guarnecida de guirnalda de flores. Corpiño escotado con mangas cortas. Flor en medio del pecho.

Núm. 39. *Vestido de terciopelo negro*, con delantal de gasa plegada y rodeada de encaje, dispuesto en forma de conchas. Corpiño escotado con aldetas largas y mangas cortas y adornado con una semi-guirnalda de flores. Guantes negros largos.

Núms. 40 y 41. *Vestido de raso.*—Falda de raso color de oro antiguo. Sobrefalda princesa de raso blanco, recortada en puntas largas, guarnecidas de flecos de azabache. Banda de gasa bordada de colores vivos y variados y anudada en el costado. Corpiño escotado con guarnicion igual á la banda. Mangas cortas. Ramo de flores cerca del hombro. Guantes largos color de oro antiguo.

Núm. 42. *Vestido para señoritas.*—Este vestido es de faya y brocado Pompadour. Falda de faya adornada por delante con dos bandas plegadas y fijadas por medio de una rosa grande. Sobrefalda de brocado ribeteada de encaje. Corpiño de faya y brocado, semi-escotado y adornado de flores. Mangas cortas, guantes largos y abanico.

Núm. 43. *Vestido negro*, de raso, con túnica de encaje negro, recogida por medio de cocas grandes de cinta. Corpiño escotado con cinturón. Mangas cortas. Guantes claros.

Núm. 44. *Vestido de faya blanca*, cubierto de gasa listada y adornado de flores. Corpiño escotado con mangas de codo, que caen rectas y van guarnecidas con lazos de cinta.

Núm. 45. *Vestido de faya color de rosa y verde.*—Falda de media cola, con bandas plegadas de gasa color de rosa. Flores y lazo grande verde pálido. Corpiño de punta, enla-

zados por detras y escotado en cuadro, con mangas cortas. Rosas en el hombro y por detras.

**Bordado sobre tul.—Núm. 46.**

Para fichús, fondos de cofia y otros objetos análogos. Se le ejecuta con algodón de bordar blanco sobre tul blanco, ó con seda negra sobre tul negro. La labor se compone de puntos atras, que abrazan cada uno dos agujeros de la red. El lado en que estos puntos aparecen como puntos atras es el revers de la labor.

**Fondo al crochet.—Núm. 47.**

De lana, con forro de cachemir, para colcha de cuna; de estambre, para fichús y capelinas, y de algodón, para colchas, etc.

Se hace una cadeneta, yendo y viniendo, que tenga el largo requerido, y se vuelve la cadeneta para hacer la

1.<sup>a</sup> vuelta. 14 mallas al aire, cuyas 10 primeras cuentan por una brida triple, — en la 6.<sup>a</sup> malla siguiente, una malla simple, — se vuelve la labor, y, para hacer un cuadro, se vuelve sobre las 8 mallas más próximas de las 14 mallas al aire, haciendo una malla simple en cada malla, — 5 veces seguidas alternativamente se vuelve la labor, — una malla al aire, — 8 mallas simples en el lado de detras de las 8 mallas hechas anteriormente, — una brida triple en la 8.<sup>a</sup> malla primitiva siguiente, — 8 mallas al aire; vuelve á principiarse desde °.

2.<sup>a</sup> vuelta. 11 mallas al aire, cuyas 6 primeras cuentan por una brida triple, — una malla simple en la esquina del cuadro más próximo de la vuelta anterior, — 5 mallas al aire, — una brida triple en la brida triple más próxima, — 5 mallas al aire. Vuelve á principiarse desde °. En último lugar se suprimen las 5 últimas mallas al aire, y se hace la brida triple sobre la malla al aire de la vuelta anterior, la más cerca del último cuadro.

**Encaje de miñardis y crochet.—Núm. 48.**

Hilo núm. 80.

1.<sup>a</sup> vuelta.—En uno de los lados de la miñardis, ° 4 veces seguidas alternativamente, 5 bridas sobre la presilla más próxima de la miñardis, — una malla al aire, bajo la cual se pasa una presilla, — 5 bridas sobre la presilla siguiente, — se pasan 8 presillas y se vuelve á empezar desde °.

2.<sup>a</sup> vuelta.—° 5 mallas simples sobre las 5 bridas más próximas de la vuelta anterior, — 5 mallas al aire, — una malla simple sobre la 3.<sup>a</sup> de las 5 bridas más próximas, — 5 mallas al aire, — una malla simple sobre la 1.<sup>a</sup> de las 5 bridas siguientes, — 5 mallas al aire, — una malla simple en la última de las mismas 5 bridas, — 5 mallas al aire, — una malla simple en la 3.<sup>a</sup> de las 5 bridas más próximas, — 5 mallas al aire, — una malla simple en cada una de las 5 bridas siguientes, — vuelve á empezarse desde °.

3.<sup>a</sup> vuelta. En el otro lado de la miñardis. Como la primera vuelta, copiando el dibujo y contrariándolo.

4.<sup>a</sup> vuelta.—° 5 mallas simples sobre las 5 bridas del medio de la curva más próxima de la vuelta anterior, — 6 mallas al aire, — una triple brida que precede á las 5 bridas. No se terminan los lados superiores de esta triple brida, — se pasan 10 mallas, — una brida triple sobre la malla al aire más próxima, y se termina ésta con la triple brida anterior, — 6 mallas al aire, — vuelve á empezarse desde °.

5.<sup>a</sup> vuelta. Alternativamente una brida sobre la malla más próxima de la vuelta anterior, — 2 mallas al aire, bajo las cuales se pasan dos mallas.

**Encaje al crochet.—Núm. 49.**

Se le ejecuta otra vez con hilo núm. 60. El borde superior se termina con una vuelta hecha á lo largo. 11 mallas al aire, cuya última se junta con la primera, lo que forma un círculo, — 5 mallas al aire, — 12 bridas á caballo sobre el círculo, — se vuelve la labor, 2 mallas al aire, — una malla simple en cada una de las 5 bridas más próximas que forman parte en las 12 bridas hechas anteriormente, — 7 mallas al aire, — 3 veces seguidas alternativamente una brida en la 2.<sup>a</sup> brida siguiente, — 2 mallas al aire, — una brida en la malla al aire más próxima, — se vuelve la labor, — 5 mallas al aire, — una malla simple á caballo sobre las 2 mallas al aire más próximas, 2 veces seguidas, alternativamente, un piquillo, — una malla simple á caballo sobre las dos mallas al aire más próximas, — 12 bridas sobre las 7 mallas al aire siguientes, — vuelve á principiarse desde °.

**Cuadro de tapicería para almohadon ó taburete. Núm. 50.**

Se le ejecuta sobre cañamazo de Java al punto de cruz, con lanas de los colores que indican los signos.

**Lazo de corbata de tul pintado.—Núm. 51.**

Se toma una tira de tul punto de espíritu, de 14 centímetros de ancho y de un largo suficiente. Se pintan á la mano todos los lunares del tul de diferentes colores. Se guarnece la tira con encaje blanco de 7 centímetros de ancho. Para hacer el lazo se pliega uno de los extremos de tal suerte, que el encaje superior cubra la parte inferior, y que ésta, anudada formando una coca, se fije sobre un disco de tul fuerte. La otra parte de la tira va plegada en sentido inverso y dispuesta en forma de chorrera.

**Lazo de corbata de granadina bordada.—Núm. 52.**

Se toma una tira de granadina blanca ó negra, de 12 centímetros de ancho y del largo necesario; se la redondea por un extremo; se adorna el otro con un bordado hecho al punto ruso y punto de cadeneta con seda encarnada y reseda y seda gris claro, y se festonean los contornos con seda gris, despues de lo cual se guarnece la tira con un encaje blanco de 12 centímetros. Se la dispone en cocas (véase el dibujo 52) reunidas por medio de un travesaño de la misma granadina.

**Servilletas caseras.—Núm. 53.**

Estas servilletas se emplean para enjugar los vasos, tazas, cubiertos y otros utensilios caseros. Para conservar su atribucion á cada objeto, el ángulo de la servilleta lleva el emblema de su uso, tejido con algodón encarnado. Se pueden ejecutar tambien estos emblemas al punto ruso.

**Cesto para ropa de dormir.—Núm. 54.**

De junco barnizado de negro y dorado. Su altura total es de 80 centímetros. Las dos canastillas de que se compone van guarnecidas por la parte interior de raso azul algodonado y perfumado con polvos de iris. La canastilla superior va guarnecida, ademas, de unas bolsas por la parte de dentro.

**Atril para música.—Núm. 55.**

Es de madera oscura imitando al junco. La parte superior va guarnecida por delante de una planchita de madera, sobre la cual se fija un pedazo de raso marron, que se adorna con aplicaciones.

**Bordado sobre tul.—Núm. 56.**

Para fichús, adornos de corpiño y otros usos análogos. Se ejecuta esta labor con seda color aceituna y color de rosa, ó bien aceituna y azul. Se puede hacer tambien el bordado con algodón blanco ó hilo.

**Abanico de encaje bordado de cuentas.—Núm. 57.**

Varillaje de nácar. El encaje va bordado de cuentas verdes, encarnadas y azules. El borde superior va guarnecido de una cenefa de plumas de colores vivos.

**Ramos de flores, tocados y adornos para bailes y soirées.—Núms. 58 á 65.**

Núms. 58 y 59. *Ramos de flores y cintas.*—El núm. 58 se compone de capullos de rosas, hojas plateadas y verdes y campanillas encarnadas. Lazo de cinta de raso color de rosa pálido. El núm. 59 es de reseda, clemátida blanca y miosótis. Cinta de raso azul pálido, de 3 centímetros de ancho.

Núm. 60. *Tocados para baile.*—Corona de hierbas metalizadas, hojas de terciopelo marron de dos matices, salpicadas de oro, y borlas de canutillo de oro.

Núm. 61. *Floreillas plateadas, capullos de rosa y hojas de color oscuro.* Lazo de cinta de raso color de rosa, de 9 centímetros de ancho. Un cordon de flores reúne el tocado á un ramo de capullos de rosa.

Núm. 62. *Flores y campanillas color de rosa; hojas color de aceituna de varios matices, cocas y caidas de cinta de raso color de rosa, de 3 centímetros de ancho.*

Núm. 63. *Diadema de hojas y flores de terciopelo y raso encarnado algarroba, salpicado de oro, con tallos dorados.* Escarabajo de oro.

Núm. 64. *Adorno de terciopelo, raso y encaje.*—Fondo de tul fuerte, cubierto de hojas de terciopelo color de oro antiguo y raso negro y de encaje negro de 4 centímetros de ancho. El resto de los adornos se compone de borlas de felpilla color de oro antiguo.

Núm. 65. *Adorno de flores y cintas.*—Se compone de fuchias color de rosa, encarnadas y moradas, y hojas y hierbas salpicadas de oro. Ramo de tallos flexibles enlazados con cinta encarnada, de 3 centímetros de ancho, que terminan en un lazo.

**Cuello de encaje inglés.—Núms. 66 y 67.**

Se traza el dibujo que representa de tamaño natural nuestro dibujo núm. 67; se fija el galoncillo liso y el galoncillo de medallones, y se tiende el hilo para las barretas enlazadas. Se ejecutan las ruedas y calados de encaje con hilo muy fino, y se ribetea el cuello con piquillos.

**Collar de azabache.—Núm. 68.**

Este collar se compone de eslabones macizos y pendientes en forma de borlas.

**Collar de plata.—Núm. 69.**

El collar se compone de dos hileras de cuentecitas de plata y cadenillas que sostienen cada una una cuenta más gruesa tambien de plata.

**LEYENDA DE NAVIDAD.**

(CONCLUSION.)

IX.

Mi madre recibió á Piedad con la alegría de quien recibe á una hija propia: la amaba tanto, que su presencia era para ella como necesaria en aquellos dias, en que todo era bullicio y animacion. Entró Piedad á cambiarse de vestidos, y poco despues se presentó tan bella y graciosa como siempre, llena de satisfaccion y de júbilo.

—Ahora á mí me toca—le dije sonriendo;—vas á estar aquí como en tu casa.

Y así que me contestó con una de sus más tiernas miradas, fué á buscar á mi madre para conversar con ella un momento. Yo me sali al portal de afuera.

Los preparativos de la gran fiesta de Navidad habian ya comenzado en el pueblo, y en todas partes se notaba ese movimiento, esa algazara que anuncian la próxima llegada de un suceso extraordinario: en la plaza se levantaban numerosas enramadas para los puestos de dulces, de juguetes y de nacimientos; las fachadas de las casas se limpiaban para hacerlas aparecer blancas y hermosas; las tiendas se surtian, llenaban sus aparadores de sabrosas golosinas y se adornaban más y más de vistosos lienzos ó botellas de color: multitud de chiquillos recorrían alborozados las calles, gritando y cantando, felices y contentos. Al ver aquella tan general alegría, no podia yo ménos de participar de ella y de entristecerme á un tiempo: recordaba mis primeros años y mis inocentes alegrías pasadas, y me sentía dichoso á la sazón, viéndome al abrigo de mis padres, bajo el techo que me habia visto nacer. Recordaba tambien las navidades que habia pasado en la ciudad, y una dulce melancolia se apoderaba de mi alma. ¿Cuándo un recuerdo no nos entristece?

¡Qué fiesta tan poética, tan hermosa y tan general! pensaba yo. En todas partes es esperada con impaciencia y recibida con júbilo; en todas partes es uno mismo el entusiasmo que produce, principalmente en los niños, que son los verdaderos ángeles de la tierra, los ángeles custodios de sus madres y de sus familias.

Deseando yo que Piedad viese tambien el cuadro que tenia á mi vista, corri á buscarla, invitándola para que saliese á dar un paseo conmigo; pero ella prefirió quedarse y verlo todo tras las cortinas de una ventana.

Desde que llegamos á la casa observé que se turbaba al dirigirle yo la palabra; que me ocultaba sus miradas; que su semblante, en fin, se cubria á menudo de un suave color de rosa, como si me quisiera indicar así que le causaba rubor verse tratada por mí con la confianza que acaso parecia extraña á los demas. Sus palabras no eran ya, como en la montaña, ingenuas y rebosando cierta encantadora familiaridad; por el contrario, en todo lo que ella me decia observaba yo una tímida reserva. Las almas que, como la de Piedad, están acostumbradas á la dulce libertad del retiro, pierden su espontánea franqueza, su serenidad y su ánimo expansivo cuando se hallan entre personas de carácter y de costumbres diversas de las suyas.

—Estás triste—le dije;—no venias así.

—Si no estoy triste; ¿quién te lo ha dicho?

—Como no hablas ya....

—Pero eso no quiere decir que esté como tú dices.

—¿Estás, pues, contenta?—le pregunté seducido por el acento con que pronunció estas palabras.

—Sí.

—Pero de seguro no tanto como yo.

—¿Por qué?

—Debias haberlo conocido ya: porque estás tú aquí.

—Sí....—dijo ruborizándose.

—¿No lo crees?

—Pues no.

—Es porque no me conoces. Desde que he vuelto de Méjico apenas he podido alegrarme una que otra vez como estoy ahora. Vengo tan fastidiado....

—¡Ah! y ahora recuerdo; ¿por qué me dijiste eso en el camino?

—¿Qué cosa? ¡Ah, sí! que por tí.... Pues ya ves que no te he engañado; ¿acaso no me ves dichoso?

—Bueno; pero digo que por qué....

Piedad no me veia: fingia examinar atentamente el secreto de un juguete que habia sobre la mesa.

—Porque me causa alegría que estés tú aquí—acabé de decirle.

—Dime—continué despues de un momento de silencio, en que, enajenado, estuve contemplando su hermosura;—dime, ¿te gusta estar en la montaña?

—Mi papá lo quiere así—me respondió con sencilla ingenuidad—y vivo muy contenta; me sobra allá en qué entretenerme.

—Pero allá.... tan léjos.... ¿no te quisieras venir á vivir al pueblo?

—Sí, pero no se lo digo á mi papá, porque él está allá mejor y á mí me toca cuidarlo. Pero voy adentro á estar con la señora.

Salió; y mucho tiempo despues de que habia desaparecido, resonaba aún en mi alma el suave acento de su voz.

X.

Entretenido yo en casa en diversas ocupaciones que inventaba para permanecer en ella, tenia oportunidad á cada momento de ver á Piedad, de observar su manso carácter, su bondad y pureza de corazón, su inocencia y todas aquellas virtudes, en fin, que tanto realce daban á sus gracias naturales: deleite regalado era para mí oír el limpio y dulce metal de su voz, sus conversaciones con mi madre, llenas de candor y de ingenuidad. Cuando me presentaba yo donde ella estaba, como mis miradas buscaban primeramente las suyas, bajaba ruborizada los ojos, permanecia callada y apenas se atrevia á mirarme: no parecia sino que mi presencia la mortificaba en extremo delante de los demas. Algunas veces, sin embargo, la sorprendia yo mirándome con singular atencion y hasta con cierto cariñoso interés: cuando yo hablaba, me oia sin apartar la vista de algun objeto cercano, como si quisiera ocultar de este modo la complacencia que sentia y que yo leia claramente en sus ojos: observaba tambien que solia buscarme con afan y que venia á donde yo conversaba con mi madre ó con mi padre, permaneciendo allí en actitud humilde y distraida hasta que me iba ó la llamaban.

Pero no obstante estas preferencias suyas, tanto más preciosas y dulces para mí, cuanto que ellas me anunciaban lo que yo tanto queria saber, Piedad evitaba ya quedarse sola conmigo, como si temiese que su turbacion me revelara sus sentimientos ó que mis labios se atreviesen al fin á decirle lo que ella sin duda sabía ya: que yo la amaba. Tales son las almas candorosas cuando abrigan un cariño puro: se conforman con amar y ser amadas, sin desear ni esperar nunca que se las dirijan esas palabras vagas y extravagantes que ha inventado el lenguaje moderno del amor. Piedad ignoraba ese idioma; y tímida y humilde, como son las doncellas virtuosas, ocultaba su amor modestamente. Acaso, si yo le hubiera hablado del mio, no me habria comprendido.

¡Amable niña, cuánto me enternece hoy tu recuerdo! Despues de tantos años que han pasado desde entónces, te veo aún en mi memoria, pudorosa y sencilla como en aquellos dias te vi; hoy admiro tu virtud, tu inocencia, tu casta honestidad, y aparece en mi mente como un ensueño delicioso de la adolescencia, como una de esas virgenes, radiantes de luz y de candor, que se dibujan en la fantasia de un poeta. Me acordaré siempre, estremeciéndome, de la felicidad que en aquel entónces inundó mi pecho, del temor y de la modesta humildad con que aceptaste mi cariño y con que me dabas pruebas del que yo te inspiraba. ¡Cuán superiores eran tus méritos de niña inocente y pura á los de otras mujeres que despues me han fascinado con su belleza....

XI.

Un dia varios amigos me invitaron para que los acompañase á una excursion que pensaban hacer al interior de los bosques de la montaña; faltaba ya sólo un dia para el de Navidad, y ellos querian ir á traer el heno más fresco y abundoso, verdes ramas de pino y las flores silvestres más

olorosas y más bellas para regalar á las jóvenes del pueblo que debían poner nacimientos en sus casas. Acepté con gusto, y di orden para que me preparasen el caballo. Mi madre, en compañía de Piedad y algunas mujeres, arreglaba en el salon los adornos para la posada de ese día, que debía darse en nuestra casa. Entré para despedirme y le dije :



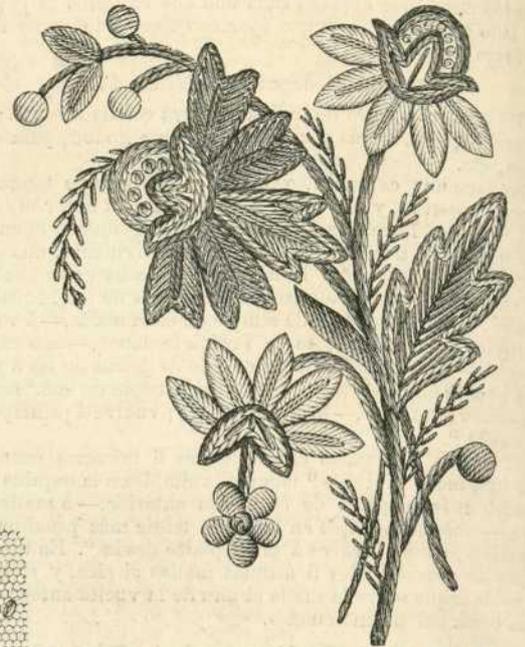
11.—Rama del cesto.—(Véase el dibujo 10.)



10.—Cesto de labor.  
(Véanse los dibujos 11 y 12.)

D. Braulio; así es que sería bueno que mandara V. arreglar todo para tenerlo prevenido.

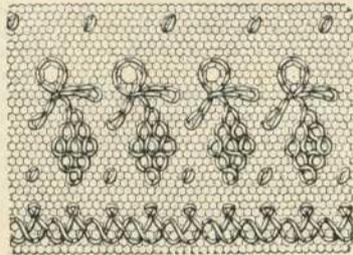
—No creas que vaya — me respondió mi madre; —eso se puede hacer despues. ¿Cómo han de andar en negocios en estos días? Sin embargo, temo que ahora, que se fué al cam-



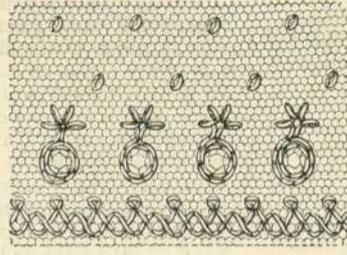
12.—Rama del cesto.—(Véase el dibujo 10.)

—Ya sabe V. adónde voy, ¿no? Estaremos aquí de vuelta en la tarde.

El rostro de Piedad se inmutó ligeramente, y manifestó como pesar ó extrañeza de que yo me fuera : sus tímidas miradas así me lo dijeron. Mi madre me hizo algunos encargos y me enumeró



13.—Tira bordada sobre tul.

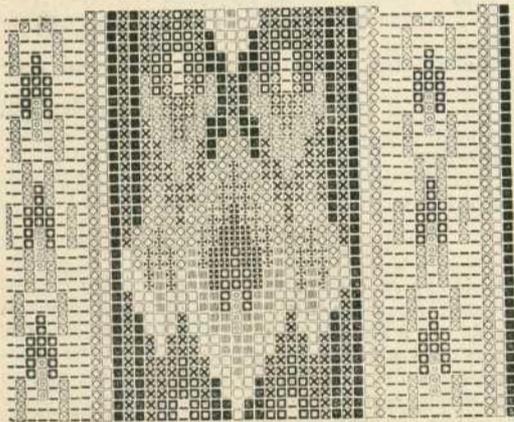


14.—Tira bordada sobre tul.

po, se resuelva á ir de una vez al Cerro. De ese modo, él y D. Braulio estarán aquí esta tarde.

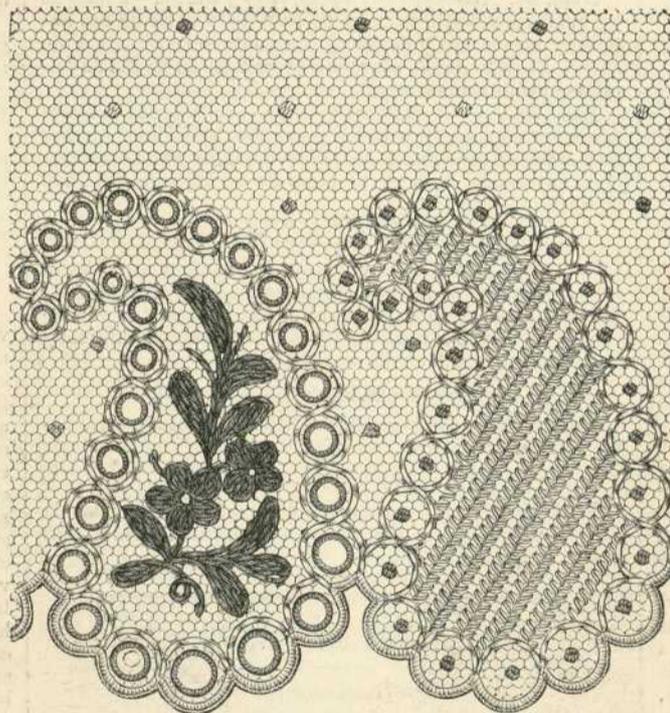
—Pues mejor —concluí yo.

Piedad pareció alegrarse al oír estas palabras, y sus ojos, con una dulce y clara expresion de humildad, me rogaron que no me fuese.

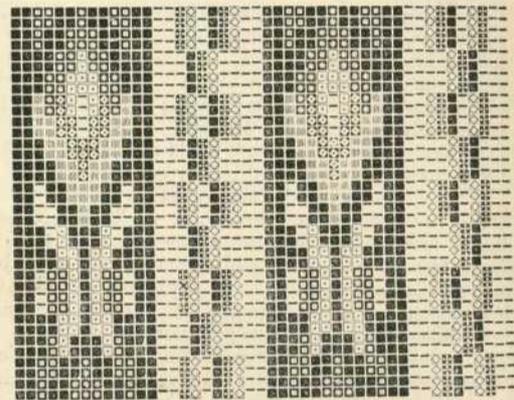


16.—Dibujo de tapicería.

Explicacion de los signos : ■ Negro ; ✕ aceituna ; ◻ bronce ; ✕ amarillo ; ◻ azul oscuro ; ◻ azul claro ; ✕ lila oscuro ; ◻ lila claro ; ◻ encarnado oscuro ; ◻ encarnado mediano ; ◻ encarnado claro ; ◻ moda oscuro ; ◻ moda claro.

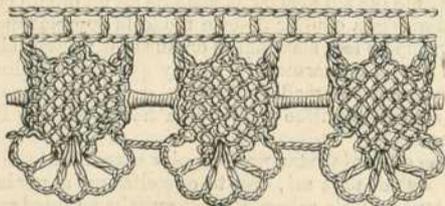


15.—Encaje de tul bordado.

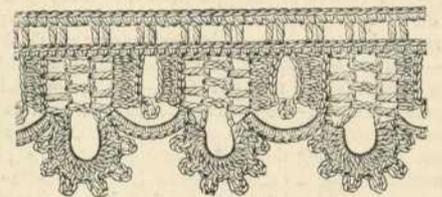


17.—Dibujo de tapicería.

Explicacion de los signos : ■ Marron oscuro ; ◻ marron claro ; ◻ amarillo ; ◻ aceituna oscuro ; ◻ aceituna claro ; ◻ encarnado oscuro ; ◻ encarnado claro ; ◻ azul oscuro ; ◻ azul claro.



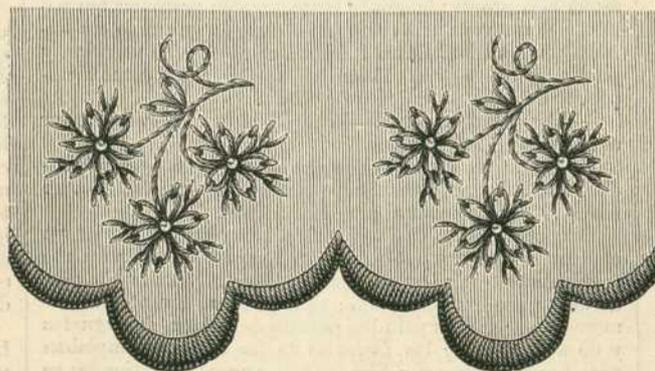
18.—Encaje al crochet.



19.—Encaje al crochet con galoncillo.

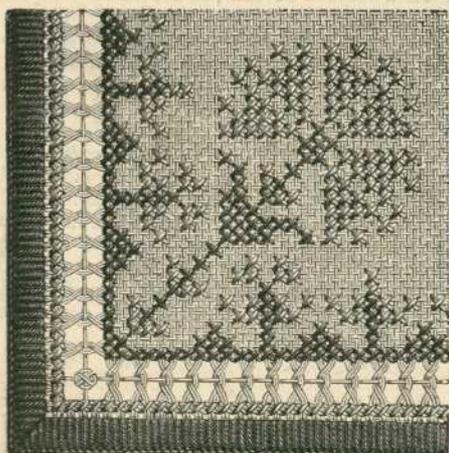
lo que habia de traer de la montaña para adornar el salon y el altar ; pero Piedad nada me dijo.

—Tal vez acompañe mañana á mi padre —continnué— pues, segun me ha dicho, tiene que ir á acabar de arreglar al rancho de los peones que han de comenzar á trabajar la semana que viene : de vuelta pasaremos por

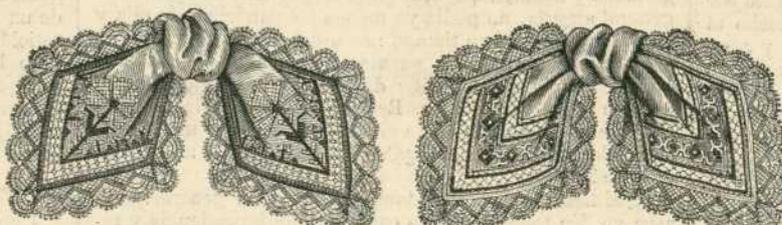


20.—Cenefa bordada.

Sali afuera, y no sé por qué en aquel momento me avisó el corazon que debía decir á Piedad, ántes de irme, lo que tanto deseaba, seguro de que aquella vez no rehusaria ella quedarse un momento sola conmigo ni oír lo que yo le dijera. En efecto, así fué : recargado en una barandilla del corredor, esperando el momento de montar, me volví súbitamente al oír el roce de un vestido : era Piedad.

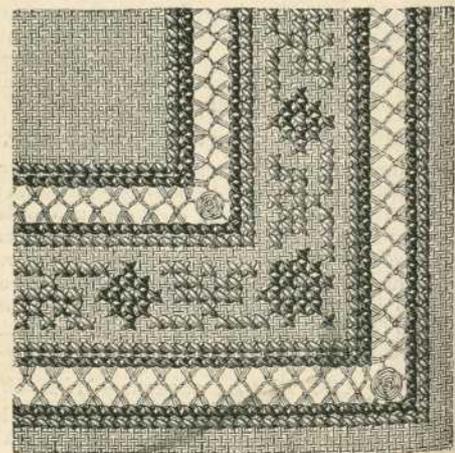


22.—Dibujo del lazo de corbata núm. 21.



21.—Lazo de corbata.  
(Véase el dibujo 22.)

23.—Lazo de corbata.  
(Véase el dibujo 24.)



24.—Dibujo del lazo de corbata núm. 23.

—¡ Ah! si todavía no te vas — exclamó.  
 —¿ No deseas tú que te traiga algo de la montaña para el nacimiento? — le pregunté.  
 — Si — me respondió humildemente y bajando la voz; — pero ¿ para qué vas tú, si se puede encargar el heno y las flores y todo lo demas?

— Es que me da vergüenza; pero ya no sucederá así cuando vuelvas.  
 —¿ Acaso no sabes que yo te quiero mucho y que deseo estar siempre contigo?  
 — Si; pero..... ¿ no te digo que me da vergüenza..... y así como miedo?



25.—Tocado de gasa Pompadour.



27.—Traje de paseo.

28.—Traje de calle.



26.—Tocado de encaje.

Al hablar, sus ojos apenas podían resistir las miradas de los míos, y en sus mejillas sonrosadas observé la mortificación que aquella escena le causaba.

—¿ No quieres, pues, que vaya? Yo deseaba ir, porque comienzo á ponerme triste y sin saber qué hacer: como tú apenas quieres estar donde yo estoy y no me platicas...

—¿ Miedo? ¿ De qué?  
 — Pues no sé..... de que me vea la señora..... Pero cuando vuelvas hemos de platicar.  
 —¿ Y ya no te andarás escondiendo de mí?  
 — No; ¿ no ves que á mí tambien me gusta estar contigo?  
 — No lo demuestras mucho.  
 — Pero si ya te dije por qué.....  
 —¡ Ah! ¿ entonces puedo estar seguro de que tambien tú.....



29.—Traje corto. Delantero.

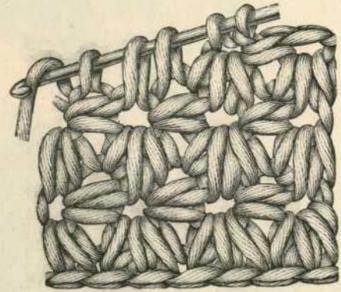


30.—Traje corto. Espalda.

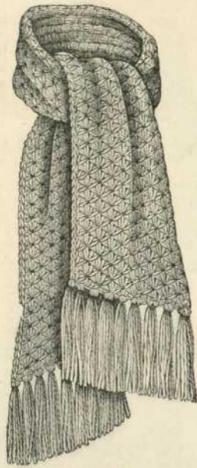
Y adivinando lo demás de mi pregunta en la mirada, sus mejillas tomaron un tinte de rosa más subido que otras veces.  
—Sí, si.....—me interrumpió ocultándome su rostro y entrando al salon muy avergonzada.  
Aquella expedición á la montaña me era ya penosa. Acababa yo al fin de revelar mi amor á Piedad, y al sentir inundado mi corazón de incomparable dicha, la casa de mis padres me atraía de un modo irresistible, y era más bella para mí que las espléndidas y calladas montañas que iba á recorrer.  
Un cuarto de hora despues me reuní á mis amigos y salimos del pueblo.

XII.

Quando en la tarde volví, Piedad me esperaba ya en el portal interior de la casa; el suave carmin del rubor no habia desaparecido aún de su semblante. Me acerqué á ella inmediatamente, le entregué un ramo que en la montaña habia formado para eso, y le pregunté si habia vuelto mi padre.  
—Todavía no—me respondió—pero la señora cree que se fué



32.—Labor de la chalina núm. 31.



31.—Chalina. (Véase el dibujo 32.)



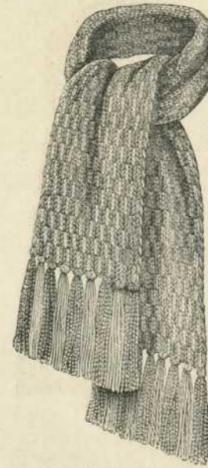
35.—Sombrero de fieltro.



36.—Sombrero de raso.



37.—Sombrero de raso y feltro.



33.—Chalina. (Véase el dibujo 34.)



34.—Labor de la chalina núm. 33.

38 Á 45.—VESTIDOS DE BAILE.



38.—Vestido de gasa y raso.

39.—Vestido de terciopelo negro.

40 y 41.—Vestido de raso. Espalda y delantero.

42.—Vestido para señoritas.

43.—Vestido negro.

44.—Vestido de faya blanca.

45.—Vestido de faya color de rosa y verde.

—Segun.  
—¿Cómo segun?  
—Sí; porque si era para hacerme burla....  
—¿Burla? ¿Acostumbro yo hacer eso, y ménos contigo?  
—No; pero como yo soy ranchera, y....  
—Muy bien, muy bien; por eso que dices, precisamente por eso, te quiero á ti solita.  
—Es que tú eres muy bueno..... mas yo siempre me avergüenzo.... En la ciudad debe haber mujeres muy lindas, y tambien aquí en el pueblo hay.  
—Pues yo todavia no las he visto. ¿Y qué te parece de una que me hallé en el Cerro, en casa de D. Braulio? ¿No crees que es más hermosa?....  
—No sé quién es—me respondió con voz imperceptible y dibujando en sus labios una inocente sonrisa.  
—Yo le he dicho—continué—que la quiero mucho, y como es tan buena, me ha respondido que ella tambien.... Pero duelo que me quiera tanto como yo á ella.... ¿No lo crees así?  
—No—contestó resueltamente.  
—Entónces—le dije yo sintiendo en mi alma una felicidad que jamas habia sentido—entónces, dame un ramito

para el Cerro y que debe llegar hoy con mi papá, aunque ya con la noche.  
—Pues ojalá—repuse—asi estarás más contenta. ¿Quieres esperarme aquí mientras voy á saludar á mi madre? Acuérdate de lo que me has prometido.  
—Sí.  
—Vuelvo pronto.

Hallé á mi madre en el salon donde se disponia la posada, y en aquel momento veia el heno, las flores y otras hierbas aromáticas que yo habia traído y que el mozo acababa de poner á su vista.  
—¿Ya sabe Piedad que has vuelto?—me preguntó—si no, llámala para que venga á ver todo esto.  
—Viene ya—le respondí.  
Quando volví á donde habia quedado yo esperándola, traia en un delantal muchas flores, y me dijo que tenia que formar unos ramilletes para el altar; pero que como ya faltaba poco tiempo, queria que yo la ayudase.

Piedad tenia aquel día un sencillo vestido de muselina color de rosa; su abundante cabellera, peinada primorosamente, estaba recogida en dos gruesas trenzas, adornadas de cintas negras, y un collar de oro de cuentas pequeñas y unos hermosísimos pendientes del mismo metal daban cierta expresion encantadora é irresistible á aquel conjunto de inocencia, de belleza y de angelical candor; yo no me cansaba de contemplarla.  
—Te has puesto hoy muy elegante—le dije cuando nos quedamos solos.

—Elegante no; pero como hoy tiene que venir aquí mucha gente, debo estar limpia.  
—Y más hermosa que nunca, ¿es verdad?

Las blancas facciones de la niña se tiñeron súbitamente de un vivo encarnado, no tanto por mis palabras, cuanto por el acento con que las pronuncié; con él habia traído á su memoria lo que entro nosotros habia pasado en la mañana: ruborizada así, su pudor era el pudor de un ángel.  
—¿No es verdad?—volví á decirle.

Entretenida con las flores no alzaba los ojos para mirarme; pero comprendiendo yo lo que en aquel momento pensaba, insistí en mortificarla.  
—¿A que sé por qué te has puesto así?—le dije.  
—¿Cómo?

—Muy elegante, muy bonita y callada. ¿Ya no me quieres hablar?  
—¿Pues acaso no estoy hablando?  
—Sí, pero no como yo quiero. Y no te olvides de lo que digo. Dime, Piedad, si yo te hubiera suplicado que te vistieras así, ¿lo habrias hecho?

hecho por tí para que con él me pagues el que yo te regalé.  
—¿Nada más para eso?  
—Y para otras cosas.  
—¿Cuáles?  
—Para guardarlo como tuyo; para que con él me digas lo que no quieras decirme, y para que en él vea yo una prueba y un recuerdo de tu cariño.

Piedad me miró con una inefable expresion de ternura y de gratitud, que penetró hasta lo más íntimo de mi alma, llenándola de orgullo: en los ojos de la hermosa niña volví á ver aquella mezcla singular de júbilo y de timidez, de amor y de inocencia que tan bien sabian hermanarse en ellos.  
—¿No me has de dar el ramo?—volví á decirle, viendo que no me habia contestado.  
—Sí, ¿no ves que ya lo estoy haciendo?

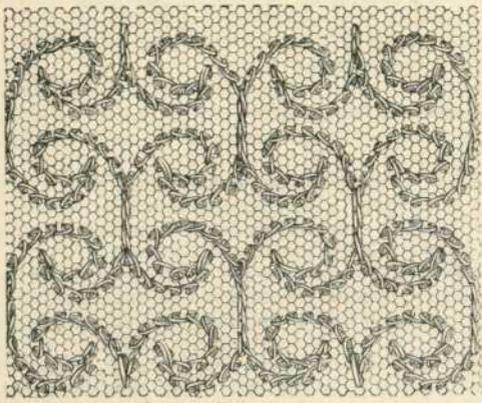
Y me enseñó las flores que habia elegido.  
Despues de un momento, me dijo al presentármelo:  
—Aquí está ya; guárdalo como yo guardé el tuyo.  
Tomé el ramo, y acariciándole la suave y delicada mano con que me lo daba, repuso sonrojada:  
—Ahí viene la señora.  
En efecto, á poco entró mi madre.

—¿No acaban?—nos preguntó.  
—Poco nos falta—dijo Piedad.  
—Pues les ayudaré; asi acabarán más pronto. Tu padre—agregó despues dirigiéndose á Piedad—se habrá entretenido, y por eso no ha llegado; pero ni Julian viene. Si se vienen juntos, estarán aquí á las ocho de la noche. Y el señor Cura no debe tardar; me ofreció venir á ver el altar y nuestra sala de posada; ha mostrado grandes deseos de verte al saber que tú estás aquí, hija; pero si quieres, anda con Julio á dar una vuelta por la plaza mientras viene; ya ves que está muy animada. Yo acabaré aquí; al fin, ya falta poco.

Piedad, procurando que mi madre no la viese, me preguntó con los ojos si podia aceptar; le contesté que sí.  
—¿No rehusas ahora mi compañía?—le dije así que salimos.  
—Al contrario,—me respondió,—quisiera estar siempre contigo.

XIII.

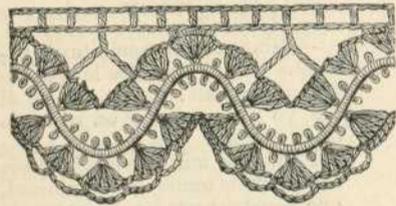
A las ocho de la noche comenzó en el pueblo la agitacion y el bullicio acostumbrados hacia ya siete dias; era la última posada, y el concurso que se preparaba á presentarla era más numeroso que otras veces, pues los habitantes de las montañas y de los pueblitos ve-



46.—Bordado sobre tul.

cinco habían llegado, traídos por su deseo de disfrutar de las alegres fiestas de Noche-Buena. En la casa había una confusión y un alboroto indefinibles; los chicos habían invadido los corredores, el salón y la huerta, y llenos de infantil alborozo, gritaban, cantaban y reían.

Al fin se encendieron las luces del altar, y el aromoso incienso



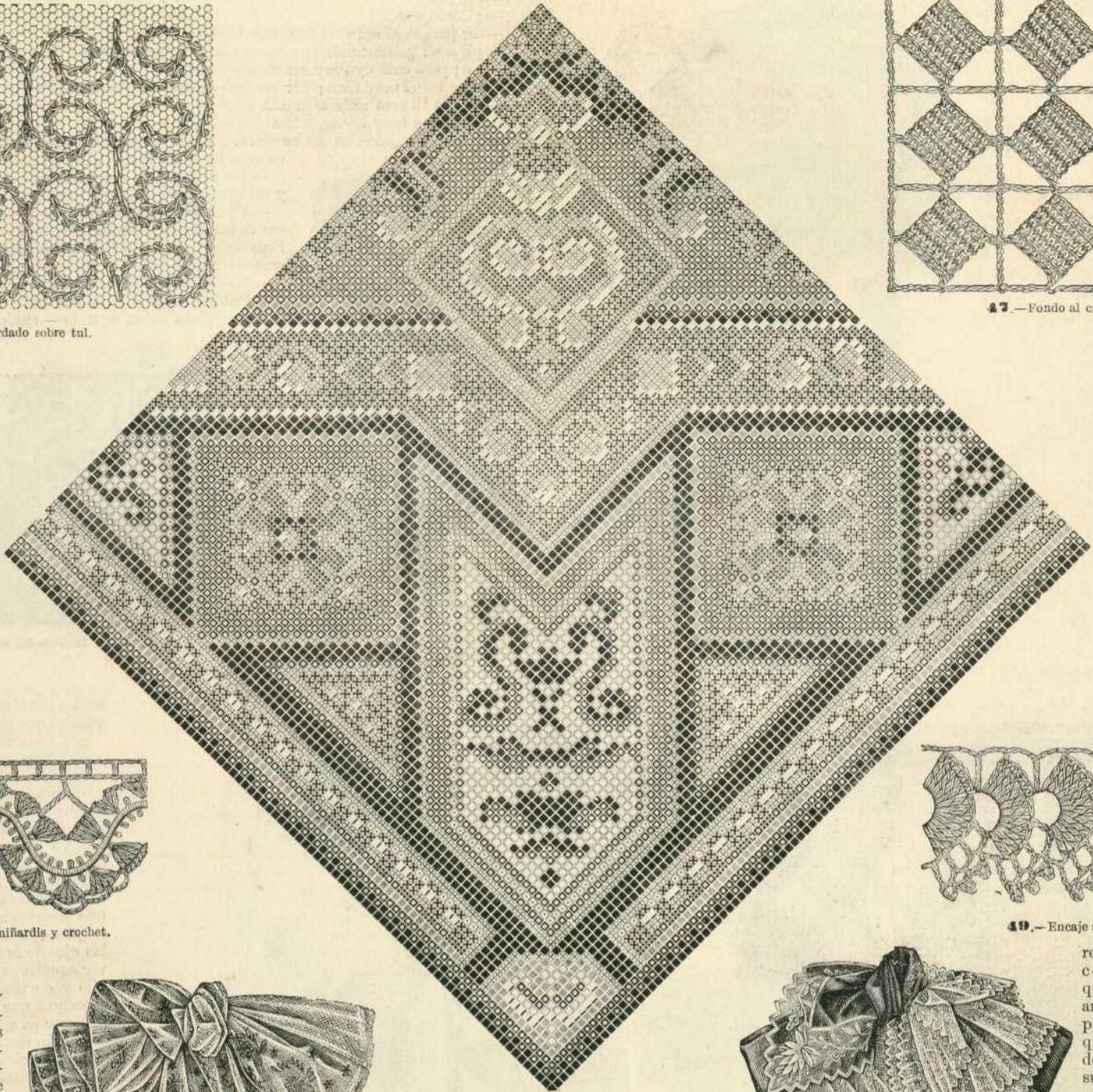
48.—Encaje de miliardis y crochet.

comenzó á derramar por los aires su regalado perfume; en las calles se oían las músicas que acompañaban la procesion de los santos peregrinos, y los cohetes, los cantos y los gritos formaban un concierto tal de entusiasmo y de gozo, que naturalmente se henchía el corazón de piadosos sentimientos.

Cuando las imágenes de la Virgen María y de San José llegaron á la puerta, cesó por un momento aquel bullicio, sucediéndole el sordo rumor de la multitud que las acompañaba; después de

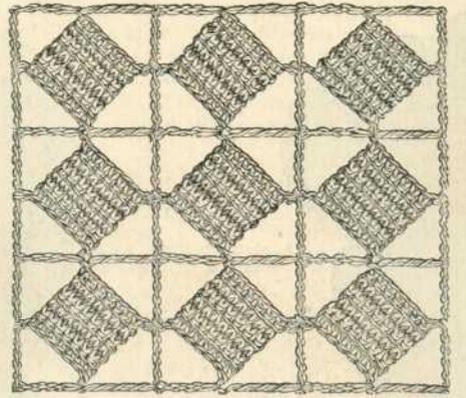


51.—Lazo de corbata de tul pintado.

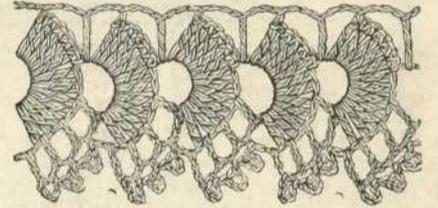


50.—Cuadro de tapicería para ahnoshadon ó taburete.

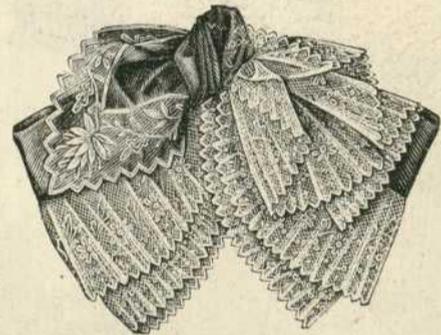
Explicacion de los signos: ■ Negro; ◼ aceituna oscuro; ✕ aceituna mediano; ◻ aceituna claro; | aceituna muy claro; ◻ gamuza oscuro; ◻ gamuza mediano; ◻ gamuza muy claro; ◻ granate oscuro; ◻ granate mediano; ◻ granate claro.



47.—Fondo al crochet.



49.—Encaje al crochet.



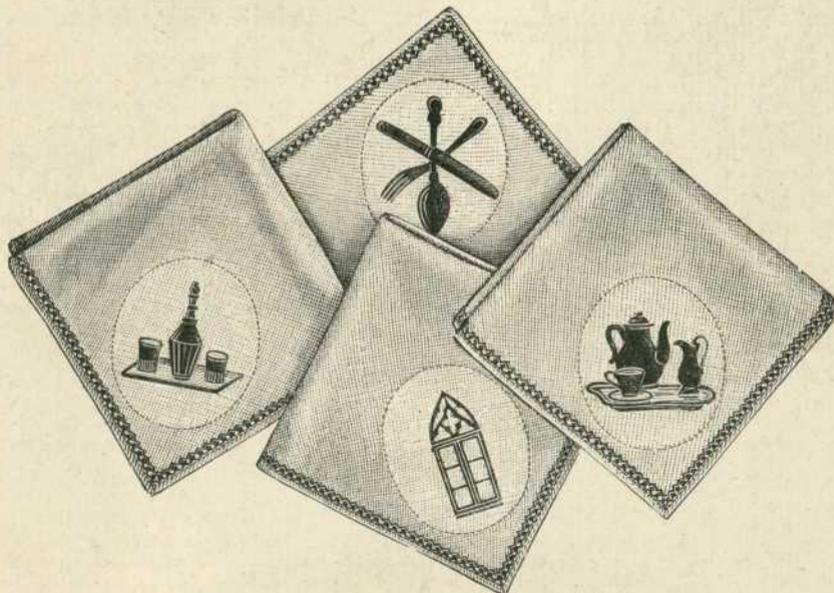
52.—Lazo de corbata de granadina bordada.

del fresco pino. El entusiasmo aumentó, sonaron más alegres las músicas, y numerosos cohetes atronaban el aire en la plaza; los niños, valiéndose de delgados carrizos que ponían en contacto con el agua, producían unos sonidos agradables y alegres, tradicionales en toda fiesta de Noche-Buena. —Concluidos los rezos de costumbre, comenzó á

retirarse la numerosa concurrencia; sólo quedaron algunos amigos de la casa, piadosos campesinos que no se cansaban de ver á la Virgen en su improvisado altar, y por último, algunas otras mujeres del pueblo, que rezaban en respetuoso silencio.

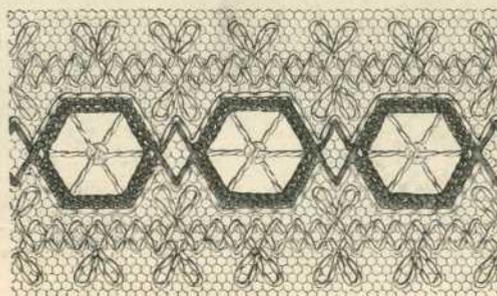
Durante aquella escena, que fielmente veo retratada en mi memoria y que en vano he querido re-

producir aquí, no aparté los ojos un momento de mi querida Piedad: me agradaba ver en su semblante los reflejos de su veneracion y respeto religiosos, que me anunciaban el tesoro de fe al-



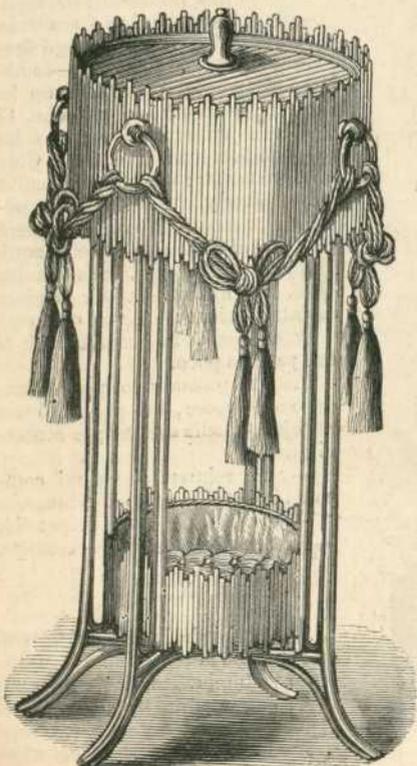
53.—Servilletas caseras.

los cantos, y abierta ya aquélla, la gozosa muchedumbre invadió precipitadamente el salón, radiante de vivísima luz y despidiendo el sabroso aroma del incienso y

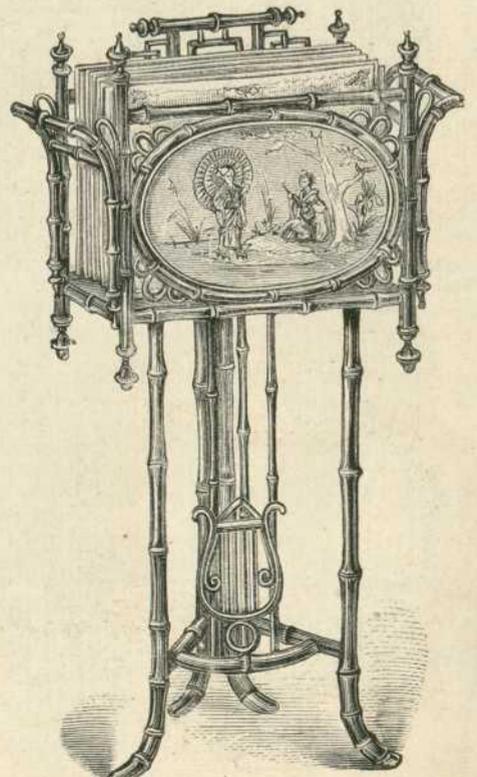


56.—Bordado sobre tul.

bergado en su inocente alma. Ya muy entrada la noche, como ella había rogado á mi madre que la dejase velar á los santos peregrinos hasta que la venciese el sueño, me

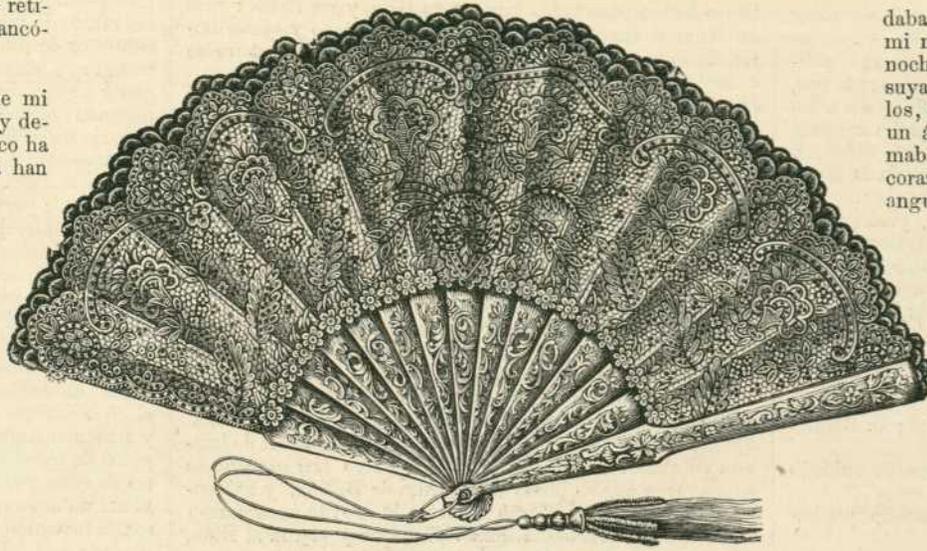


54.—Cesto para ropa de dormir.



55.—Atril para música.

acercué á donde estaba para decirle que se retirara á descansar; y notando su actitud melancólica, le pregunté:  
 —¿Estás triste?  
 —No, no tengo nada; pero ya ves que mi papá no ha venido como me lo ofreció. Hoy debía estar aquí, y el señor D. Julian tampoco ha llegado. ¡Ay! ¿qué habrá sucedido? Nada han mandado avisar, ¿no es verdad?



57.—Abanico de encaje bordado de cuentas.

daba lo que algunos dias ántes me habia referido mi madre acerca del sueño que Piedad tuvo la noche que le sucedió la desgracia de perder á la suya. Soñó que veía á ésta elevarse hácia los cielos, en medio de blancas nubes y conducida por un ángel: ántes de perderse en las alturas, llamaba á su hija, Piedad, que la amaba con todo su corazón, que habia sufrido al verse ya sin ella angustias de muerte y penas superiores á sus

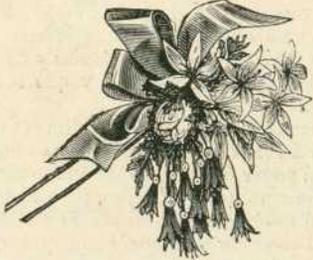


60.—Tocado para baile.



65.—Adorno de flores y cintas.

—No tengas cuidado por eso—le respondí yo para tranquilizarla:—mañana temprano están aquí. Entre tanto, retírate ya, pues es muy noche. Yo me quedo: á la madrugada iré á despertar á uno de mis hermanos para que venga á sustituirme.



58.—Ramo de flores y cintas.



64.—Adorno de terciopelo, raso y encaje.



63.—Tocado para baile.



59.—Ramo de flores y cintas.

—No, todavía no: voy á estar otro rato. Quédate conmigo.  
 Me senté á su lado, y pareció quedar contenta y tranquila; pero luego me dijo:  
 —Yo tengo miedo de que mi papá haya enfermado; es muy delicado. Y cuando va á sucederme algo, el corazón me avisa.... Si vieras, cuando murió mi pobre

fuerzas de niña, elevó á Dios una plegaria rogándole que le concediera morir ántes que su padre para no padecer de nuevo

lo que ya una vez habia padecido. El Señor oyó su ruego, y cuando la madre de la pobre niña entró en el cielo, ella se sintió consolada, pues le parecía que pronto la seguiría á la region de los escogidos.  
 Desde entónces, para Piedad la muerte no tenía nada de temible ni de cruel: en vano se le habia dicho que



62.—Tocado para baile.

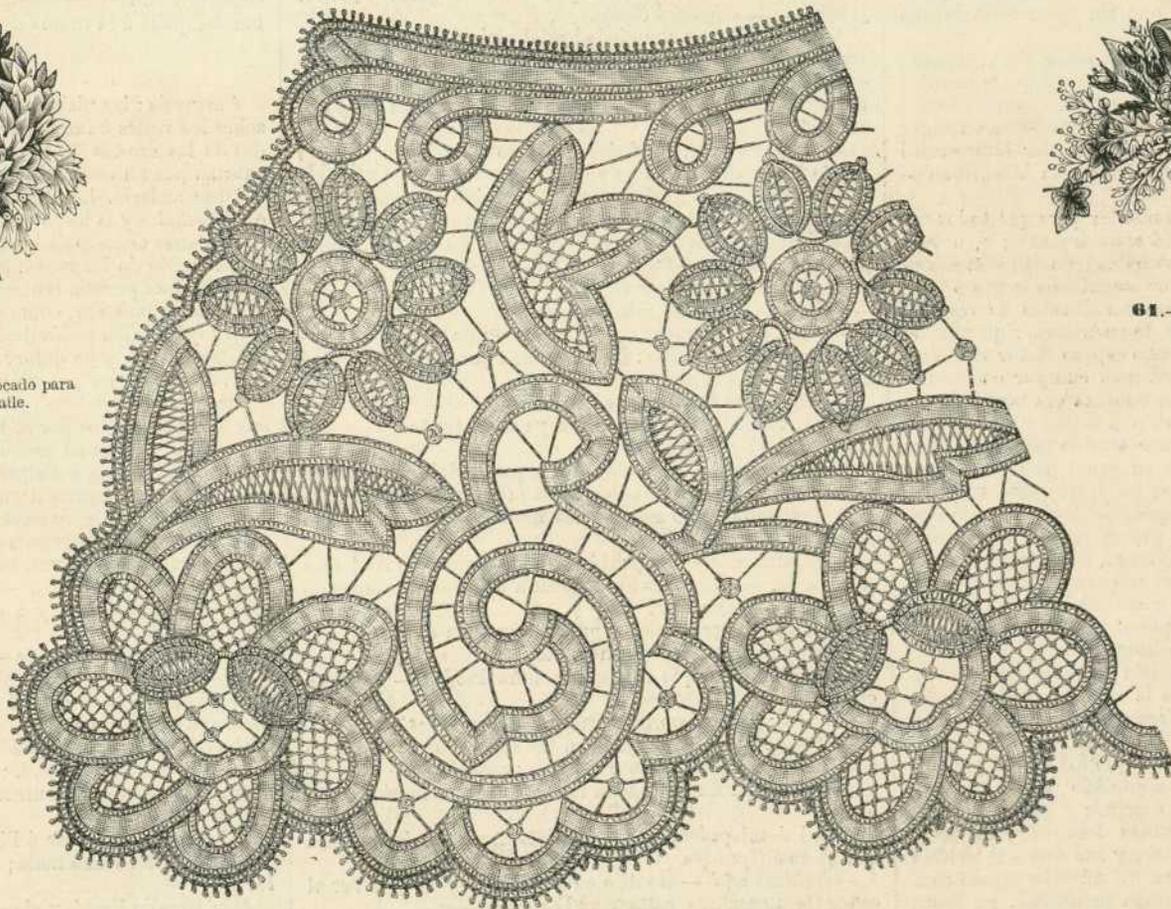


61.—Tocado para baile.

mamá, que esté en la gloria, soñé....

—Pero ¿para qué te acuerdas de eso ahora?—le dije interrumpiéndola.—¿No ves que es afligirte en vano y afligirme á mi?

—Sí, pero hoy no estoy sosegada.... ¡Dios mío! ¡Virgen Santísima!—exclamó con el más hondo acento de sincera piedad y dirigiendo sus ojos al altar,—haced que no le suceda nada á mi papá, porque yo me moriría,



67.—Labor del cuello de encaje inglés.—(Véase el dibujo 66.)

abandonára la preocupacion de aquel sueño, pues en su sencillez y en su candor esperaba que Dios le cumpliera su promesa y que no la dejaria sola en el mundo. Su padre mismo, al ver la tenacidad con que ella creía que moriria primero que él, se habia apenado muchas veces, y no habia podido ménos de entristecerse profundamente pensando cuánta seria su desgracia si aquel ángel, que era todo el encanto de su vi-

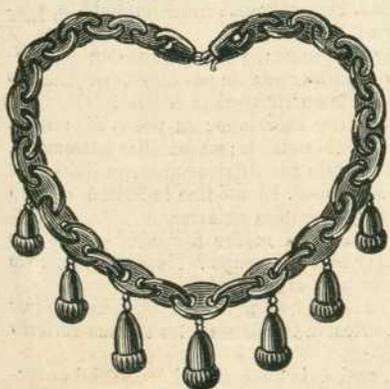
ó mandadme primero la muerte....

Al cabo de una hora conseguí con mis ruegos que Piedad se fuera á descansar, haciendo esfuerzos al mismo tiempo para tranquilizarla.

Y sin embargo, yo mismo estaba ya alarmado: recor-

da, se remontaba al cielo en busca de su madre, dejándole aquí desamparado y solo, sin consuelo ni esperanza ya de volver á ser feliz.

Sobre todo, los temores de Piedad me preocupaban de un modo indecible; me parecía que su



68.—Collar de azabache.



66.—Cuello de encaje inglés.—(Véase el dibujo 67.)



69.—Collar de plata.

sueño iba á ser pronto una realidad, y temblaba. Porque hay momentos en que el amor nos hace creer en todo, áun en los mayores imposibles, siempre que ellos nos anuncian el peligro de perder á la persona amada. ¿Y la inocencia, además, no tiene también sus presentimientos? ¿Por qué aquella aflicción anticipada de la dulce niña, por qué aquella zozobra, cuando ninguna noticia mala había llegado á sus oídos, y cuando, por el contrario, sabía que pronto llegaría D. Braulio? ¿Por qué recordar aquel fatídico sueño en los momentos en que á su alrededor todo era contento, júbilo y animador bullicio? Pensaba en la juventud, la lozania y la frescura de Piedad, y pensaba que era imposible que algún mal la hiriese de muerte; pero si sobreviniera una desgracia, ¿podría resistirle su alma delicada y sensible?... En vano procuraba tranquilizarme yo mismo; aquella preocupación afectaba mi ánimo tan profundamente cual si hubiese sido una realidad, arrebátandome en un momento el sosiego y la alegría de que ántes disfrutaba.

Al amanecer del día siguiente llegó mi padre; D. Braulio no venía con él.

—¿Y mi papá?—le preguntó Piedad, llena de cuidado y casi palideciendo.

—Se quedó, hija, porque dice que tiene mucho que hacer y no puede dejarlo.

Evidentemente, había en mi padre, al pronunciar estas palabras, una estudiada reserva; yo, que lo conocía bien, así lo comprendí; pues ni su serenidad de aquel momento ni la indiferencia de la frase le eran habituales, por más que él hubiese procurado disimularlas dando á su voz un acento de dulzura y de tranquilidad. En efecto, cuando ya Piedad no estaba allí, le dijo á mi madre:

—Don Braulio está enfermo; él dice que no es nada, pero ya sabes tú el peligro que corre de agravarse cuando las punzadas le comienzan y no se les ataca. Quería venir, pero temiendo que le hiciera daño andar á caballo, le obligué á quedarse. Voy á mandar al médico hoy mismo, y si don Braulio sigue malo, nos vendrán á avisar luégo. No digan nada á Piedad.

Esta en todo aquel día estuvo inquieta y molesta; mis palabras apenas conseguían distraerla un momento. Dios mío, ¿cómo le avisaba el corazón lo que iba á suceder!

#### XIV.

Llegó por fin la esperada noche de Navidad, pura y serena, majestuosa y llena de poesía. La luna la iluminaba con todos los resplandores de su clara y plateada luz, y las estrellas lucían en el cielo suave y apaciblemente.

En el pueblo el bullicio continuaba siendo extraordinario; los gritos de entusiasmo, repetidos; la alegría de todos, completa. Numerosos puestos de dulces y de otras sabrosas golosinas, perfectamente iluminados, formaban en la plaza prolongadas y vistosas calles, que sin cesar recorría una concurrencia abundante.

En casa, poco ántes de las ocho, el señor Cura, sentado en un sillón bajo el portal interior y rodeado de muchos niños, refería á éstos la siempre poética, conmovedora y sublime historia de Navidad. Piedad la oía desde un lugar apartado con respetuosa atención y singular interés. Hé aquí lo que el excelente sacerdote decía á su infantil auditorio:

«El Rey de Judea había dado una ley para que todos sus súbditos marchasen á la capital á empadronarse; y, obediéndola, multitud de familias se habían puesto inmediatamente en camino, conducidas por magníficos trenes ó ligeras cabalgaduras, y con todas las comodidades de viaje de que pueden disfrutar los dueños de cuantiosas riquezas. La Santísima Virgen María y su casto esposo Señor San José se dirigieron también á la ciudad para cumplir con la disposición del Rey; pero como su pobreza era muy grande, él caminaba á pie, y la Virgen en una mansa y pacífica pollina. Ya la noche empezaba á caer cuando llegaron á Betlen: venían cansados, y aunque en aquel país eran totalmente desconocidos, y no tenían en él un pariente ni un amigo en cuya casa pudieran hospedarse, San José, sin embargo, queriendo que su santa esposa pasase la noche al abrigo del helado viento del invierno, buscó alguna parte en donde pedir posada. Todos los mesones estaban ya ocupados por ricos comerciantes, por sus criados y áun por sus cabalgaduras, y en las casas á que el Santo Patriarca acudió pidiendo un rincón por toda hospitalidad, se le despidió con desden, porque su presencia bastante pobre y humilde no prometía á sus dueños la más módica ganancia por el alquiler. La Santísima Virgen estaba encinta y comenzaba ya á sentir la hora del parto; pero la maldad de los hombres no había permitido que los santos peregrinos tuviesen todavía un lugar apropiado para recogerse. Ellos, empero, en su angelical sencillez y mansedumbre, sufrieron con paciencia tan repetidos desaires, y elevando al cielo sus miradas, oraban á Dios, y sus almas se sentían henchidas de dulcísima esperanza. El alligido esposo condujo á María á los alrededores de la población, en busca tal vez de la pobre choza de algún pastor, que sin duda se abriría para darles abrigo; pero Dios lo había dispuesto de otro modo. A un lado del camino divisaron un punto negro, y á él se dirigieron: era una solitaria y abandonada gruta que servía de pesebre á los animales del campo. María y San José dieron gracias al cielo fervorosamente, y entraron: la oscuridad era completa, pero á poco observaron que no estaban solos: en el establo se hallaban un buey y una mula, los cuales permanecieron quietos al entrar los fatigados viajeros. ¡La hospitalidad que entre los hombres no habían encontrado, la hallaban al fin entre los animales!

»En aquella gruta, hijos míos, y hácia la media noche, la Santísima Virgen ¡siempre dichosa entre todas las mujeres! dió á luz sin dolor alguno al Niño Dios, más bello y más hermoso que los querubines del cielo. Súbitamente la gruta se llenó de una luz apacible y desconocida, como si todas las estrellas hubiesen enviado sus más suaves resplandores á aquel ignorado rincón del mundo para iluminar la pobre cuna del Hijo de Dios.

El corazón de María, más puro que los copos de la nieve virgen de las montañas, rebosaba en una felicidad inefable y dulcísima: contemplaba respetuosamente y con amor al

Santo Niño, pues sabía que era su Dios y su Señor: veía envuelto su cuerpecito, semejante á un fresco y suave botón de rosa, en pobres pañales, pero su alma de madre se consolaba al sentir que el buey y la mula calentaban el ambiente con su respiración. El Niño Dios sonreía inocentemente al ver á los ángeles que poblaban la gruta y al oír la dulces armonías de sus cánticos.

»Entre tanto, la naturaleza toda celebraba con regocijo el nacimiento del Salvador de los hombres: el cielo estaba sereno y diáfano, como una bóveda de azulado cristal; la luna y las estrellas brillaban con sin igual esplendor, y los ángeles entonaban en las alturas himnos de alabanza y de gozo. El ángel del Señor, mensajero de su voluntad, se apareció á unos pobres y sencillos pastores y les dijo: «Id á Betlen y adorad al Salvador de los hombres, que ha nacido ahora; y le hallaréis en una gruta, recostado en un pesebre y cubierto de pobres pañales.» Y el ángel desapareció, elevándose hácia los cielos y entonando con otros mil este sagrado cántico: «Hossana, hossana, gloria á Dios, gloria al Señor en los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Hossana al hijo de David.» Los pastores se apresuraron á ir en busca de la gruta de Betlen; y habiendo visto lucir sobre ella un brillante lucero, le encontraron donde el ángel les había dicho. Entraron y vieron al Niño, y lo adoraron.»

Calló el señor Cura; todos los chicos se acercaron á él para abrazarlo y recibir sus caricias y sus bendiciones.

—Y ¿por qué hay ahora *misa del Gallo*, señor Cura?—le preguntó uno de aquellos inocentes.

—Para celebrar el nacimiento del Señor—le contestó su bondadoso ministro;—por eso se dice á la hora en que Él vino al mundo. Hoy, todos ustedes deben rogarle que los proteja y que mande sus bendiciones sobre sus familias; pedirle que los haga buenos, para que nunca le ofendan cuando sean grandes. Hoy, todo lo que los niños le piden con buen fin, lo concede, pues como Él también fué niño, ama á los niños con singular predilección.

El infantil concurso comenzó á disolverse en medio de la mayor alegría, llamado por el bullicio y el entusiasmo que reinaban en la plaza y en las calles. Música, cohetes, cantos, todo producía una animación sin igual, y daba al pueblo un aspecto inusitado y extraordinario.

¡Bendita y hermosa noche, que así reúne en fraternales fiestas á los habitantes de los pueblos cristianos! ¡Bendita Navidad, que hace olvidar todos los pesares, y cuyo principal y más raro secreto consiste en derramar la felicidad y el bienestar en los corazones que creen!.....

#### XV.

Y aquel movimiento uniforme y general, lejos de terminar, parecía crecer á medida que avanzaba la noche; todos esperaban la *misa del Gallo*.

Volví á observar que Piedad estaba triste; yo, por el contrario, me sentía dichoso y tranquilo ya, pues confiaba en que D. Braulio no habría seguido malo, y en que el médico habría cortado acertada y eficazmente los avances de la enfermedad.

—Tranquilízate, Piedad—decía yo á la jóven;—¿qué puede haber sucedido á tu papá?

—No sé.... pero ¿por qué no ha venido entónces? Habría dejado cualquier quehacer.... ¡y él, que, segun me ha dicho, nunca ha faltado una sola vez en su vida á la *misa del Gallo*, hoy va á faltar!.... ¡Y ese sueño!....

—¿Insistes en pensar en él?

—¿Cómo no, si no puedo olvidarlo?

—¿Qué temas, pues?.... Tú estás buena.... mañana verás á tu papá temprano: si él no viene por tí, yo te llevaré con mi padre á la montaña.

—¡Ay! ¿me lo prometes?

—Sí, Piedad; pero no pienses ya en el sueño.

—No, no; ya no pensaré.

Dieron las once, y un alegre repique se dejó oír en aquel momento: era la primera llamada á la *misa del Gallo*. Pero casi al mismo tiempo sonaron las herraduras de un caballo en el patio.

—¿Quién es?—pregunté adelantándome.—¡Ah! eres tú, Miguel—agregué, al reconocer á uno de los criados de D. Braulio.—¿Que hay?

—El señor sigue malo, y quiere que vaya el señor Cura. Estas palabras me helaron la sangre.

—Dice también que se vaya la niña Piedad—continuó el criado.

—Pero ¿por qué no has venido á avisar ántes?

—Porque él no había querido. Creo que el señor Cura no podrá ir sino hasta que pase la *misa*; ¿verdad?—me preguntó Miguel.—Al fin hay buena luna: llegaremos allá al amanecer.

Avisé á mi padre, que inmediatamente dió orden para que se ensillaran los caballos.

—Quédate aquí—me dijo en seguida;—yo voy á ver al señor Cura para que partamos al salir de *misa*.

—Pero el tiempo urge—le repliqué.—Sería bueno que Miguel se adelantara con esas medicinas que encarga el médico.

—Pues mándalas traer, y que se vaya. Entre tanto, evita á todo trance que Piedad sepa esto ántes de partir.

Pasada media hora, nos dirigimos todos á la iglesia: yo sufría dolorosamente al pensar en la gravedad de D. Braulio, y rogaba á Dios desde el fondo de mi corazón que evitara á Piedad una desgracia en la que pudiera peligrar su vida. Las almas de sensibilidad exquisita como la suya apenas pueden resistir las pruebas que el cielo les envía.

Cuando entré en el templo, profusamente iluminado y lleno de deliciosos perfumes, experimenté una sensación indefinible: se confundían en mi alma la tristeza de que me hallaba poseído y el natural regocijo de contemplar aquel imponente cuadro; junto á mis temores y mis inquietudes presentes veía surgir del fondo de mi imaginación los gratos y tiernos recuerdos de otro tiempo; y así, conmovido hondamente, y casi con las lágrimas en los ojos, contemplaba el nacimiento levantado en el altar mayor.

Estaba éste adornado con sencillez y con arte: multitud de blancos cirios ardían en él; y el heno, cuyas hebras se

mezclaban á otras de plateada escarcha; las frescas y olorosas ramas de pino; los graciosos canastillos de verde hierba cubiertos de pintadas flores, y otros mil adornos campesinos, lo cubrían por todas partes. Las imágenes de la Virgen y de San José, inclinadas en actitud de tierno respeto, parecían contemplar algo que en medio del altar se ocultaba bajo un velo de blanco lino, el cual debería rasgarse poco despues de comenzada la *misa*. Una multitud inmensa llenaba la única nave del templo, y rezaba callada y fervorosamente; ¡cuadro conmovedor el de aquel pueblo sencillo y creyente, que así acudia, en medio de la oración y del silencio, á recordar la escena que en un país remoto había tenido lugar hácia diez y ocho siglos! En el momento en que el sacerdote entonó el sagrado cántico *Gloria in excelsis Deo*, rasgóse el velo del altar que cubría al Niño Dios, y éste apareció dulcemente recostado en un lecho de paja. Las músicas prorrumpieron en alegres sonos, repicaron las campanas, escuchóse el coro de argentinas voces que elevaban al cielo himnos de entusiasmo, y todo fué, en fin, regocijo y armonía. Aquellos cantos, que brotaban de los corazones puros de inocentes niños, y los suaves acentos de las flautas de caña que los acompañaban, daban á la fiesta de Navidad un aspecto especial, propio tan sólo de ella. Yo me sentía henchido en aquellos momentos de dulce y tierna piedad; y el delicado aroma del incienso, el fresco olor de las hierbas del altar, el júbilo inmenso que brillaba en los semblantes, la respetuosa actitud de todos y el fervor con que dirigían á Dios sus oraciones, todo comunicaba á mi alma un bienestar inefable, y la hacía gozar doblemente con estas pompas de las ceremonias y fiestas cristianas, tan llenas de poesía y de verdad, y que tanto conmueven el espíritu.

Cuando, pasada la *misa*, salimos todos de la iglesia y me reuní á Piedad, anuncié á ésta que inmediatamente nos íbamos á poner en camino para la montaña. Al principio pareció alegrarse en extremo, pero al llegar á casa y ver que iban á acompañarnos mi madre y el señor Cura, y sobre todo, al observar el silencio con que se hacían los preparativos de viaje, la cuidada reserva con que hablábamos todos y que procurábamos guardar cerca de ella, se alarmó de tal manera, que temí lo hubiese comprendido todo. Nada nos dijo, sin embargo; permaneció callada, una mortal palidez cubrió su hermoso semblante, y á la luz de la luna vi brillar algunas de sus lágrimas. Mi madre, que para ir la preparando á las fuertes emociones que quizá iba á recibir, le había ya dicho que su padre estaba algo enfermo, procuraba consolarla, asegurándole que el médico se hallaba á su lado, y que nosotros llegaríamos á tiempo para atenderlo más eficazmente.

Así, alumbrados por la luna de Navidad y guiados por un sacerdote, mis padres, Piedad y yo nos dirigíamos en silencio y con el corazón atribulado, al lecho de un moribundo, quizá á la tumba de un muerto.....

#### XVI.

Amanecía: las nieblas, como gasas vaporosas, se mecían sobre los valles á impulsos de la brisa matinal, ó suspendidas de las crestas de la sierra, y deslizándose sobre ellas, cubrían por un momento los collados, envolviéndolos en su flotante sudario. La escarcha cubría las piedras, las hojas de los árboles y la hierbecilla del campo; y á lo lejos comenzaba á oírse el canto de los gallos, los ladridos de los perros y el mugido de las vacas: todo despertaba en la montaña, y la naturaleza parecía renacer á una nueva vida. El concierto de la mañana era, como siempre, animado y espléndido; pero ¡ay! ¿quién podía disfrutar de él en aquellos momentos de aflicción y de dolor?

Vi á Piedad, no gozosa y feliz como otra vez, sino con su hermosura marchita por el insomnio y las lágrimas, con sus ojos empañados por el llanto, y con la impaciencia y la pena retratadas en su rostro.

El sol empezaba á disipar las nieblas y á dorar las cimas de los montes cuando divisamos en el fondo de la pintoresca cañada la alegre casita de D. Braulio: á su vista, un nuevo torrente de lágrimas brotó de los ojos de Piedad, y nuevos sollozos ahogaron las quejas en su garganta.

—Consuélate—le dije—ya vamos á llegar. El médico está aquí desde ayer, y á estas horas tu papá debe estar muy aliviado.

—No te aflijas así, niña—le dijo también el señor Cura.—Dios todo lo puede, y debemos dirigirnos á Él siempre, pidiéndole sus mercedes. Y en todo caso, debemos acatar y bendecir su voluntad.

Cuando llegamos, el médico nos dijo:

—Está ahora durmiendo; el reposo le ha faltado desde ayer, hasta hace un momento, en que al fin pude conseguir que se durmiera.

Y luégo, refiriéndose á Piedad, agregó:

—Esta niña viene mala; á ver el pulso.....—sí, trae ca-

luntura.

Don Braulio llamó, y el médico, sin concluir de examinar á la niña, que estaba pálida, acudió al cuarto del enfermo. Luégo volvió.

—Les ha sentido á VV.—nos dijo;—quiere que entren, y pregunta por Piedad. Pero sálganse inmediatamente, porque necesita de reposo.

Piedad se adelantó á nosotros, y arrojándose en los brazos de su padre, desató el torrente de sus lágrimas. ¡Cuánto nos conmovió y nos hacía sufrir aquella escena!

Don Braulio estaba muy cambiado; en pocos días había enflaquecido de un modo notable; su palidez extremada, su debilidad, las huellas de sus sufrimientos, le daban un aspecto tristísimo y lastimoso. El médico le indicó que no hablara una palabra y que evitara agitarse.

—No llores, hija—decía mi madre á Piedad.—¿No ves que eso le puede hacer mal á tu papá? Necesita ahora de tranquilidad; vámonos para afuera.

—¡Ay, Dios mío!....—se quejaba D. Braulio, herido por el terrible dolor, y contestando apenas á las tiernas caricias de su hija.

Apartamos á ésta, casi á la fuerza, del lecho del enfermo, porque era preciso dejarle en sosiego, y porque su aflicción podía hacerle mucho mal; cuando la llevamos á

su cuarto, por orden del médico, para que éste concluyese de examinarla, la frente de la pobre niña ardía con el fuego de la fiebre, su cuerpo temblaba, y en sus miradas vi con espanto esa vaguedad, ese brillo siniestro de los que no se dan ya razón de sí mismos.

—¡Santo Dios!—dijo el médico preparando en la pieza contigua una enérgica bebida;—esta niña se pone grave. ¿Estuvo en la *misa del Gallo*?

—Sí—le respondió mi madre.

—Pues su aflicción ha avivado la calentura que se apoderó de ella al salir de la caliente atmósfera de la iglesia; el frío de la mañana le ha hecho muchísimo daño después de aquel calor.

—¡Dios mío! ¡el sueño!—exclamé yo fuera de mí al oír estas crueles palabras.

—Todavía puede ser tiempo,—dijo con serenidad y con confianza el prudente facultativo.

XVII.

Sucedió lo que el médico temía; el abrasador y envenenado fuego de la fiebre se apoderó de aquel cuerpo delicado, y con la rapidez del rayo produjo en él casi instantáneamente sus destructores y mortales efectos. El delirio vino luego, alarmante, terrible, espantoso, y en un momento se declaró la crisis de que depende muchas veces la salvación del enfermo. Si el médico acertaba al combatirla y triunfaba de ella, cuando llegaba la noche, llegaría también a nuestras almas la consolaora esperanza. Entre tanto, mi padre procuró ocultar á D. Braulio la nueva desgracia que pesaba sobre él; si llamaba á Piedad, le distraía con su conversación y disculpaba su tardanza, inventando cualquier pretexto; el pobre señor se resignaba á esperar diciendo: «Es mejor; así no me verá padecer estos dolores que me matan.»

El señor Cura, después de haber prestado á D. Braulio los auxilios espirituales, quiso detenerse aún en la montaña para no regresar al pueblo hasta la tarde; pero al ver que Piedad seguía muy grave, difirió su marcha para el día siguiente, pues no quería faltar, como él dijo, en el trance fatal en que la inocente y buena niña pudiera verse. Don Braulio se sintió mejor, entrando poco después del medio día en un sueño profundo y tranquilo; el médico no dudó ya de su salvación.

Pero ¡ay de mí! cuán dolorosos fueron los sufrimientos de mi corazón en aquel día inolvidable! Durante él ni mi madre ni yo nos apartamos un momento del lecho de Piedad. Hoy, que lo recuerdo, no comprendo cómo pude tener ánimo para hacerlo así. Con miradas angustiosas seguíamos los movimientos de la enferma, que en medio de su delirio repetía el nombre de su padre alternado con el mío: su respiración era agitada; su inmovilidad á veces aterradora y funesta.

A la entrada de la noche los síntomas de una reacción poderosa, que el médico esperaba después de la aplicación de enérgicas medicinas, no habían aparecido aún; y si bien la confianza alentaba todavía en nuestros corazones, en aquel momento todo lo creíamos perdido. Mi aflicción entonces no conoció límites: sentí algo extraño en mi alma, el olvido de mí mismo; estaba como sofocado, y todo se presentaba á mis ojos anunciándome la más cruel de las desdichas, el más amargo dolor que á la sazón podía sufrir. No supe qué fué de mí aquella noche: después me dijeron que había caído en una especie de sopor ó desvanecimiento, que me tuvo sin sentido durante muchas horas, y que aumentó el desconsuelo y la angustia de la familia.

Ya á la madrugada pude volver al lado de Piedad: la pobre niña, después de una hora de reposo, en que el señor Cura recibió su confesión, había entrado en un segundo delirio: aquella vez repetía mi nombre con más frecuencia, si bien sus exclamaciones eran tranquilas y lentas.

—¿Lo ves?—decía—no me engañé.... Y tú, que creías que íbamos á estar muy contentos esta Noche Buena!.... ¡Mira á los santos peregrinos! ¡cuántas luces hay en el altar! ¡qué olor tan agradable! Han quemado mucho incienso. Julio, ¿ya están los caballos? Vámonos ya, porque es muy tarde.

Y luego, después de un momento de silencio, continuaba con acento cariñoso:

—No te aflijas: ya no pensaré más en el sueño. Mira, como te quiero mucho, no quiero que suceda; me da miedo.... No, no, Dios mío.... Julio, Julio, vén, no te vayas: siéntate aquí, junto á mí. Eso es: ya no estoy triste.... Pero mi papá no viene. ¿Qué le habrá sucedido? Julio, no te vayas, te lo ruego, no me dejes sola. Avisa á mi papá que ya llegamos. ¡Qué gusto le va á dar!.... ¿No está enfermo, verdad?.... Desde aquí veo la gruta de Betlen: ¡cuánta luz! Y el Niño se sonríe....

Esta escena nos llenaba de dolorosa pesadumbre: sin apartar la vista del médico, seguíamos con ansiedad todos sus movimientos y todas sus miradas, queriendo sorprender en ellas los temores ó las esperanzas que su atenta observación le inspirara. ¡Ay! ¿para qué recordar aquellas últimas horas, pasadas bajo el mismo techo que había visto correr los pacíficos años de la niñez de Piedad? ¿Para qué atormentar mi corazón trayendo á la memoria los pormenores de aquellos momentos de amargura, de dolor y de lágrimas?

Al amanecer, el cuerpo de Piedad, semejante á la marchita azucena de la montaña, descansaba sobre almohadones de blanco lino, entre cuatro cirios, cuyas llamas agitaba blandamente el helado viento matinal.

¡Ay de mí! ¿de dónde tuve fuerzas para contemplar tan doloroso cuadro? Si la amaba tanto, si mi vida estaba ya sólo en la suya, Dios mío, ¿cómo pude sobrevivir á su muerte?....

XVIII.

La noche de aquel día fatal me sorprendió en el cuarto mortuorio, inmóvil, con la mirada fija en el pálido rostro de la niña. En sus ojos, medio entreabiertos aún, y en sus labios, que parecían sonreír, había todavía aquella cándida expresión de inocencia que jamás le había faltado.

Estaba yo allí con ella, solo, entregado á mi dolor, padeciendo con amargas reflexiones y fúnebres pensamientos. Deseaba morir.

Abri la ventana: un aire frío, impregnado de los olorosos perfumes de la sierra, penetró en la estancia. Yo me sentía arder, y por mí frente corría un sudor helado: apenas tenía fuerzas para sostenerme.

La cariñosa solicitud de mi madre vino á alejarme de aquel lugar, y al día siguiente, cuando yo desperté, Piedad ya no estaba allí. Sus inocentes y queridos restos descansaban ya en el cementerio de la montaña, lugar sagrado, donde pronto las flores rodearían su tumba.

Méjico.

VICTORIANO AGÜEROS.

LAS HIJAS DE LORD OAKBURN,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR MISTRESS WOOD,

TRADUCIDA POR \*\*\*.

(Continuacion.)

CAPÍTULO VIII.

A orillas del mar.

¡Siete años! Mirando al porvenir, es un tiempo largo. En el presente es un tiempo largo también, porque se cuentan los años, los meses, las semanas, los días y las horas. Mas en el pasado, siete años no es nada; es como una gota de agua en el mar, un punto apenas perceptible en la vida.

Siete años han pasado para los personajes de esta historia. Vamos á reanudar ahora relaciones con algunos de ellos.

Algunas señoras, en la época de baños, están reunidas en Seaford, una de las playas más conocidas de Inglaterra. Las hay que cosen hablando; otras están mirando al mar y aspirando la brisa; otras, en fin, se ocupan de sus hijos, que juegan.

Unas señoritas han formado grupo aparte, y la conversación parece muy animada. De todo hablan. En aquellos momentos la envidia cierne sus alas sobre el grupo.

—Diga V. lo que guste, miss Lake, es el joven de mejores maneras que hay en Seaford. ¿Es ó no verdad?—preguntó, dirigiéndose á sus compañeras.

La que habla es una joven alta, hermosa, pálida, la hija del general Vaughan. Miss Lake, á quien ella se dirige, es fea y pendenciera. En lugar de contestar, hace un movimiento desdoso con los labios.

—Poco me importa su distinción. Los personajes distinguidos son pretenciosos en general.

—Lo que puede decirse de él es que es muy simpático.—dijo otra muy joven, Fanny Darlington.—Anoche bailó dos veces conmigo.

—Eso es, no ha invitado á bailar á esa pobre miss Lake; por eso le critica esta mañana.

—Bailar no significa nada,—replicó miss Vaughan.—Un caballero podrá muy bien bailar con V., sin que esto conduzca á nada, y puede muy bien amar á una á quien no haga bailar una sola vez.

—Usted dice eso, Elena, porque algunas veces se sienta al lado de V. en los salones y se pasa las horas muertas hablándola,—repuso Fanny Darlington, que no se mordía la lengua.—No me parece que ese joven se ocupe gran cosa de ninguna de las que aquí estamos.

El color carmesí de Elena Vaughan la hizo traicion. Volvió á un lado la cabeza como para indicar que no debía contestar.

—¿Quién era la linda joven que anoche estaba con él en el salon?—preguntó miss Lake.

—Estoy segura de que ayer no ha conversado con ninguna linda muchacha,—exclamó Elena Vaughan.

—Ya me figuro lo que miss Lake nos quiere decir,—volvió á contestar Fanny.—Era muy bonita. Estaba sentada al lado de una señora alta y de gran tono, que parecía una diosa de la antigüedad. Mr. Grey se presentó y la invitó para bailar; ella contestó que su madre no lo consentía. Él entonces se dirigió á la señora alta, y la preguntó si era verdad.

—Una dama bien fea, aunque de grandes maneras,—dijo Augusta Lake.

—¿Por qué me interrumpe V.? La dama contestó que sería mejor que no bailase con él, porque entonces no habría medio de rehusar á los otros.

—Algunas gentes de la clase media, que pretenden imitar á las clases elevadas, y no consideran los salones como dignos de ellas,—hizo observar con mucha sorna la hija del general.

—No me parece que sea así,—dijo entonces otra joven que no había hablado todavía.—Son gentes de distinción.

—¡Qué disparate!—contestó miss Lake.—¿De qué lo sabe V., Mary Miller?

—¿Para qué me sirven los ojos? ¿Habrán visto ustedes en la playa ayer por la mañana á un niño acompañado de una doncella y de un criado negro?

—Bien, ¿y qué significa?

—Por la tarde la he visto en coche con el niño. Deben ser personas de distinción.

—Y ¿por qué?—repuso Elena Vaughan bastante irritada;—todos van en carruaje en Seaford. ¡Qué tonterías dice usted, Mary Miller! Por seis schillings por hora, todas podemos tenerlo en casa del maestro de coches.

—No digo lo contrario; pero aquél no era dealquiler. Los criados, con peluca; uno de ellos, con el bastón de puño de oro; el arnés de los caballos, de plata, y las potezuelas, con la corona de Conde.

Si Mlle. Miller hubiese añadido que el blason llevaba un dragon vivo, no hubiese producido mayor sensacion.

—¿Una corona!

—Sí. De manera que si es, como así parece, hija de un Conde, está en su derecho no exponiéndose á bailar en los salones del Casino y ser atropellada por algun dependiente de Londres. Sea dicho sin ofender la opinion de Miss Vaughan.

—Singular me parece que no los haya yo visto,—contestó la última.

—No estuvieron mucho tiempo; no hicieron más que entrar y salir. Sin duda por curiosidad Mr. Grey salió acompañándolas, y se volvió en seguida. La debe tratar con mucha intimidad.

—Serán de la clientela,—interrumpió miss Lake.— Los médicos son siempre....

—Augusta, mire V. que viene; no le pregunte quién son.

Un joven alto, bien parecido, se dirigía hácia el grupo. Era, como aseguraba miss Vaughan, de gran distinción. La expresion de inteligencia que brillaba en sus facciones le hacia parecer de más edad de la que en realidad tenía. Aparentaba unos veinticinco años.

Más que por su belleza, era estimado por la distincion de sus maneras. Era un *gentleman* en toda la extension de la palabra. La franqueza, la amabilidad con todos son el gran secreto de popularidad para los que poseen estas cualidades.

Los lectores habrán adivinado quién es; un antiguo conocido. El impetuoso joven de otro tiempo, Federico Grey, pero Federico hecho un hombre.

Increible parecia el cambio de fortuna de Mr. Stephen Grey. Habia sido lento, pero progresivo. Ocho años ántes no era más que un pobre médico de Wenlock-Sud, que hacia él mismo las medicinas: hoy era sir Stephen Grey, baron y uno de los médicos de la Real cámara.

La transicion fué, como hemos dicho, lenta, pero gradual. Poco después de su llegada á Londres fué cobrando crédito. Su clientela se hizo considerable, y estuvo en boga. Después le nombraron médico de Palacio. Hacia un año que tenía el título de baron, y el diploma se había concedido á Stephen Grey y sus herederos para siempre. Tal vez no había en todo Londres un médico más popular.

Federico debía graduarse dentro de poco tiempo. Hubo una interrupcion en sus estudios de Medicina. Cuando sir Stephen mejoró de posicion, le pareció conveniente que su hijo recibiera una instruccion más sólida, y le envió á seguir las clases de la Universidad de Oxford. Nada hay, pues, de extraño en que todas las señoritas que estaban de baños en Seaford fijáran en él sus miradas. Heredero de una baronia y de una gran fortuna, con su finura, su bello carácter y otras prendas, debía ser una conquista envidiable.

Lady Grey, á causa de su poca salud, había venido á tomar los aires del mar, acompañada de su hijo. Llevaba sólo quince días; Federico había hecho gran efecto en el grupo de jóvenes casaderas, aunque sin pretenderlo.

¡Qué cambio se produjo en todas ellas el acercarse aquel joven! Las más indiferentes se agitaron. Cada una pretendía ser el punto de mira de sus preferencias.

Federico tomó la mano de algunas, dirigió la palabra á otras y supo ser amable con todas. Elena Vaughan quiso, como siempre, ser la preferida. Nada de esto notaba Federico.

—¿Cómo está lady Grey?—preguntó Fanny Darlington.

—Muy delicada. No vendrá hoy á la playa.

—¡Qué lástima!—dijo Elena.—¿Yo que la estaba esperando! Mire V. la labor que estoy haciendo, Mr. Grey.

—Me parece bastante difícil,—contestó sonriendo el joven.

—No sé cómo hacer. Lady Grey me la había arreglado, y sin ella no podré continuar. Iria á su casa para hacerle algunas preguntas.... ¿Está en disposicion de poderme recibir?

—Sí. No lo dude usted.

—Me parece que voy á ir. No puede quedarse así mi labor. Tengo prisa; es un regalo de boda.

—Mi madre recibirá á V. con el mayor placer.

Elena dió unos cuantos pasos y se detuvo.

—Mamá no quiere que vayamos solas por la calle, ahora que me acuerdo.

Augusta Lake no quiso disimular su sonrisa.

—¿Me permite V. que yo la acompañe?—le preguntó Federico.

No podía hacer de otro modo.

—Sí, sí, gracias. ¡Cuánto siento dar á V. tanta molestia! Y se puso muy colorada.

Se había dirigido hácia ella, cuando un niño le cogió por las piernas y le hizo dar un paso atrás.

El niño vestía una blusa muy sencilla de color oscuro y un sombrero de paja con cinta de color. Por el traje no se podía adivinar á qué familia pertenecía.

—¿De dónde vienes, Frank?—le preguntó Federico.

—Mamá, que está aquí, me ha dicho que viniera contigo.

Todas las jóvenes se acercaron.

—¿Quién es ese niño, Mr. Grey?

—Dí quién eres, Frank,—le dijo Federico, que le cogió en brazos.

Frank no quiso contestar. Se había intimidado.

(Se continuará.)



REVISTA DE MODAS.

Paris, 24 de Diciembre.

La elegancia y el lujo parecen haber elegido domicilio en Paris este invierno. Estoy tentada por afirmar que nunca se había visto en las reuniones tan gran número de damas distinguidas por su belleza y vestidas con tan rara perfeccion.

Es verdad que nuestras modistas realizan prodigios de habilidad y buen gusto, y que por poco que una señora tenga gracia y elegancia naturales, está encantadora con los trajes admirablemente artísticos que actualmente se confeccionan.

He notado en mis correrías por los principales obradores dos trajes de convite que merecen una mencion especial. El primero de estos trajes era de tela brochada de terciopelo

granate sobre fondo de oro antiguo, raso color de oro antiguo y faya granate.

Un vestido princesa de brochado de terciopelo se abría, desde el cuello, sobre un chaleco y un delantal de raso oro antiguo, ajaretado en medio. Sobre el delantal se escalonaban unos lazos flotantes de raso granate con preciosas agujetas de pasamanería. Dos solapas grandes de faya granate rodeaban el delantero del vestido é iban medio cubiertas con un encaje de cuentas blancas y ámbar. La parte inferior del delantal iba guarnecida de un rizado fruncido de oro antiguo, puesto sobre un rizado de faya granate. La cola de brochado formaba un puf que iba sujeto con lazos flotantes de raso y agujetas. Por encima del puf sale de la costura del vestido una especie de acuchillado de faya, forrado de raso, del cual sale un segundo lazo flotante de raso, que cae sobre el puf. La manga es de forma *marquesa*, con cartera granate y guarnición ajaretada de raso color de oro antiguo. Este vestido era suntuoso, pero no más que el segundo que voy á describir.

Era de brocatela azul pavo real y tela brochada india azul y oro. Estas dos telas eran sumamente nuevas y lujosas. La brocatela tenía un dibujo de magníficas plumas de pavo real, matiz sobre matiz, y el bordado indio presentaba un damero, cuyas casillas tenían el fondo oro y azul con magníficos dibujos.

La falda era de raso azul pavo real. La parte inferior del delantero, fruncida y adornada con cuatro tableaditos de raso que rodeaban la falda. Una banda plegada de brocatela, guarnecida con una tira de brochado, formaba el delantal y se dirigía al sesgo sobre el lado izquierdo. Un magnífico encaje de cuentas de los colores del traje, figurando palmas, entre las cuales caía un fleco de felpilla, rodeaba la tira de brochado. Lo parte de detras del vestido la componía una magnífica cola de brocatela, adornada á la izquierda con una solapa de tela brochada, y á la derecha con una escala de lazos de raso color pavo real. El corpiño se abría en forma de tridente sobre un peto de tela brochada. Un cuello Médico y una gola de encaje guarnecían el escote. La falda era de forma frac. Las piezas del medio, muy anchas y plegadas, ofrecían el aspecto de una mariposa, cuyo cuerpo iba cubierto de un magnífico lazo de raso. La manga iba recortada de manera que mostraba en su parte inferior un triángulo de tela brochada, y terminaba en un bias de raso, otro de brochado y un puño de encaje.

Creo haber indicado en una de mis anteriores revistas que el color morado pugnaba por hacerse un puesto en el dominio de la moda. Todo lo que es morado, desde la escabiosa hasta el lila, se manifiesta, de algunos días á esta parte, bajo el patronato de las damas más distinguidas.

La Marquesa de Galifet, cuyos trajes ponen la ley, se ha presentado en una sesión parlamentaria con un magnífico vestido de raso *escabiosa*. Como abrigo llevaba una visita muy larga de raso, del mismo color del vestido, y guarnecida de piel de martá.

La Condesa de Pourtalés ha causado viva sensación en un salon del *faubourg de Saint Honoré* con un vestido de baile de brocatela morada, ó mejor dicho, de color de esa preciosa flor llamada *Eucharis*. El vestido iba todo él guarnecido de encajes y de cuentas blancas. La Condesa llevaba en los cabellos dos de esas maravillosas flores, y otras dos iguales en el pecho, todas ellas naturales.

Los vestidos de baile han sufrido cierta modificación este invierno. La manga, que era ya tan corta en los años anteriores, desaparece á menudo para dejar el puesto á una guarnición plegada, que adorna el escote y pasa sobre el hombro, donde va fijada con una joya, una flor ó un lazo. Lo mejor es un adorno de brillantes ó de perlas, ó bien una joya artística, que da al corpiño cierto parecido á los trajes greco-romanos.

Diríase que nuestro capricho no encuentra satisfacción más que en la copia de modas pasadas. Lo que más nos seduce es lo que nuestras abuelas han llevado. Para que una forma tenga verdaderamente éxito es necesario que nos recuerde una época ó un personaje cualquiera de la historia. Mis lectoras conocerán el cuello *Delfin*, copiado de un retrato de Luis XVII. Ahora tenemos el cuello *rey de Roma* y el vestido *Maria Antonieta*. Este vestido merece una descripción por su elegancia, mezclada de sencillez y coquetería.

Se compone, en primer lugar, de una falda redonda, guarnecida en forma de delantal, que es la única parte de la falda que se ve. Por encima va un vestido princesa de cola muy larga. Los delanteros se abren sobre el delantal, donde van fijados con broches. El corpiño, escotado en cuadro en el pecho, cae recto á 15 centímetros por encima de la cintura, donde va cortado, como los fraques de los *incrébles*. Un chaleco igual á la falda y abrochado con botones gruesos completa este corpiño. Una esclavina, ó más bien una especie de cuello grande, va puesto en el borde de la abertura del corpiño. Un fichú de tul ó de crespón aparece por dentro del escote. La manga es enteramente lisa, ajustada y con puño igual al fichú. Por detras el vestido es de forma princesa, pero una cordonadura que sigue todos los contornos del vestido sube sobre la costura del medio, para figurar la abertura de la hopalanda que llevaban los hombres en aquella época.

En el dominio de los accesorios tengo que notar los pañuelos de todos géneros que este año ha creado la moda. Se les llama pañuelos, sin duda, por analogía.

No he visto jamás nada tan deliciosamente bordado como estas verdaderas monerías; unos son de *surah*, rodeados de

guirnalda de flores; otros, de rico brocado indio; algunos, laminados de oro, y finalmente, los tejidos más nuevos y más lujosos se emplean en su confección.

Seguramente que al crear todos estos pañuelos se ha tenido en cuenta la posibilidad de transformarlos en tocados de casa. En vez de recurrir á una lencera, toda señora un poco hábil podrá, por medio de estos fichús, prepararse toda una colección de cofias tan caprichosas como sencillas. Con algunas puntadas, uno ó dos alfileres de oro ó una joya cualquiera, se transforma instantáneamente el aspecto de estos cuadros de telas bordadas que con tanta impropiedad se titulan pañuelos.

Otro accesorio, si no tan delicado, por lo ménos más útil, la enagua blanca para los trajes de calle, en invierno, está completamente abandonada. Tiempo há que las señoras modestas habian renunciado á la enagua blanca, reemplazándola, por economía, con una falda de cachemir negra. Ya no es la economía, sino la moda la que condena la enagua blanca en invierno, adoptando en su lugar las enaguas de *surah* negro, ó lo que es aún más elegante, las enaguas de raso negro, guarnecidas de rizados ó de volantes y ajaretadas en medio por detras.

Se hacen estas enaguas de dos maneras: muy cortas, como los refajos antiguos, ó bien mucho más largas, pero que, sin embargo, no tocan al suelo. La enagua de raso negro se lleva con todos los vestidos; pero existe aún un grado superior de elegancia, que consiste en hacer la prenda que nos ocupa de raso del mismo color del vestido (aún cuando éste sea de lana), ó bien de raso de color diferente, pero que se armonice con el del vestido. Lo esencial es que sea de raso, pues hoy es la tela favorita de la moda.

V. DE CASTELFIDO.

## EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.631.<sup>o</sup>

TRAJES DE MÁSCARAS.

*Dama de la época de Luis XIII.* Vestido de terciopelo azul, formando larga cola. La parte inferior de la falda va ribeteada de un galon tejido de plata. El delantero y los lados van guarnecidos igualmente de un bordado hecho con hilo de plata. Una cordonadura, también de plata, sirve para recoger la falda y cae por el lado izquierdo formando bucles y terminada en dos borlas gruesas. Corpiño de terciopelo, con punta delante y detras, y mangas de raso azul, de matiz más claro que el terciopelo. Cuello grande de hilo bordado, y sombrero de fieltro gris, adornado con una pluma encarnada.

*Argelina.* Vestido de raso blanco, adornado con una tira de terciopelo encarnado, fijada en la cadera izquierda y que cae al sesgo, por delante y por detras, para venir á reunirse en el lado derecho, á media falda, con una hebilla de oro, adornada de piedras preciosas. Faja ancha de raso encarnado claro. Chaqueta de terciopelo encarnado, abierta por delante y muy corta, cuya chaqueta va guarnecida con galones y bordados de oro. Collar de perlas y collar de rubíes. Pulseras anchas de oro y brazaletes de perlas. Gorrijo de terciopelo encarnado, bordado de oro y cubierto con un velo de gasa blanca.

*Afghan.* Pantalón de cachemir blanco doble. Túnica de seda amarilla, rodeada de un galon amarillo, de matiz un poco más oscuro y bordado de oro. Turbante de seda verde, adornado por delante con un broche de oro y piedras preciosas. De un cinturón de piel, que va tapado con la faja, pende un sable cimitarra, sujeto con dos cadenas de oro. Collar con cuatro hileras de perlas, y babuchas de terciopelo verde bordado de oro.

*Marquesa de la época de Luis XVI.* Falda de faya color de rosa subido, formando ligeramente la cola y guarnecido á todo el rededor con un volante plegado, que lleva por encima un bullón y una cabecita fruncida y recortada en puntas. Corpiño de terciopelo negro con punta larga y *paniers* de raso brochado con ramitos Pompadour. Unos encajes de punto de Alençon fruncidos adornan el borde inferior de los *paniers* y el escote del corpiño, así como el borde de las mangas, las cuales se componen de bullones de faya color de rosa. Peinado empolvado y guarnecido de un penacho de plumas blancas y de color de rosa y de un lazo de raso color de rosa. Abanico de raso blanco, pintado al estilo Pompadour. Guantes de cabritilla blanca con ocho botones.

*Señora china.* Este traje es de tela de seda verde con dibujos chinoscos de color más oscuro que el fondo, y seda amarilla lisa. La tela verde forma el vestido ó túnica, de mangas anchas, y el cual va sujeto al talle con una cordonadura de seda amarilla y verde, que cae por delante y termina en dos borlas. Este vestido ciñe ligeramente sobre la falda y forma una cola de 40 centímetros. Por delante se abre sobre una falda de seda amarilla, y va adornado de un cuello de hilo muy tieso, cubierto de raso y montado sobre una especie de pabellón de la misma tela, el cual se junta por delante con un lazo de cinta amarilla. Peinado en forma de pirámide, adornado con una mariposa y tres alfileres grandes con cabeza de oro labrado.

*Marqués de la época Luis XV.* Calzon corto de raso azul, fijado con ligas de galon de oro. Chaleco de raso azul, bordado de oro y adornado con una chorrera de encaje de Malinas. Casaca de raso carmesí, adornada con galones bordados de oro. Carteras en los bolsillos y en las mangas de raso azul con galones de oro. Sombrero de raso negro adornado de plumas blancas. Pelo empolvado con coleta anudada por medio de una cinta ancha de raso negro.

Llamamos la atención de nuestras lectoras sobre la *Perfumeria á la Lactina*, E. Coudray, y su *Agua divina*. Véase en la cubierta el anuncio respectivo.

Las *Pildoras* BLANCARD (40, rue Bonaparte, París) al yoduro de hierro inalterable, son empleadas por las *celebridades medicas* del mundo entero en todas las afecciones del bello sexo (colores pálidos, etc., etc.) en que hay necesidad de proceder contra la sangre. (Rechusar todo frasco que no lleve la firma del inventor.)

## SOLUCION AL GEROGLÍFICO DEL NÚM. 46.

Las líneas férreas y los canales de riego son fuentes de riqueza para un país.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.<sup>as</sup> Josefa Rodriguez de Gomez.—D.<sup>a</sup> Josefa Ladrón de Cegama.—D.<sup>a</sup> Maria del Pilar y D.<sup>a</sup> Filomena Ventura.—D.<sup>a</sup> Dolores Aparicio Santies.—D.<sup>a</sup> Asuncion Gonzalez Santalla.—D.<sup>a</sup> Lola Avejer.—D.<sup>a</sup> Avelina y D.<sup>a</sup> Carmen Patron.—D.<sup>a</sup> Joaquina y D.<sup>a</sup> Maria Collada.—D.<sup>a</sup> Sagrario Ayuso.—D.<sup>a</sup> Carmen Santos.—D.<sup>a</sup> Milagros Puig, y los Sres. D. Agustin Gil de Alarcon.—D. V. Aleson de Pujadas.—Céfiro y Flora.

Tenemos que agregar á las soluciones al Salto de caballo publicado en el núm. 45 las que nos han remitido las Señoras y Srtas. D.<sup>as</sup> Pelegrina Daglietto de Garibaldi.—Doña Avelina Herrero y Barbero.—D.<sup>a</sup> Antonia Cantina.—Doña Adela Echevarria de Martinez.—D.<sup>a</sup> Dolores Echevarria Blanco y D.<sup>a</sup> Dolores Diaz.

También hemos recibido de la República del Uruguay las soluciones al Geroglífico y Salto de caballo insertas en los números 28 y 29, respectivamente, de las Sras. D.<sup>as</sup> Sara Fuentes y D.<sup>a</sup> Rosa Pages de Martinez.

## Á LAS SEÑORAS SUSCRITORAS.

El Administrador de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA ruega á dichas señoras que, al dirigir el pedido de su renovación para 1880, acompañen una faja de cualquiera de los números que reciben, ó cuando ménos que expresen el de orden, que siempre se hace constar sobre las mismas.

Igualmente les suplica del modo más encarecido tengan la bondad de ordenar sus renovaciones con la anticipación posible, porque la aglomeración de trabajos en esta Administración en el fin y el principio de año es tan considerable, que no puede ménos de dar origen á un retraso en el servicio de los primeros números á aquellas señoras que demoren el dar oportuno aviso para que se renueven sus abonos.

EL ADMINISTRADOR.

La Empresa concede á las Sras. Suscriptoras á LA MODA ELEGANTE una rebaja de 25 por 100 en el precio de esta publicación, si al suscribirse á ella para 1880 lo efectúan también á LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, periódico artístico y literario, que cada día disfruta mayor crédito.

Nuestras Sras. Suscriptoras recibirán con el presente número los Índices y Portada correspondientes al tomo XXXVIII, que finaliza con el año que espira.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA va á entrar en el XXXIX de su publicación, sin que durante tan dilatado período haya dejado su Empresa de verse alentada en sus esfuerzos por la aprobación y la confianza de las familias que en uno y otro hemisferio prestan cariñosa acogida á nuestro periódico, indispensable ya en el hogar doméstico.

Este resultado, que cada año se acentúa más lisonjero para nosotros, ha de servirnos de estímulo para mostrarnos constantemente al nivel de las simpatías de que somos deudores al público ilustrado, y que tan noblemente recompensa nuestros afanes.

La Dirección de LA MODA tiene un vivo placer en unir á esta sencilla manifestación de agradecimiento hácia nuestras consecuentes favorecedoras los más sinceros votos por la prosperidad de todas en el nuevo año que vamos á inaugurar.

EL DIRECTOR.

A. DE CARLOS.

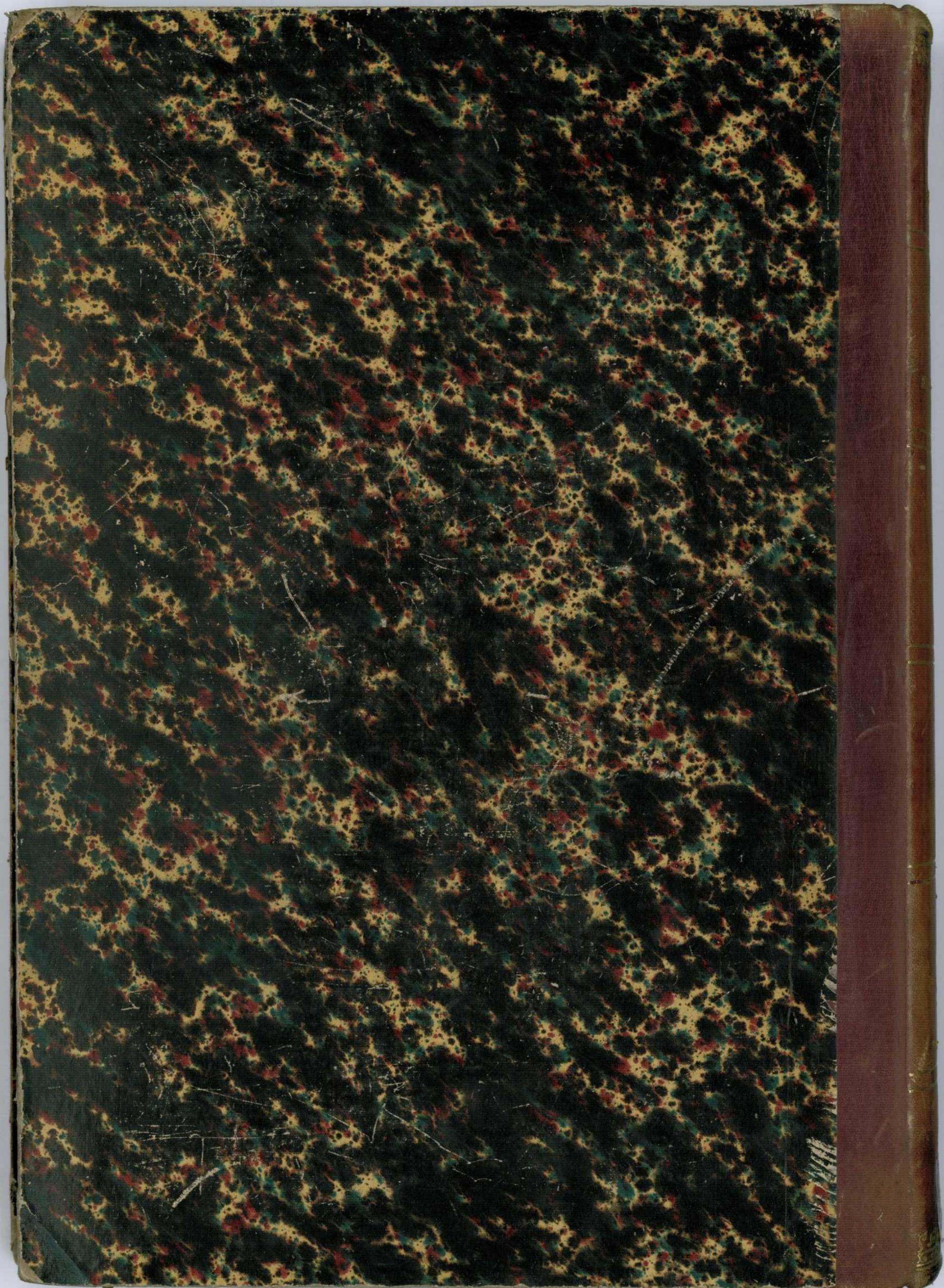
Madrid, 30 de Diciembre de 1879.

FIN DEL TOMO XXXVIII.









LA MODA

ELEGANTE

1879

B  
24  
11